

la CODORNIZ

LA REVISTA MAS AUDAZ PARA EL LECTOR MAS INTELIGENTE

NUMERO:
HERREROS

ENRIQUE HERREROS 1903 - 1977

LEA USTED EN EST
LA GENIAL HISTORIA DE

EXPOSICIONES
CONDE DUQUE



¡ Sí, don José, un señor de Madrid !

HERREROS

formato de la
Comisión realizada
por mí, que
se aprobó definitivamente

Reg. 903 - C. DUQUE
1983-2

Centro Cultural del Conde Duque



AYUNTAMIENTO DE MADRID

CONCEJALIA DE CULTURA

Ayuntamiento de Madrid

COMITE DE ORGANIZACION

ENRIQUE TIERNO GALVAN
Alcalde de Madrid

ENRIQUE MORAL SANDOVAL
Concejal Delegado del Area de Cultura,
Educación, Juventud y Deportes

RAMON HERRERO MARIN
Concejal Responsable de Cultura

DIRECCION

LUIS CARUNCHO AMAT
Director del Centro Cultural del Conde Duque

FICHA TECNICA

Diseño de montaje, catálogo y cartel:
Luis Caruncho

Coordinación:
Isabel Pérez Morgade
Con la colaboración de:
Enrique Herreros
Antonio López Lázaro

Montaje y maqueta de Catálogo:
Juan Francisco Ruiz
Coordinador auxiliar de montajes de exposiciones
Fotografía:
Gil Damet

Asistencia técnica:
Silvia Carretero
Paula Criado
Isabel Yela
y el personal del Centro Cultural

ENRIQUE HERREROS

1903 - 1977



Ayuntamiento de Madrid



El Alcalde de Madrid

El humorismo tiene una peculiarísima dimensión urbana, que pocas veces se ha subrayado tanto como se debiera. En términos generales, la capacidad de ver el campo con humor, es el resultado de la creación de la ciudad: de este modo todo cuanto es humor, es, en cierto modo, urbano. Ocurre así que los humoristas, en ocasiones sin percatarse de ello, son denunciadores públicos y constantes de lo que la ciudad en la que trabaja, respecto de la cual suelen ser sus agudezas referencia continua, es y tiende a ser.

Madrid, por ejemplo, sería enigmática y casi caótica para la lógica del común conocimiento si no pudiéramos jalonar la disertación sobre Madrid refiriéndole a los humoristas. En este sentido, el autor del «Diablo Cojuelo», fue ejemplo de ingeniosísimo humorista inexcusablemente urbano, del mismo modo que lo fueron los ingenios del Siglo de Oro, que se burlaban del Manzanares o del Salón del Prado, o, más tarde, de los currutacos de la Corte, o el Larra, del quiero y no puedo de la clase media incipiente.

Pero cuando el humor, como desde el siglo XIX sistemáticamente ocurre, se asocia con el dibujo, adaptando la expresión pláticas a las exigencias de las ideas destinadas a provocar la risa, el humor y los humoristas se convierten, pese a sí mismos, en un impulso transformador.

El arte de hacer reír o sonreír, conlleva casi siempre una intención integradora que pasa por un esfuerzo desintegrador en el que siempre, de un modo u otro, hay un germen de cambio y revolución. Ojeense cuantas revistas de humor se quiera, aunque tengan el signo más conservador, y detrás de la acusación, la denuncia o la simple presentación de lo visible, hay algo que se rompe y necesita cambio. Si esto ocurre en una situación política y social en la que las posibilidades de cambio tienen su cauce, el humor transcurre, testimonia y sin más problemas se hunde en el común depósito de la historia, pero si la situación es rígida y ajena por principio a cualquier cambio, e intolerante en un sentido u otro con la crítica de la política y de la gestión pública, el humor contribuye a que la opinión se configure, lenta o rápidamente, en protesta y oposición.

Conclúyese que en todo humorista hay un amigo del progreso y un moralista, por muy cívicos o escépticos que pretenda que sean sus humoradas.

El humorista que hoy recordamos, personalmente bueno y tolerante, trabajó durante mucho tiempo, dentro del reducto, con significado a veces de cárcel, de la rigidez y la intolerancia, pero cumpliendo bien su difícil oficio, nos empujó a todos, desde páginas en las que, a veces apenas la penumbra toleraba a reírnos de lo actual, impulsándonos a sustituirlo por algo mejor.

Acumulemos, al contemplar la actual exposición, esa peculiar reserva sentimental del gozo retrospectivo y la admiración hacia quien ha sabido ofrecérselo bajo la luz del progreso, años después de que su humor se expresara.

S. Turró



Ayuntamiento de Madrid
El Director del Centro Cultural del Conde Duque

Tuve la dicha de conocer a Enrique Herreros. Fue al principio de los cincuenta, una tarde de comienzo de verano, en casa de Federico Caruncho, el menor de los dieciocho hermanos que ha tenido mi padre. Allí estaban mis admirados Pepe Caballero, José Antonio Morales, Manuel —ese gran artista que abandonó la fotografía en pleno éxito— y otros tantos personajes del mundo del arte que formaban un grupo en torno a Miguel Mihura, Antonio de Lara Gavilán (el entrañable Tono), Edgar Neville...

Cuando Enrique Moral, Concejal Delegado del Área de Cultura, Educación, Juventud y Deportes, me comenta la posibilidad de esta exposición, es fácil comprender la inmensa alegría que esto supone para mí, admirador de su vida y de su obra desde mi juventud.

Y si es verdad que para todo el equipo que trabajamos en la preparación de esta exposición supone un esfuerzo, a cambio y como contrapartida, ¡qué gran satisfacción la nuestra al ir descubriendo y seleccionando entre montañas de obras, todas válidas, aquéllas que terminarán ocupando las paredes de las salas y las páginas de este catálogo! ¡Qué diferencia con las innumerables exposiciones que se realizan por esos mundos! En esta ocasión, la dificultad estriba en la selección, al estar condicionados al siempre limitado espacio.

Si siempre es un tópico hablar de polifacetismo, en esta ocasión es imprescindible y sobre todo la única forma viable para estructurar una muestra y un catálogo, con el que pretendemos, de una forma didáctica, descubrir a las nuevas generaciones la obra, sólo pareja en dimensión, con la gracia, simpatía y bondad de este madrileño irreplicable.

Enrique Moral



REAL ACADEMIA
ESPAÑOLA

Hay amigos muertos que habitan en el mundo de los recuerdos vivos y amigos vivos que pueblan el planeta sin nombre de los recuerdos muertos, de los recuerdos que huelen a rancio y ni se recuerdan siquiera porque se ha olvidado su color y su olor, su sabor, su tacto y su sonido. Enrique Herreros, mi amigo muerto, vive en mi corazón y en mi memoria, en mi sentimiento, en mi nostalgia y en mi añoranza porque fue grande su diminuta figura y aún más la sombra de su sobrecogedora fantasma, el alma en pena y alegría que le acompaña, desde que se le murió la carne, por los más altos montes del mundo por los que vaga porque ése es su cielo.

Cuando escribí su epitafio puse sus títulos bajo su nombre y sus dos fechas: dibujante, grabador, pintor, montañero que murió en la montaña y hombre de bien. También le deseé, como a los patricios romanos, que la tierra le fuese leve: *sit lib terra levis*.

Enrique Herreros pasó por este bajo mundo, quiero decir por este valle de lágrimas, sembrando las sombras y fintas y piruetas que le salían del corazón a borbotones. A quienes tuvimos la rara fortuna de saberlo amigo se nos ponen los pelos de punta cuando recordamos que de sus lápices y de sus pinceles —también de su garganta cuando hablaba— salían volando, noche tras noche, los dramáticos murciélagos de la santa ira y de la sacrosanta y zurradora inteligencia que jamás se detuvo ni para tomar aliento.

A Enrique Herreros, en el otro mundo desde hace ya seis o siete años, ese lapso de tiempo que no es más que un suspiro, le mando mi recado. Entre Goya y Poe, quienes todavía vivimos en el misterio te saludamos puesto que muestras las tres señales de los arcángeles: el sueño de la razón, la risa de las calaveras y el tímido silbo de las flores que nacen en los tejados de la ciudad.

Camilo José Cela





E. HERREROS, Pintor
Ayuntamiento de Madrid

Creo que la mayor ilusión de Enrique Herreros fue siempre la Pintura. El que provenía del humor, no quería tomar en serio ni su propia vida ni tampoco su obra.

Era el suyo un humor esperpéntico, dramáticamente expresionista. Y lo que él intentaba que fuera sólo cómico, se le convertía fácilmente en trágico. En esperpento valleinclanesco, o goyesco o solanesco, a los que les gustaba recrear con un verdadero sentido trágico de la vida.

A veces ocurre esto con los humoristas, que son más profundos de lo que parecen a primera vista. Igual pasaba con Enrique Herreros, que tanto y tan bien conocía la pintura clásica, a la que había recreado a través de sus interpretaciones humorísticas de las grandes obras de la pintura. Con un sentido profundo y personalísimo.

Porque no era sólo humor lo que había en estas interpretaciones. Había una crítica y un análisis de cada obra, vistos de otra manera.

Enrique no era un advenedizo de la pintura. Conocía bien las técnicas que debía utilizar en cada momento, para expresarse mejor. Le atraía la materia, no sólo en sus cuadros, sino también en sus dibujos. Le gustaba experimentar cualquier procedimiento nuevo y estaba abierto a todas las tendencias. Aunque personalmente pienso que el medio en que mejor se sentía era el expresionismo, pero un expresionismo de raíces profundamente españolas.

Su predilección por la pintura y la temática de Solana, le acercan a ese mundo barriobajero de las últimas máscaras de un carnaval triste. Que él como buen madrileño conocía muy bien. Haciendo con su pintura una crítica en profundidad de otra pintura.

Nunca entendí porqué no quiso pintar en serio. El sabría porqué. Sus íntimos designios, contradictorios o no, sólo a él pertenecen.

José Caballero



Retrato de Miguel Mihura, 1967.



Retrato de Tono, 1967.



Retrato de Marifer, 1968.



Retrato de Enrique Herreros hijo, 1966.

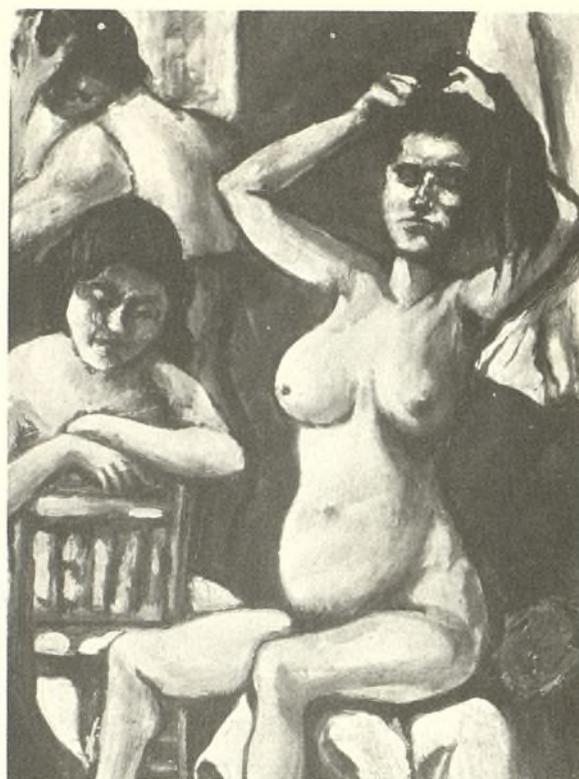


Retrato de Jacoba.

Leyenda: Gracias a Jacoba la vida en mi casa ha sido más fácil.



Pintura «Gradivista».

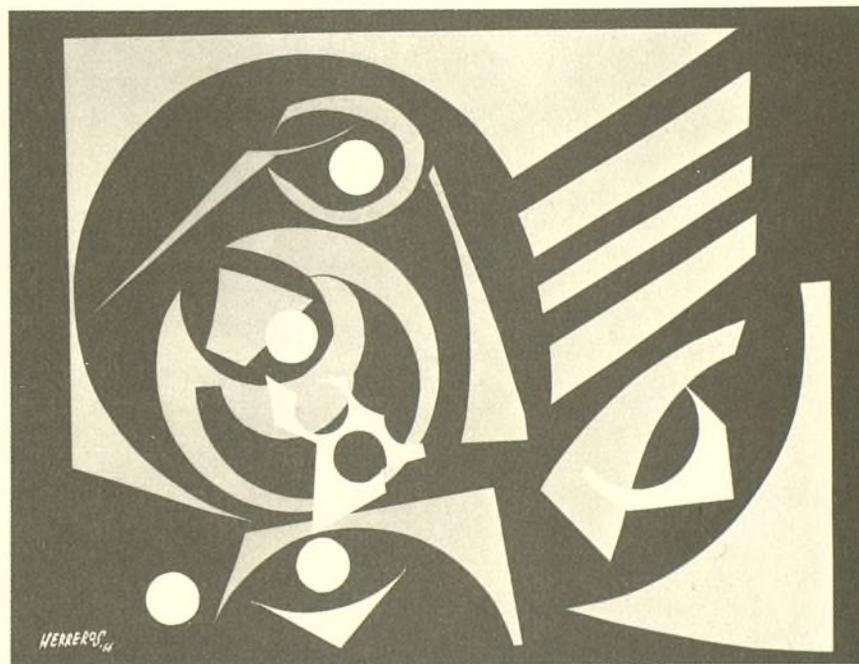
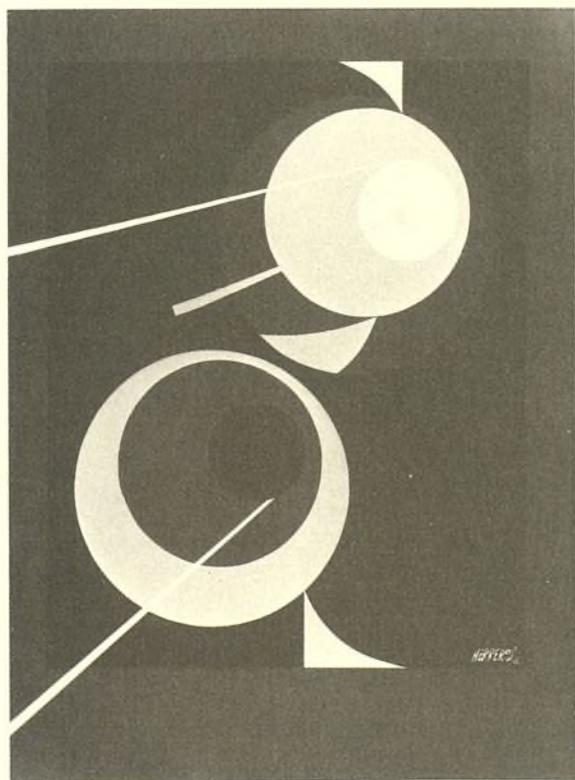
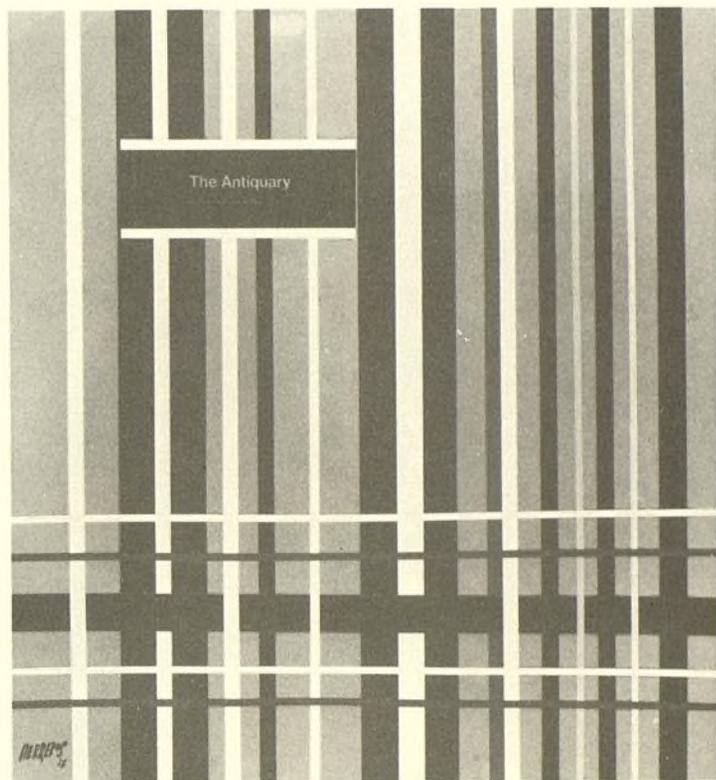


Juicio de París. Rubens (Parodia de Enrique Herreros).

Mujeres vistiéndose. Solana (Parodia de Enrique Herreros).

El Gayo. Picasso (Parodia de Enrique Herreros).

Diablos viciosos (Versión de Enrique Herreros).



Oleo.

Collage.

Collage.

Collage.

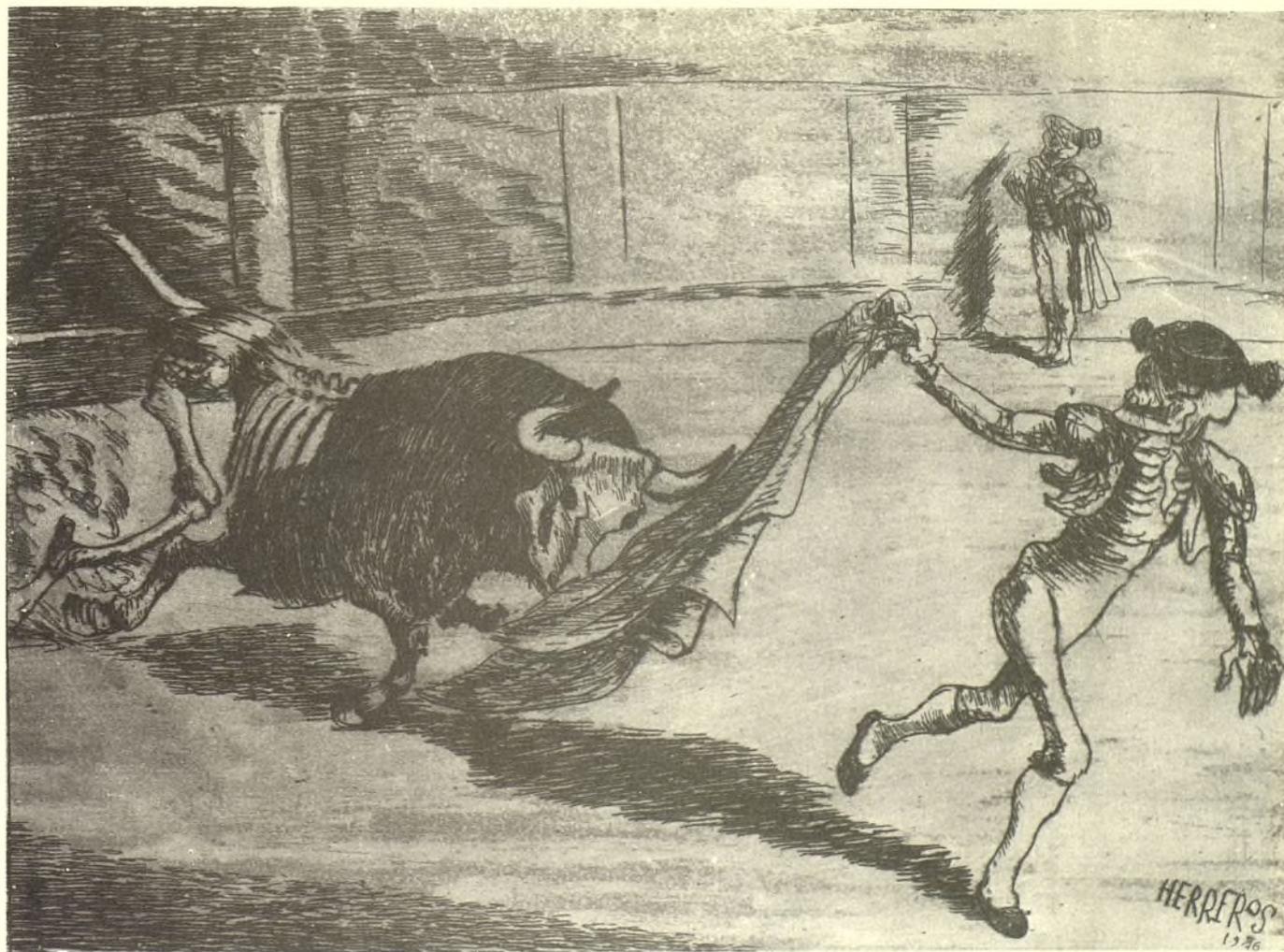




E. HERREROS, Grabador
Ayuntamiento de Madrid

Ahora, muy meditadamente, vamos a hacer una afirmación que a algunos puede parecerles exagerada y de la cual nos hacemos responsables, con conciencia de la responsabilidad, y es la de creer que Enrique Herreros es el mejor aguafuertista, el más intenso, que existe en el ideario y expresión después de Goya. Con fina percepción lo acusó Esteve Botey, el maestro que enseñó a Enrique Herreros la técnica y sus secretos, cuando ya en la fama, y como un alumno más, acudía a la Escuela de Bellas Artes de San Fernando para averiguar el conocimiento de planchas y mordidos. En esta alta calificación no olvidamos los valores actuales del aguafuerte en sus dos extremos, que pueden ser representados, entre otros, por Ricardo Baroja y Navarro o Castro Gil, pero Herreros se aparta de ese clima artístico para crear, con intuición genial, una serie de obras que no se han repetido. Son éstas: «Los muertos» y la «Tauromaquia de la Muerte». Cualquiera de las dos series, en un análisis minucioso, pasando por encima de los primeros ensayos, pueden quedar como muestra —y quedarán— de la capacidad y originalidad del artista, encerrado en una veta españolísima, dura en la forma y subterránea en el mensaje. El cobre recoge el trazo nervioso, enmarejado de líneas que juegan en los claros oscuros, con tal fuerza que la anécdota no puede olvidarse. El asiduo visitante de cementerios acierta plenamente, pues no en balde acudía a las necrópolis para decir estrofas delante de las tumbas de las mujeres que amaron, y muchas noches de verano y otoño le conocieron delante del túmulo de la Fornarina dando gritos inarticulados en nombre de todos los amantes del mundo. El haberse fijado un día y otro día en las inscripciones, el haber coincidido delante de tumbas anónimas con parientes anónimos, le ha prestado un concepto ibérico de la Muerte que en la concepción no se ha dado desde Goya, con el que enlaza, muy íntimamente, este artista madrileño.

Manuel Sánchez-Camargo



Aguafuerte. Tauromaquia.



Aguirre.



Aguirre. ¡Qué cansado estoy de la muerte esta!



Aguafuerte.



Aguafuerte. La danza macabra.



Aguafuerte.





E. HERREROS, Ilustrador
Ayuntamiento de Madrid

A ENRIQUE HERREROS, IN MEMORIAM

Pocas personas, muy escasos artistas supieron adentrarse en el alma de los españoles como Enrique Herreros. Desde sus viñetas en «La Codorniz» (nunca suficientemente llorada tras su desaparición), hasta las excelentes ilustraciones para «el libro de los libros de nuestra lengua» («El Quijote»), Enrique fue un auténtico maestro. El gesto adusto de sus personajes, tantas veces en medio de la escasez, cuando no de la pobreza, las caras pensativas a veces esperando no se sabe qué; las faces mostrando alarma o sorpresa. Todo en sus prodigiosos dibujos (nunca olvidaré los que tenía Baldomero Sol, su inseparable amigo, en su casa), mostraba una intuición poco común ante la vida.

Cualquiera de nosotros va conociendo a gentes muy diversas a lo largo de sus años. Y son, al final, contadas las que permanecen dentro de nuestras circunvoluciones cerebrales de forma viva. Enrique, que murió donde habría elegido si se lo hubieran ofrecido —la montaña— nos dejó una estela de amistad, de grandeza de alma, de luz vital, y de sana alegría por la aventura de cada día.

Ramón Tamames

6-XII-83 (Día de la Constitución)



Enrique Herreros con Ramón Tamames y «Toti».



1.ª parte, capítulo XV. Aguatintas del Quijote.



1.ª parte, capítulo VIII. Aguatintas del Quijote.



1.ª parte, capítulo III. Aguatintas del Quijote.



1.ª parte, capítulo 47. Quijote Cubista.



2.ª parte, capítulo 33. Quijote Cubista.



1.ª parte, capítulo 22. Quijote Cubista.

Que un español tenga en casa un ejemplar de «El Quijote», amén de rareza, es presuntuosidad. Que haya leído algunos capítulos, ufanía. Que demuestre haber llegado hasta el final de la Segunda Parte, soberbia humillante. Que, además, colecciona ediciones de «El Quijote», contumacia peligrosa. Pero que, encima, se divierta ilustrando las aventuras del señor Quijano es querer tener «claro renombre de valiente», que diría don Amadís de Gaula. Porque leer entero «El Quijote», estudiarlo, entenderlo e ilustrarlo siempre han sido cosas propias de extranjeros.

Sin embargo, este «snob» literario era muy «de aquí», del mismo negro país que retrataba abajo y de las mismas blancas montañas que respiraba arriba. Entrenado a subir a lo más alto, consiguió llegar con facilidad a las altas cimas del Humorismo. Con un humor esencialmente español, sin rastro de españolada, tintado de subrealismo y suprealismo, según conviniera, porque durante demasiados años la realidad de cada día estuvo intransitable, dominada por la pertinaz sequía de agua, de pensamiento y de libertad.

A la intransigencia de la paz a la fuerza, él, que fue la cara de «La Codorniz» semana tras semana, con ademán humano y amable, nada impasible, opuso la lluvia de ideas, la perspicacia fresca y la paz de la sonrisa inteligente. Sus dibujos y sus portadas para la revista, pequeños cuadros de arte mayor, rehechas dos y tres veces en muchas ocasiones, se convirtieron en el constante batallar de este caballero de la alegre figura contra aquellas aspas en movimiento, que no eran molinos ni gigantes, sino el gigantesco molino censor, dedicado a moler y hacer polvo a toda una generación.

La España triste y retorcida ya no tiene que esperar los cientos de años habituales para enterarse de que en un lugar de esta enorme Mancha, acaba de vivir un hidalgo de los de pincel en lanza, corazón de adarga, agudo ingenio y galgo en el humor.

El grande humorista, el grande pintor, el grande dibujante, el grande hombre sencillo de la moto con «sidecar» y la gorra a cuadros, el grande maestro y el grande compañero empieza a regresar con esta exposición.

¡Qué inmensa alegría volver a verte, Enrique Herreros!

Víctor Vadorrey («Víctor Uve»)



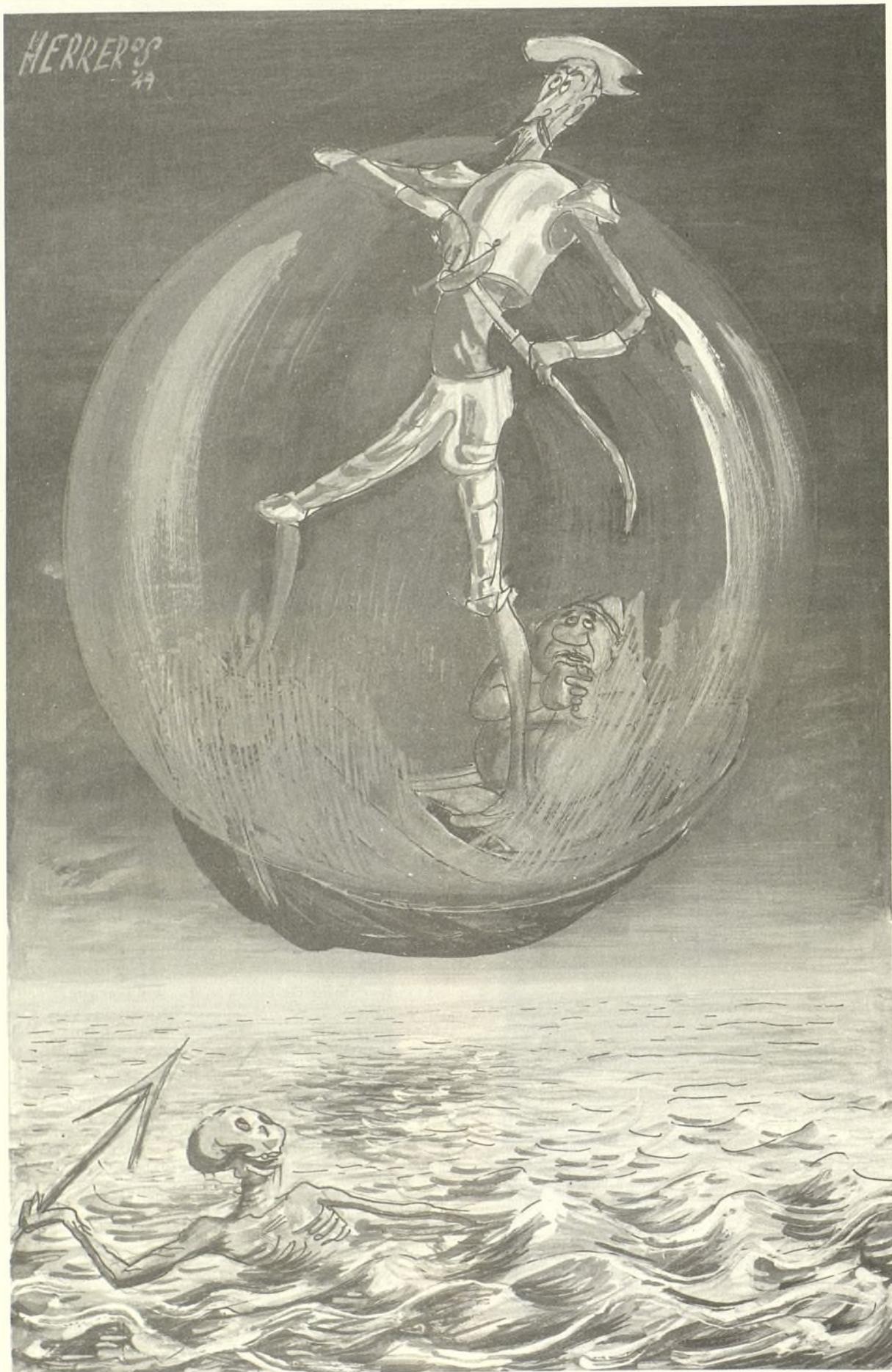
1.ª parte, capítulo 11. Quijote humorista.



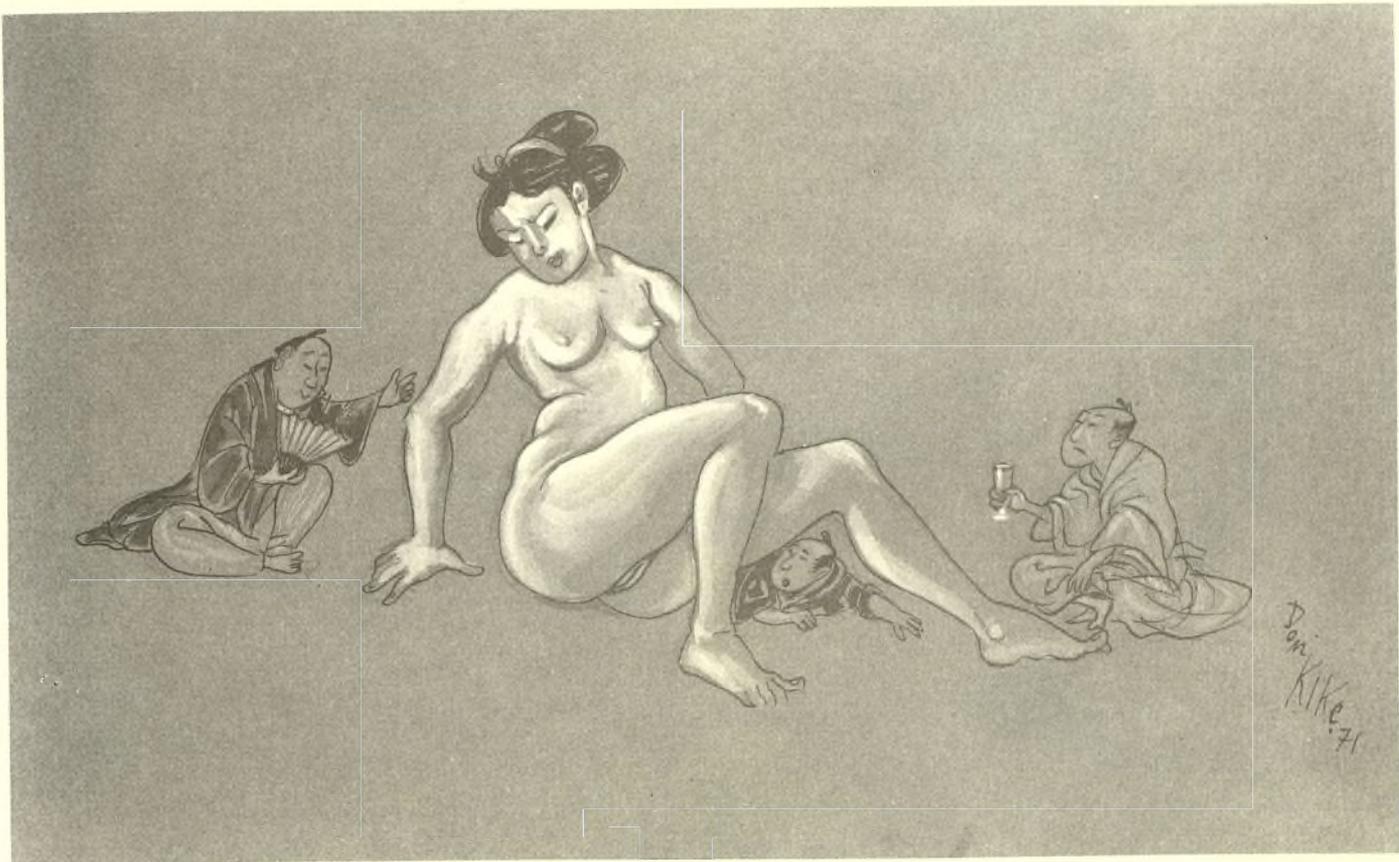
2.ª parte, capítulo 20. Quijote humorista.



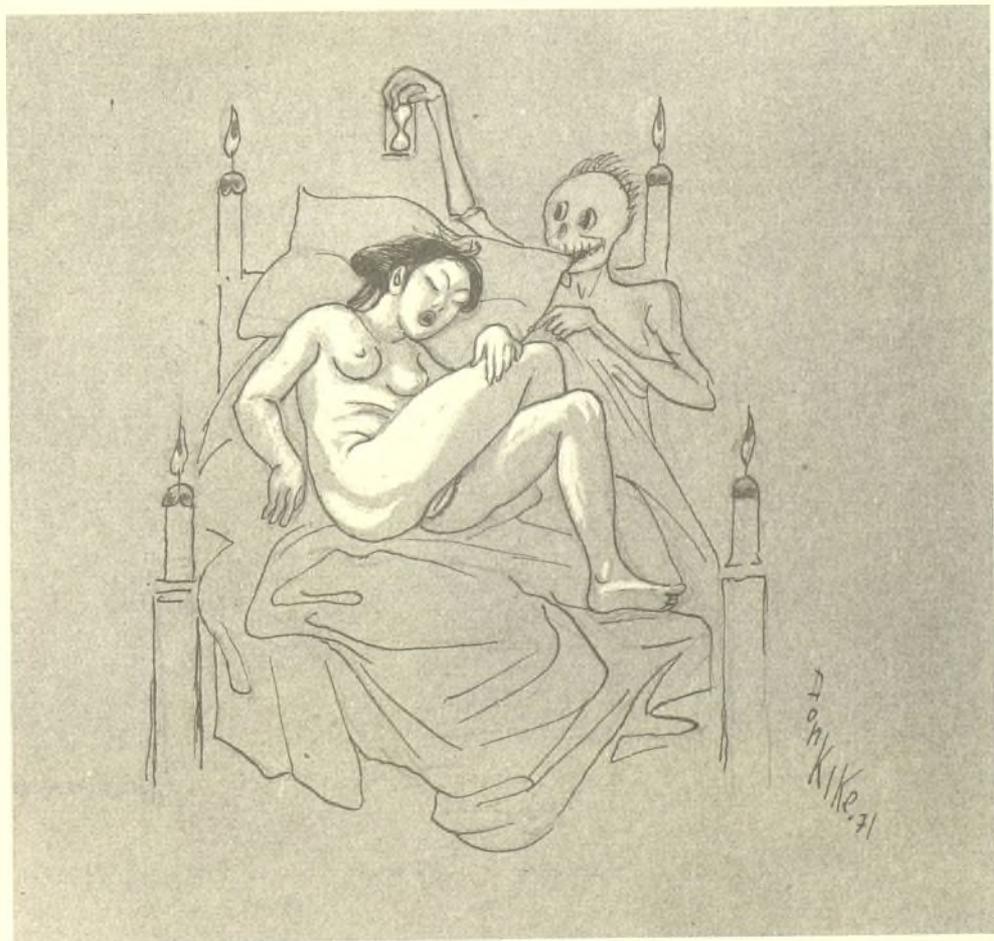
2.ª parte, capítulo 41. Quijote humorista.



2.ª parte, capítulo 29. Quijote humorista.



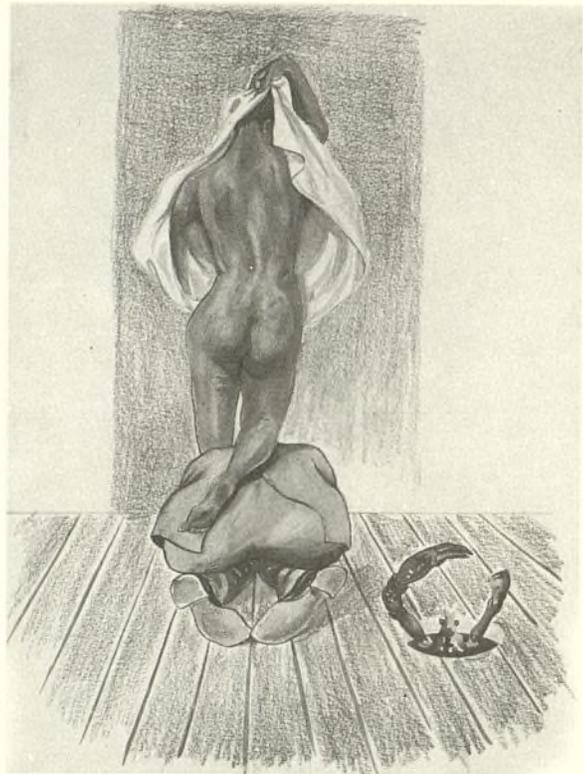
Dibujo erótico chino.



Dibujo erótico chino.



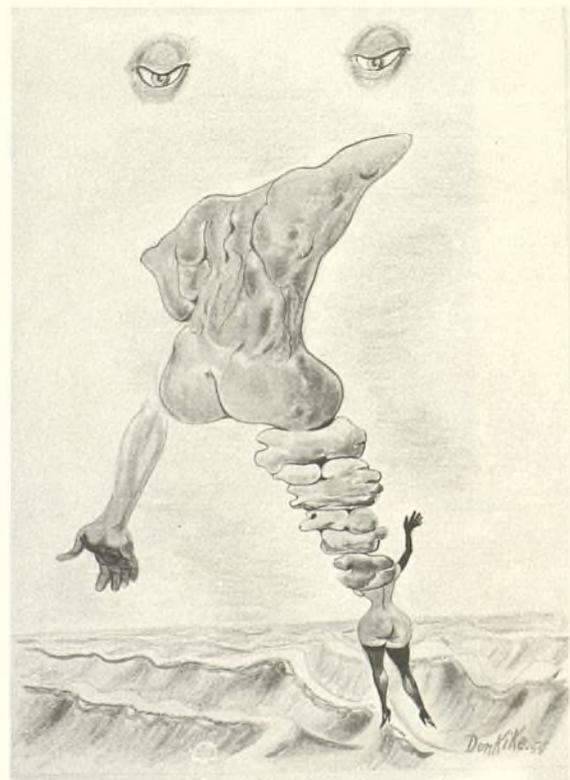
Dibujo surrealista.



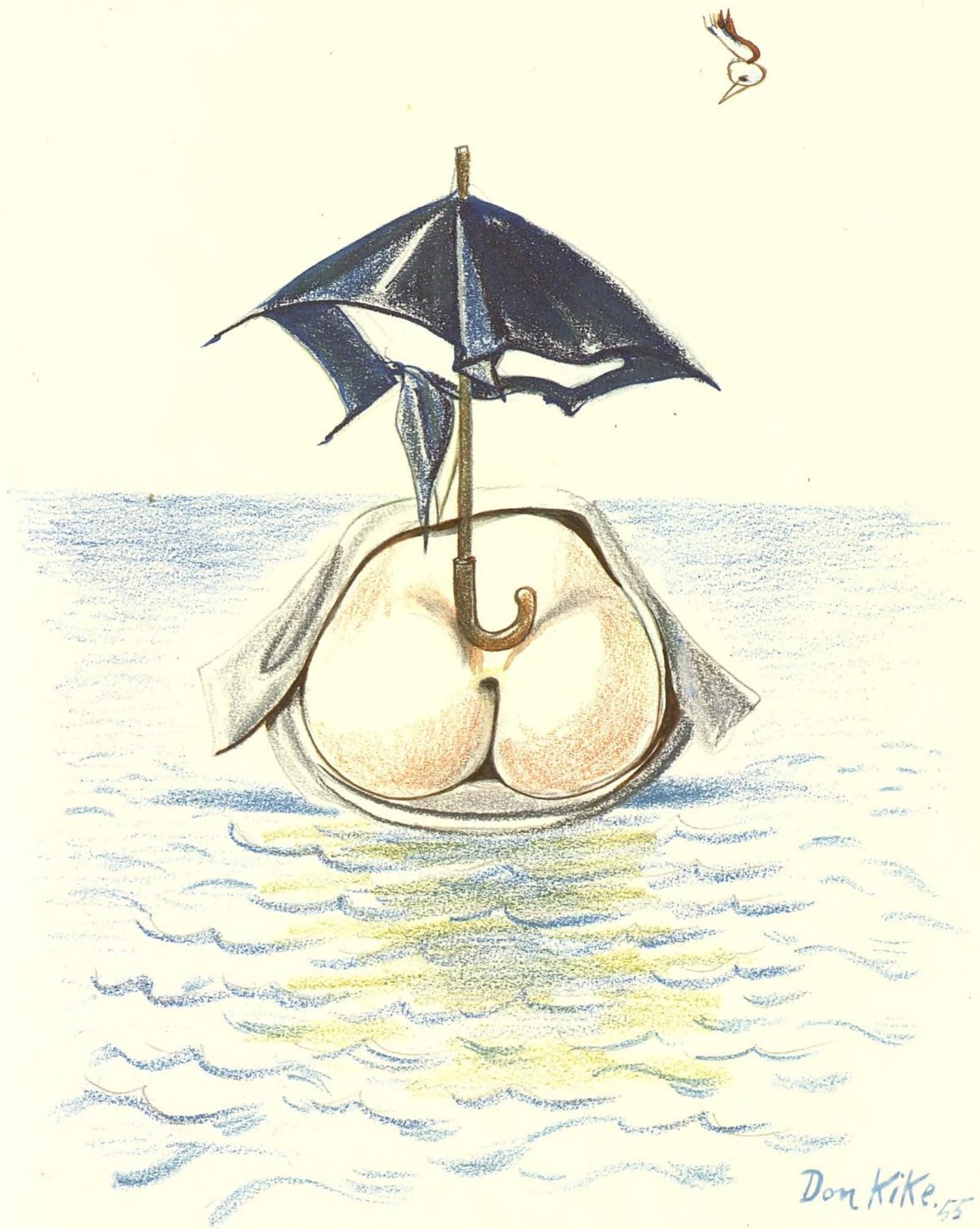
A la larga o a la corta siempre hay que doblar el espino.



Las tres caras del deseo.



Mujer joven revelándose contra la concepción.



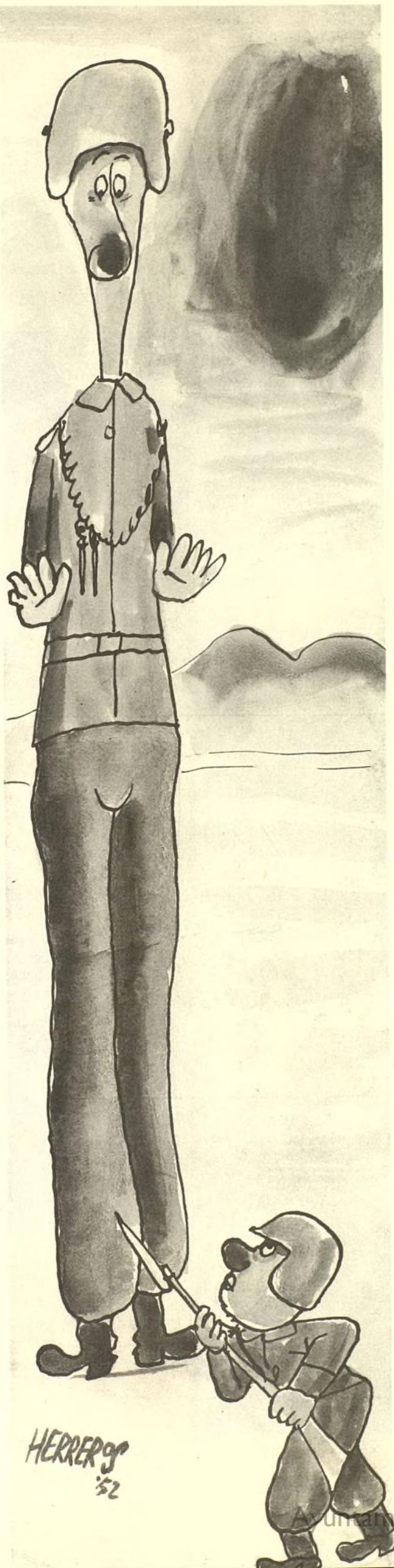
Don Kike. 55

Trasero naufrago.





E. HERREROS, Humorista
Ayuntamiento de Madrid



Me piden un dibujo para tu catálogo y yo me resisto a hacerlo porque cómo diablos voy a decir en unas rayas todo lo que te admiro, habida cuenta, además, de lo poco que se entienden mis dibujos, según los técnicos. Simultáneamente y ya que te tenemos delante, me siento felizmente obligado a proclamar, fuerte y claro, lo gran artista que fuiste, eres y serás, para ver si se enteran los museos.

Cambio, pues, el dibujo homenaje por la voz en off, con la autorización pertinente.

Y en el folio que me conceden me apresuro a aclarar, mientras aún hay espacio, que tú no eres (sólo) un humorista español, aunque lo seas a un nivel de Naranjo de Bulnes; sino (sobre todo) un artista universal estrictamente homologable. Se corre el peligro con el llamado humor (ya que no así con la españolía, en pintura al menos) de que a sus cultivadores gráficos se les relegue a las capas subalternas de lo minusválido, lo efímero y lo «genial». Quizá esté bien que así sea y la mayoría de los cofrades del humor dibujado camina alegremente hacia tan merecida ubicación. Pero si contigo ensayasen reducción parecida, lo peor no sería la injusticia al canto, sino el tremendo error óptico. Sobre tan desdichada posibilidad y puesto que éste es país de olvidos memorables e ingratitudes prolongadas, hay que alertar y sacar de sus cenáculos a los críticos de buena fe.

Por lo pronto hay que observar que tu grafismo, con ser tan tuyo, no es superior ni inferior al del beato de Liébana, al del sordo de Fuentetodos o al del malagueño de Guernica. Ellos serían tus pares (los cuatro sois nones y con Solana, cinco) en las tabernas de la posteridad, si hubiese un cielo de los artistas. Y a continuación de la maestría formal (tan evidente, tan imaginativa, tan potente y tan libre), hay que adentrarse en lo volcánico, y en lo lírico, en lo clemente, en lo inmisericorde, en lo penetrante, en lo iluminador, en lo lacónico, en lo jugoso, en lo preciso, en lo veraz, en lo forestal, mineral, visceral y mental de los contenidos (hablo de los tuyos; claro), sin cuya médula viva, sin cuyo complemento impávidamente dramático, el arte se reduce a manera, simple belleza o discreto adorno.

No da para más un folio y ya me he pasado, querido Enrique, pero el menor fragmento de lo que tú has hecho le dirá a quien sepa mirar más de lo que yo aquí sólo febrilmente urjo. He querido, no más, apuntar un conato de entusiasmo, un chupinazo de San Fermín. Una alegría inmensa porque la gente pueda explayarse un rato con tus locuras y corduras. (Una melancolía implícita, también porque tu regalo a los hombres pueda ser de nuevo contemplado con el singular gozo que te debemos desde siempre y que nunca acabaremos de pagarte.)

Máximo







Hay momentos en la vida de un humorista en que su profesión resulta una pesada carga, porque el humorismo y el humanismo son como esos hermanos siameses a los que no se les puede separar sin el riesgo de que se mueran.

Yo, a mis veinte años, tuve la dicha de ser colaborador fijo de «La Codorniz» y con ello la satisfacción de compartir mi humor con aquellos niños adultos que hacían de su mal pagada profesión un apostolado contra el rencor, la envidia, la miseria y la tristeza que arrastra una posguerra. Esos niños grandes, Mihura, Tono, Neville, Perdiguero y Enrique Herreros, tenían capacidad intelectual y física para ejercer profesiones mejor retribuidas y sin embargo preferían jugar a lanzar a la calle cada semana una revista donde a través del absurdo se ponía de manifiesto la estupidez humana, ridiculizando a la gente solemne, a los verdugos a los organizadores de las masacres y a los responsables de las miserias humanas, transformando lo insignificante en importante y todo esto en una lucha a brazo partido con una censura obtusa, a la que estos niños grandes derrotaban (derrotábamos, yo también, por qué no decirlo), porque el ingenio de los humoristas superaba con creces la torpeza de esos censores que gratuitamente (no cobraban sueldo alguno) se erigían en jueces supremos de lo que SÍ se podía decir y de lo que NO se podía decir.

El más travieso de esos niños era Enrique Herreros, que con sus dotes de pintor y dibujante y valiéndose de una lupa, dibujaba en algún lugar de las portadas de «La Codorniz» hombres o mujeres cometiendo actos «obscenos» que pasaban desapercibidos a la miopía de los censores, que no sólo eran miopes visuales sino miopes mentales. Estas travesuras de Enrique Herreros servían para que los demás niños nos lo pasáramos en grande, y así entre complicidad y travesuras transcurría nuestra vida.

Enrique Herreros, el niño travieso de «La Codorniz», vivía en una de esas calles que hay que hacer un esfuerzo tremendo para que el taxista nos entendiera, la calle de Hartzbusch. No sé quién fue ese señor, ni me tomo la molestia de preguntarlo, pero sí me gustaría preguntar dónde está la calle de Enrique Herreros. Esa calle que se ganó como artista y como ser humano. No está la calle, no la hay, no existe, porque los humoristas, para los «importantes», no son importantes.

Es posible que en algún lugar estén reunidos esos niños grandes que un día se cansaron de la estupidez humana y decidieron dejarnos con los políticos o los dictadores, con las leyes y las normas establecidas, y nos dejaron su obra para demostrarnos que su humor es la única arma capaz de terminar con el odio, la envidia y el horror.

Estoy convencido de que en alguna parte siguen jugando al juego de la risa y Enrique Herreros sigue siendo el niño travieso con su lupa y sus pinceles pintando aquellos hombres y mujeres en actitudes «obscenas» y compartiendo con sus travesuras, su afición a la montaña, a esa montaña que un día, como una niñera torpe lo dejó caer de sus brazos, pero que le llora cada mañana.

Gila



HERREROS
'66

Escena matritense. La fiel infantería.

COMIX
TONTAINA
ABIERTO
NOCHE
Y
DIA
"undergrund"
HERREROS

AL DIA SUCEDE...



..LA NOCHE, Y LA NOCHE..



..AL DIA, Y ASI..



.. UNO Y OTRO DIA..



.. UNO Y OTRO DIA..



.. UNO Y OTRO DIA..



.. UNO Y OTRO DIA..



.. UNO Y OTRO DIA..



.. UNO Y OTRO DIA..



.. UNO Y OTRO DIA..



.. UNO Y OTRO DIA..



.. UNO Y OTRO DIA..



.. UNO Y OTRO DIA..



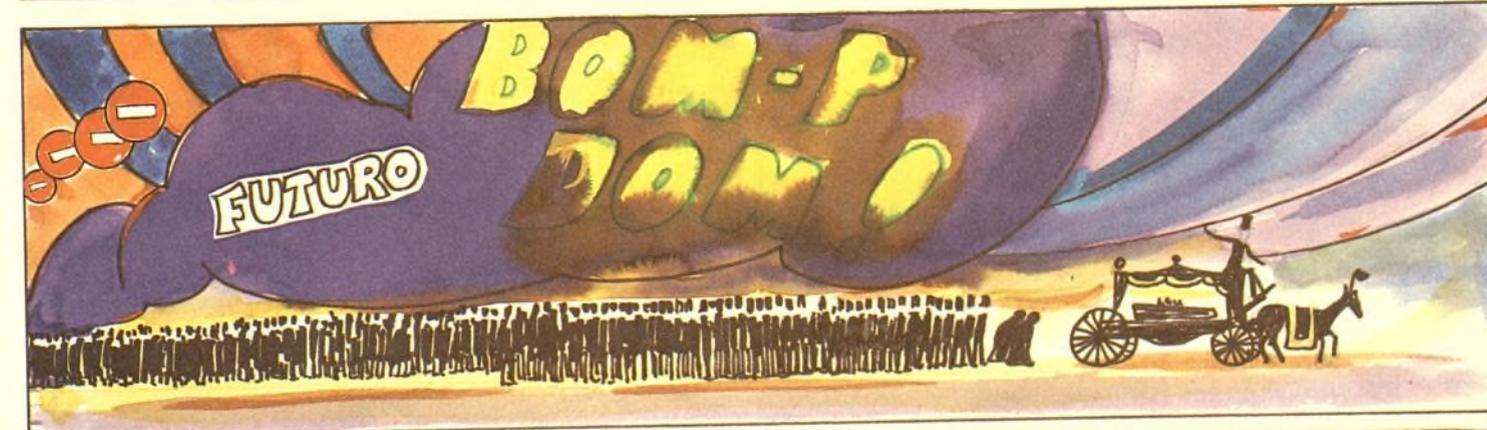
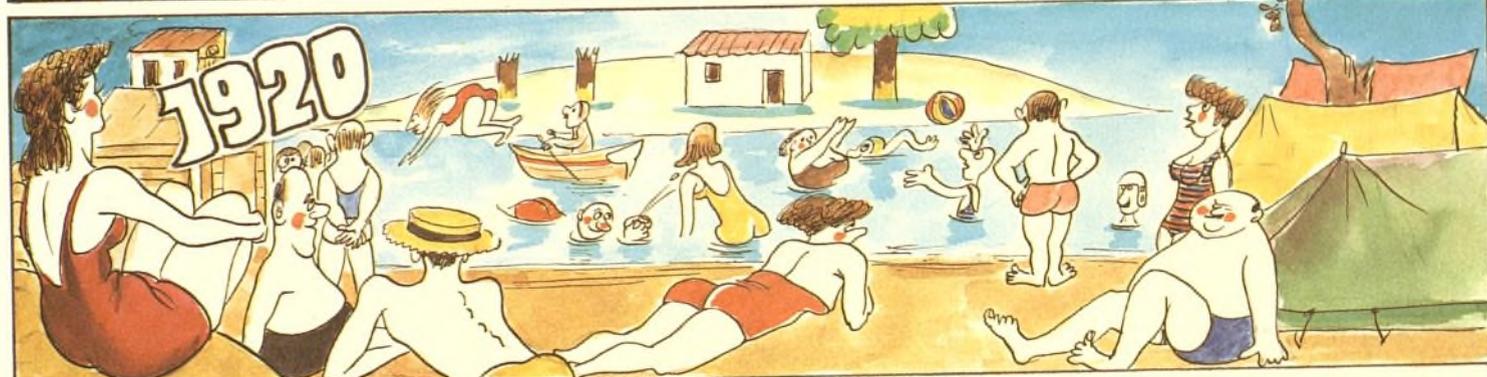
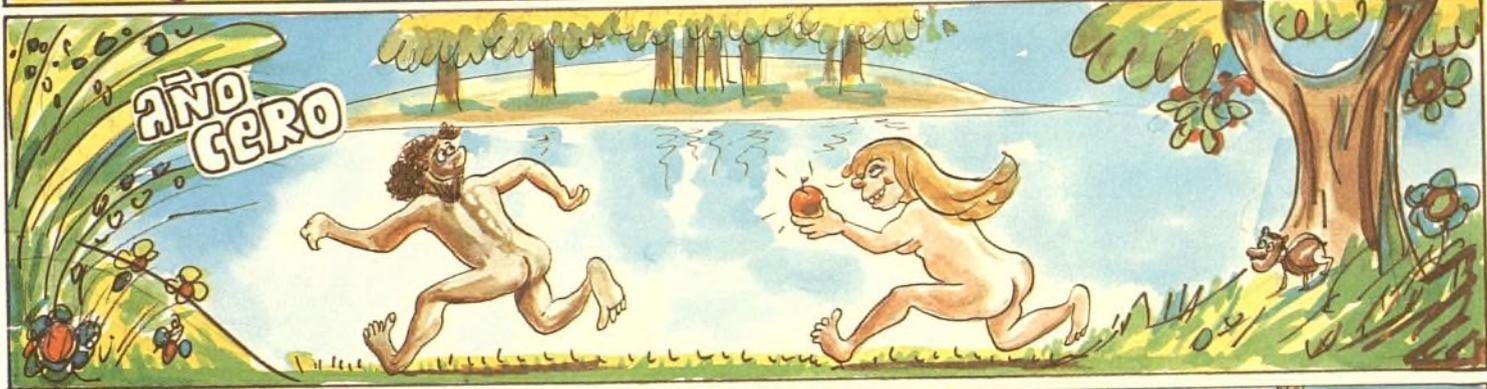
Y EL DIA MENOS PENSADO



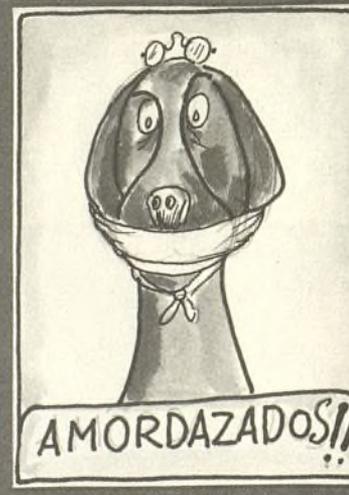
AMEN



el mundo es redondo, y gira... m^o HERREROS



COMIX
TONTOS
presenta
**VIDA
DE
PERROS**
UNDEGRUND
por
HERREROS.





La obra de Herreros es el retrato risueño de toda una época. Para un catalán, el genial humorista era como la versión madrileña de Castanys, y su paleta castellano no era menos expresivo y representativo que el señor Esteve. La portada de «La Codorniz» que ilustró el gran caricato, con dibujos en los que la vena popular le identificaba con los grandes maestros del XIX, quedan como quintaesencia del costumbrismo de nuestra postguerra. La risa que provocaba Enrique Herreros en ese escaparate de papel que editábamos en «La Vanguardia», era de las pocas que no iban por dentro y de las que ayudaron a vivir a los españoles de su misma generación.

Conde de Godó

Enrique Herreros fue él solo, muchas veces, toda «La Codorniz». Si la portada era buena —casi siempre lo era—, vendía. Si no, menos. Quienes por aquellas épocas nos dedicábamos al humor, al dibujo de humor, le teníamos por un verdadero Papa.

Pero él no se lo tomaba demasiado en serio. En cierta ocasión, por su cumpleaños, unos jocosos consocios de la Legión de Humor le regalaron su peso en granito. Un gran bloque. «¿Ves? Como al Aga Khan...». «¡Qué va, hombre, qué va! —respondía Herreros—. ¡Es que soy alpinista...!».

Y era cierto. Le gustaba escalar casi tanto como dibujar. Pero nada quedó como muestra de aquellas escaladas. Ahí están, sin embargo, sus magistrales portadas de «La Codorniz», sus historietas y, sobre todo, su magnífica «Tauromaquia».

Y como ahí están, habrá que verlas y reverlas, apreciarlas y, a ser posible, dejarse inspirar por ellas. ¡Cuántos dibujantes de entonces no fuimos sus discípulos!

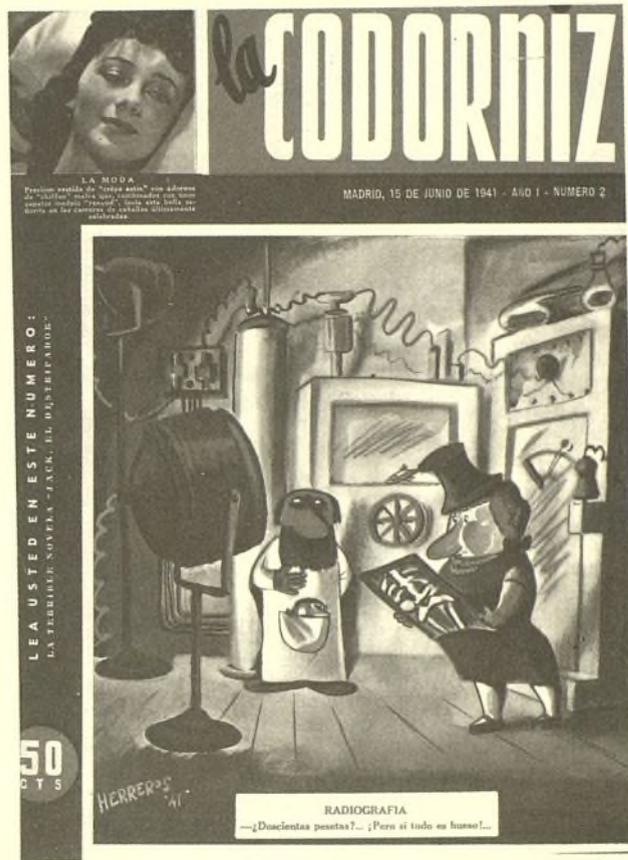
Ojalá una nueva generación de humoristas españoles vuelva a nacer bajo el ala de Herreros, de Tono, de Mihura..., de todos aquellos arcángeles que tanto y tan sanamente nos hicieron reír y pensar a quienes ya —quien más, quien menos— andamos de carrozas por la vida.

Dicen que cuando murió Ramón Gómez de la Serna, Enrique Herreros arrojó su pluma en la tumba del genial escritor. Urge ahora desenterrarla.

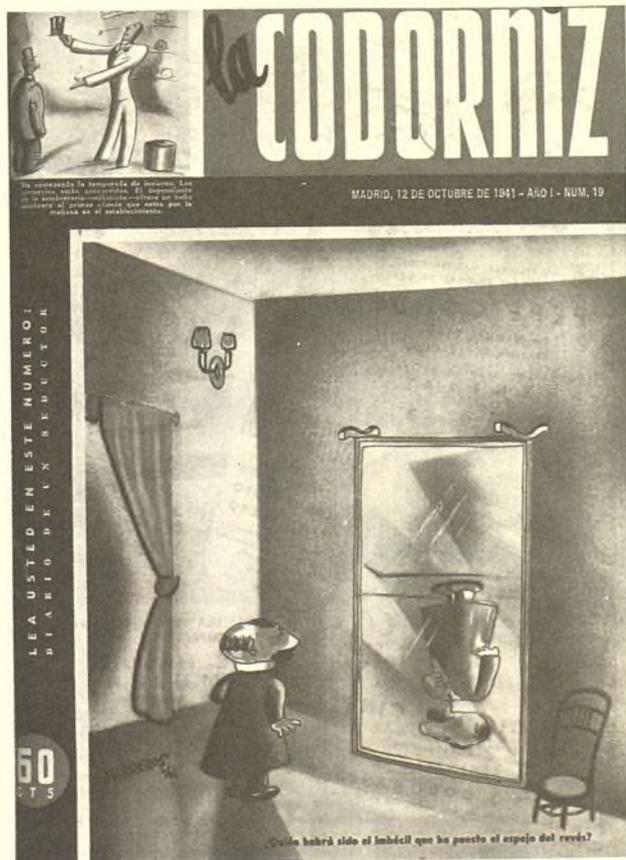
Ricardo Utrilla



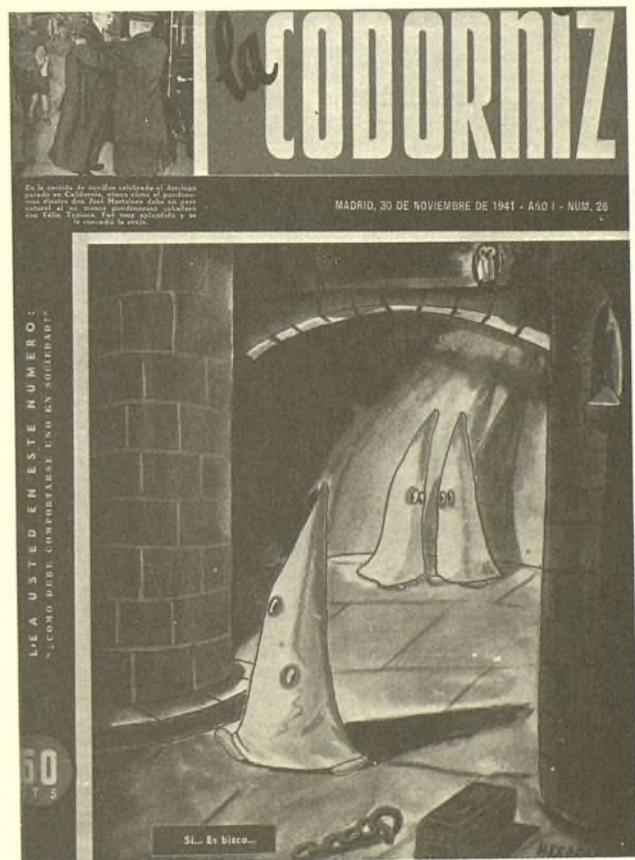
Portada de Codorniz.



Portada de Codorniz.



Portada de Codorniz.



Portada de Codorniz.





Ultima portada realizada para la Codorniz por Enrique Herreros.



Ayuntamiento de Madrid



E. HERREROS, Director de cine
Ayuntamiento de Madrid

Yo creo que, además de Eisenstein, me empujaron al cine otras fascinaciones más cercanas, algunas de las cuales acabé teniendo al alcance de mi mano e incluso de mi afecto.

Una de estas aproximaciones al ensueño de ser director de cine me la proporcionaba la empresa Fil-mofono, a mi entender la que mejor calidad ofreció en su época, y su taumaturgo en campañas de lanzamiento, Enrique Herreros. En mi recinto de «vitelloni» provinciano yo coleccionaba sus increíbles dibujos de estrellas hollywoodenses, sus carteles, sus escritos y en general todo lo que constituía el aparato necesario para que el estreno de una obra fuese la gozosa y espectacular culminación de una cadena de esfuerzos.



En cuanto llegué a Madrid y al oficio no tardé en ser su amigo. Enrique Herreros era, paradójicamente, hombre de espacios irreconciliables que él se encargaba de unir con una sencillez confortable. Pasar de la agitada y agria noche cosmopolita al límpido amanecer vislumbrado desde una cumbre recién escalada era para él su simple y modesta cotidianeidad, quehacer por otro lado asumido sin fatiga y con la sonrisa permanente y acompañado por un sentido de la amistad a prueba de bombas que pronto manifestaría conmigo ayudándome en mis peripecias con la censura.

Y todo esto sin dejar de pintar. Sus cuadros esperpénticos, sus portadas de «La Codorniz», no faltaban nunca a la cita. Prodigioso Enrique, que gozaba casi del don de la ubicuidad para poder ser al mismo tiempo alpinista, pintor, escritor, publicista y sobre todo amigo.

Amigo que acabó en colega y que lamentablemente no quiso o no pudo seguir en ese camino, donde tras un singular debut con «María Fernanda la Jerezana», descubrimiento de Nati Mistral como actriz, realizó «La muralla feliz» con un reparto que siempre envidié encabezado por la belleza nunca igualada de Isabelita de Pomés arropada nada menos que por Fernando Fernán Gómez y los inolvidables Alady y Alberto Romea.

Ahora que está tan de moda buscar los orígenes, las fuentes de toda gesta, habría que revisar la obra de Enrique Herreros porque en ella aparece ya esa modernidad que hoy triunfa y que entonces desconcertaba. Tal vez Enrique abandonó la dirección porque olfateó que no era aún su tiempo. O tal vez la causa fueron sus éxitos como manager de estrellas. Pudiera ser que Enrique Herreros levantase una mítica Sara Montiel a cambio de destruirse a sí mismo. Pero el Espectáculo está ahí y exige estos sacrificios.

Luis Berlanga



Enrique Herreros con Buster Keaton y el Doctor Eusebio Oliver.



Enrique Herreros con Sarita Montiel y Miguel Mihura en Barajas, 1960.

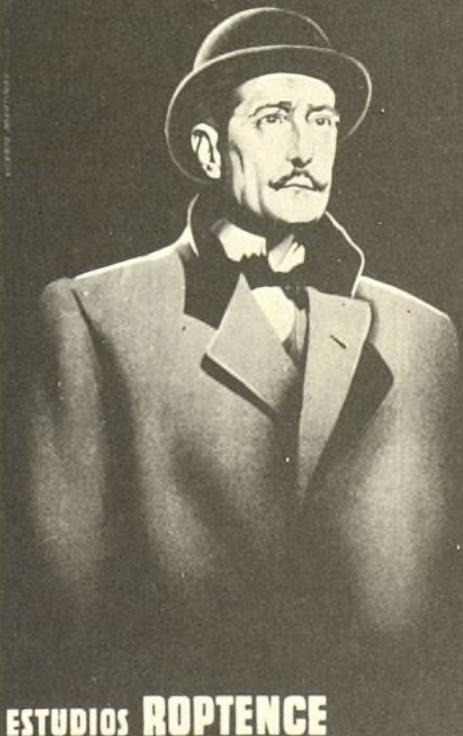


FILMOFONO S.A.
PRESENTA

UNA PRODUCCION
FILMOCEANO



NATI MISTRAL
JOSE PRADA
ELENA CARO
JOSE JASPE



MARIA FERNANDA
"LA JEREZANA"

ESTUDIOS ROPTENCE

DIRECTOR ENRIQUE HERREROS

1947.



Ayuntamiento de Madrid



E. HERREROS, Actor
Ayuntamiento de Madrid

Cuando en 1935 me embebía fascinado en «Cinegramas», siempre llamaba mi atención la imagen a toda plana de una famosa estrella cinematográfica, dibujada con sugestiva y moderna espontaneidad. Yo andaba entonces por los impresionables 12/13 años.

Sucesivamente y hasta que dejó de publicarse la revista en 1936, fui ferviente admirador de aquel dibujante que firmaba «Herrerros», a través de sus retratos como improvisados, como muy sueltos, de casi todo el estrellato hollywoodense, actrices en su mayoría: la Garbo, la Hepburn, la Harlow.

Más tarde, al doblar la esquina de los años 40, vuelvo a reencontrarle en «La Codorniz», ya encumbrado en su merecida fama de genial dibujante/humorista. Y es por entonces cuando me entero felizmente que Enrique Herrerros (no le conozco todavía, pero ya sé su nombre) va a comenzar su primera película como realizador, «María Fernanda, la jerezana», y un amigo común, Luis Alcolea, director de fotografía, le sugiere mi nombre para que figure como ayudante de dirección.

En esa época, aunque sin demasiada experiencia todavía, me arrebatava la afición y estaba dispuesto a darlo todo por el cine.

En el curso de aquella película, no me limito únicamente a mis funciones de ayudante, sino que por propia voluntad, ejerzo de chico para todo. A ratos llevo la continuidad de planos, apporto ideas para la realización de vestuario, colaboro en la disposición del decorado y hasta hago circunstancialmente de actor.

Y eso, precisamente, es lo que más celebra y entusiasma a Enrique; mi talante de actor espontáneo; mi facilidad para disfrazarme de lo que sea y sustituir de prisa, deprisa, porque el tiempo apremia, al actor secundario, previsto para una sola sesión y que rechaza el director, porque no sabe el diálogo, se atasca, balbucea. Sentado el precedente, tuve que repetir en varias ocasiones, camuflado bajo una barba, un abundante bigote, un hongó o unas gafas.

Enrique Herrerros, con su extraordinaria capacidad de percepción, fue el primero en advertir mi vena interpretativa, instándome con apasionada insistencia a que aprendiera con tenacidad y sacrificio (eso lo supe más tarde), el oficio de actor.

No tuve opción de tratar a Enrique Herrerros en profundidad; le consideré un anticipado rutilante que entreviera un mundo superior, que él desentrañaba a la perfección, acercándonoslo con asombrosa y genial facilidad.

Era singular, polifacético, imaginativo, romántico, aunque de esto último se vengara burlándose escéptico de sí mismo, y a rachas, melancólico y desesperado, pero siempre magnífico. Lo que se dice: un humorista español neto.

Emprendedor e inquieto visceral, hizo de todo y todo lo hizo bien.

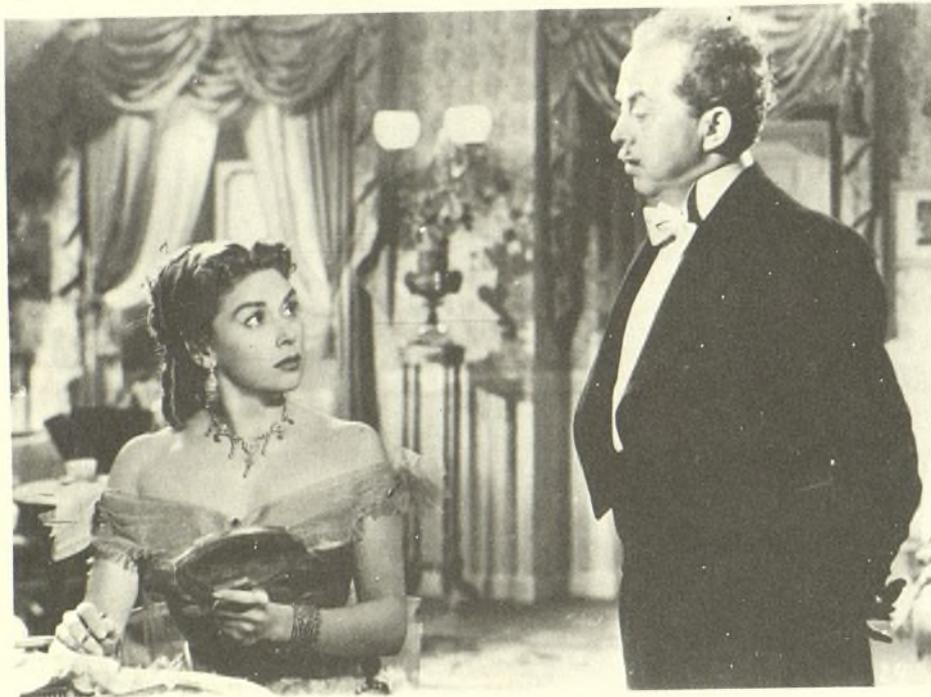
Finalmente, obedeció a sus naturales impulsos y optó por aquella Naturaleza conciliadora y apacible, por donde se ensancha el alma y con la que quizá tenía deuda de regresión, volviendo a su antigua vocación de montañero callado y solitario.

Andaba yo también pateando montes, a vueltas y más vueltas con la ficción de un personaje agreste, puesto que decidí ser actor como él me aconsejó con insistencia, cuando, por última vez, me lo encontré en un puebluco de los Picos de Europa, insólitamente enfrentado a un riguroso par de huevos fritos con jamón, a los que iba reduciendo con gozo y mansedumbre. Sin más y apenas descubrirme (como si ya me hubiera presentido), me urgió jubiloso a que le secundara.

Acepté porque de pronto me vino aquello tan tierno que dejó escrito su contemporáneo Miguel Mihura, cuando se le pedía a un antiguo cobrador del tranvía: «Deme un huevo frito», y en lugar de dar un billete, como todo el mundo, sacaba de su cartera un huevo frito con su yema y su clara, porque era simpático y moderno y vivía en un castillo de rosas y de jamón que él mismo se había construido con su propia fantasía y su desenfado.

Yo estoy seguro que Enrique Herrerros fue siempre como el desenfadado cobrador de ese tranvía fantástico y que nos está aguardando al final de la cuesta para llevarnos cualquier día al Más Allá.

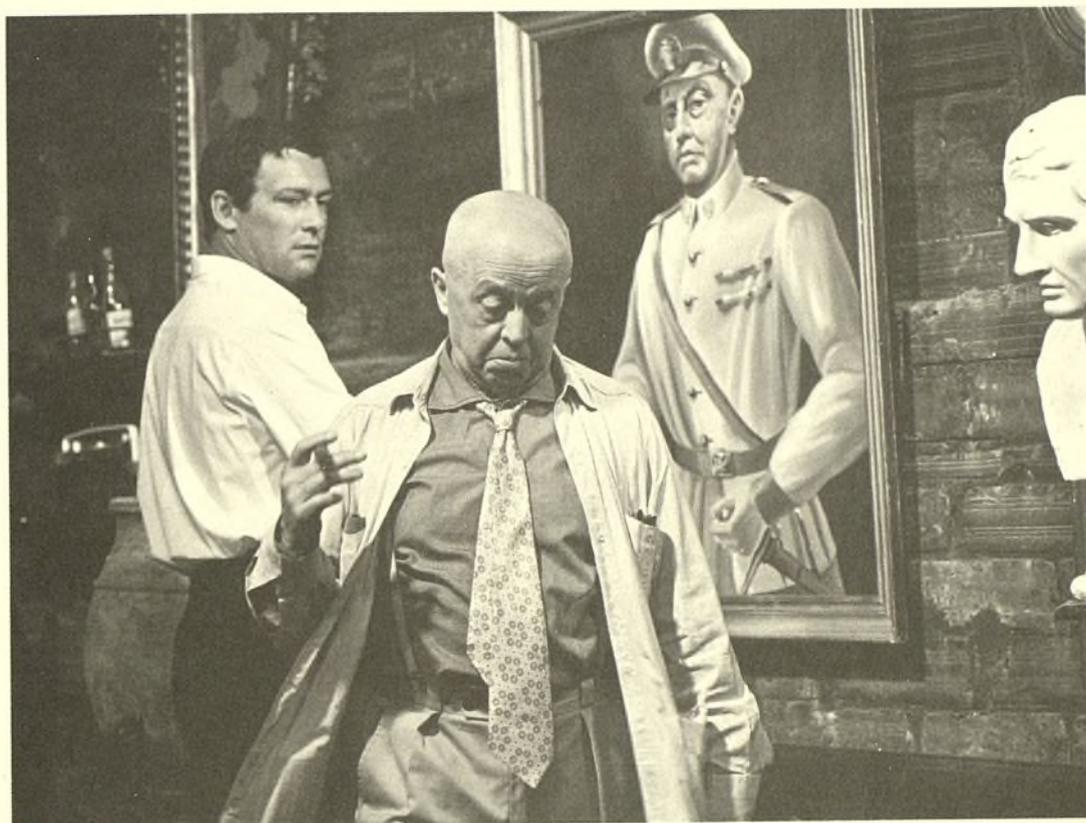
José Luis López Vázquez



Enrique Herreros con Ana Mariscal.



Enrique Herreros de actor en «El Clavo» con Milagros Leal e Irène Caba.



«El ladrón del Tibidabo» con Maurice Ronet.



Enrique Herreros, Sarita Montiel y Fernando Fernán Gómez en «Empezó en boda», 1944.





E. HERREROS, Cartelista
Ayuntamiento de Madrid

Todos los que nos hemos dedicado a la publicidad cinematográfica, hemos aprendido —directa o indirectamente— de Enrique Herreros.

Allá por la década de los años 30 —antes del triste 36—, a Enrique Herreros le llamaban, en los círculos cinematográficos, El Mago de la Publicidad; fue el primero que aplicó aquí la técnica y los procedimientos de los lanzamientos americanos de las películas.

Ayudó eficazmente a que el inolvidable Alfred Hitchcock fuese conocido entre el público español, estrenándole «Alarma en el Expreso» y «Enviado Especial», entre otros títulos.

J. Francisco Aranda, en su biografía sobre Luis Buñuel, en el capítulo «Las Comedias Españolas», pone bien de manifiesto lo que Enrique Herreros contribuyó en el lanzamiento de esas películas buñuelescas que Filmófono fue presentando entonces por España.

En ese período de su trabajo como publicista cinematográfico hay que intercalar su etapa como cartelista, cuya culminación —para mi entender— son sus carteles para lanzar el cine soviético en España. Destaca por su avanzada actualidad —hoy parece un cartel hecho en estos días— el que creó para «La Línea General», aunque no hay que olvidar que ese original de Enrique Herreros tiene hoy encima casi medio siglo.

Entre los años 1941 y 1956 —cuando el Palacio de la Música era, sin duda, el cine más acreditado de Madrid— sus fachadas eran esperadas por el público. Enrique Herreros y sus colaboradores sabían asombrar los lunes de estreno a los madrileños, con aquellos gigantescos bastidores que cubrían original y eficazmente la fachada de ese local. Si tuviera que elegir uno de aquellos reclamos, me inclinaría, por supuesto, por el que hizo para «Camarada X», en el que mezcló audaz y humorísticamente, junto a sus típicos «monos» codornicescos, la hoz y el martillo comunistas, pero, eso sí, expuestos en plena Gran Vía de Madrid, en el año 1949.

Tengo el honor de poder decir que su último cartel me lo hizo a mí, cuando tenía que lanzar la película de Vittorio Gassmann, «La Ronda del Placer»; lo realizó poco antes que se fuera para siempre a sus Picos de Europa. Hay que recordar también que fue el lanzador indiscutible de René Clair con aquellos carteles suyos, tan llenos de originalidad y modernismo, para «Bajo los techos de París», «El Millón» o «¡Viva la libertad!».

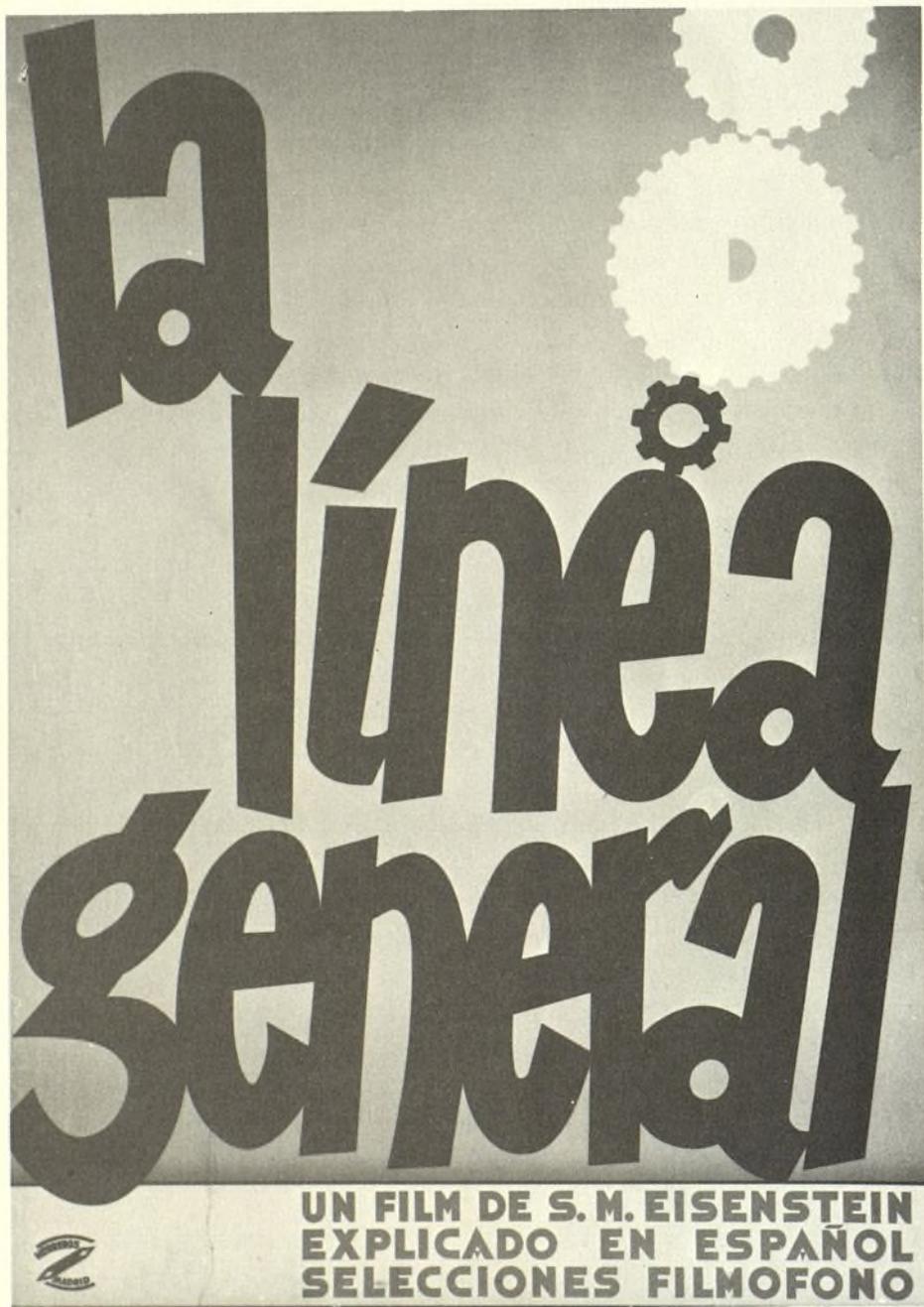
Un buen día de 1944 descubre en la portada de una revista la asombrosa cara de una chiquilla que aún se llamaba María Alexandra, aunque su verdadero nombre era el de M.^a Antonia Abad Fernández. Enrique Herreros no sólo le dio un nombre nuevo, el de Sara Montiel, sino que hizo con ella todo lo que Sara llegó a ser en esa época, que fue, en pocas palabras, convertirse en la estrella cinematográfica española más importante que ha dado nuestro cine.

En 1964, Enrique Herreros abandona su trabajo como inimitable Mago de la Publicidad cinematográfica. Antes de retirarse nos ha enseñado la manera de mostrar a una estrella: Romy Schneider —parando con ella la circulación de las calles más céntricas de Madrid—; ha descubierto a la maravillosa Nati Mistral; ha estrenado la primera película larga de Walt Disney, «Blanca Nieves y los Siete Enanitos», y ha hecho otros muchos alardes de su eficacia profesional, que creo sería muy difícil compendiar en estas líneas.

Escribo este comentario que me pide mi viejo amigo Luis Caruncho, dejando bien aclarado que me respaldan treinta años de profesionalidad, realizada en los cinco continentes de la tierra. Digo esto para que no se piense que mezclo el cariño con la realidad. Para mí es maravilloso pensar que los José Luis Piqueras, Salvador Sanz, de ayer, o las Glorias de las Bárcenas, de hoy, entre otros muchos profesionales, hayan salido de su Escuela, en la que yo, por supuesto, me considero su alumno favorito, que además tuvo la inmensa suerte de convivir con él muchos años.

Padre, mi bondadoso padre, gracias por todo lo que me has enseñado.

Tu hijo



Cartel de Enrique Herreros.



Cartel de Enrique Herreros.

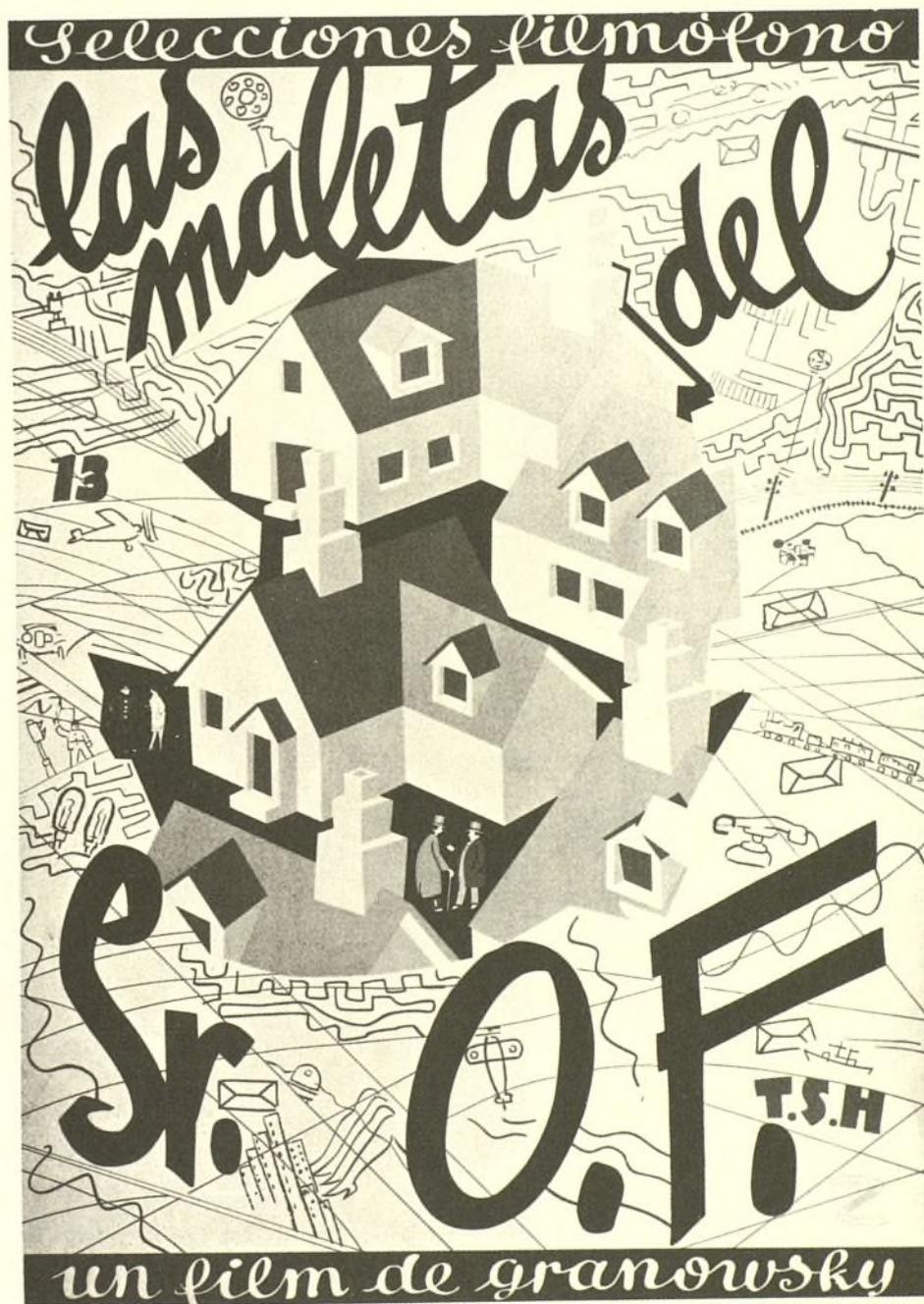


Fachada del Palacio de la Música de Madrid creada por Enrique Herreros, 1949.



Enrique Herreros en su oficina de Filmófono, en los bajos del Palacio de la Prensa.

Ayuntamiento de Madrid



Cartel de Enrique Herreros.





E. HERREROS, Fotógrafo

Ayuntamiento de Madrid



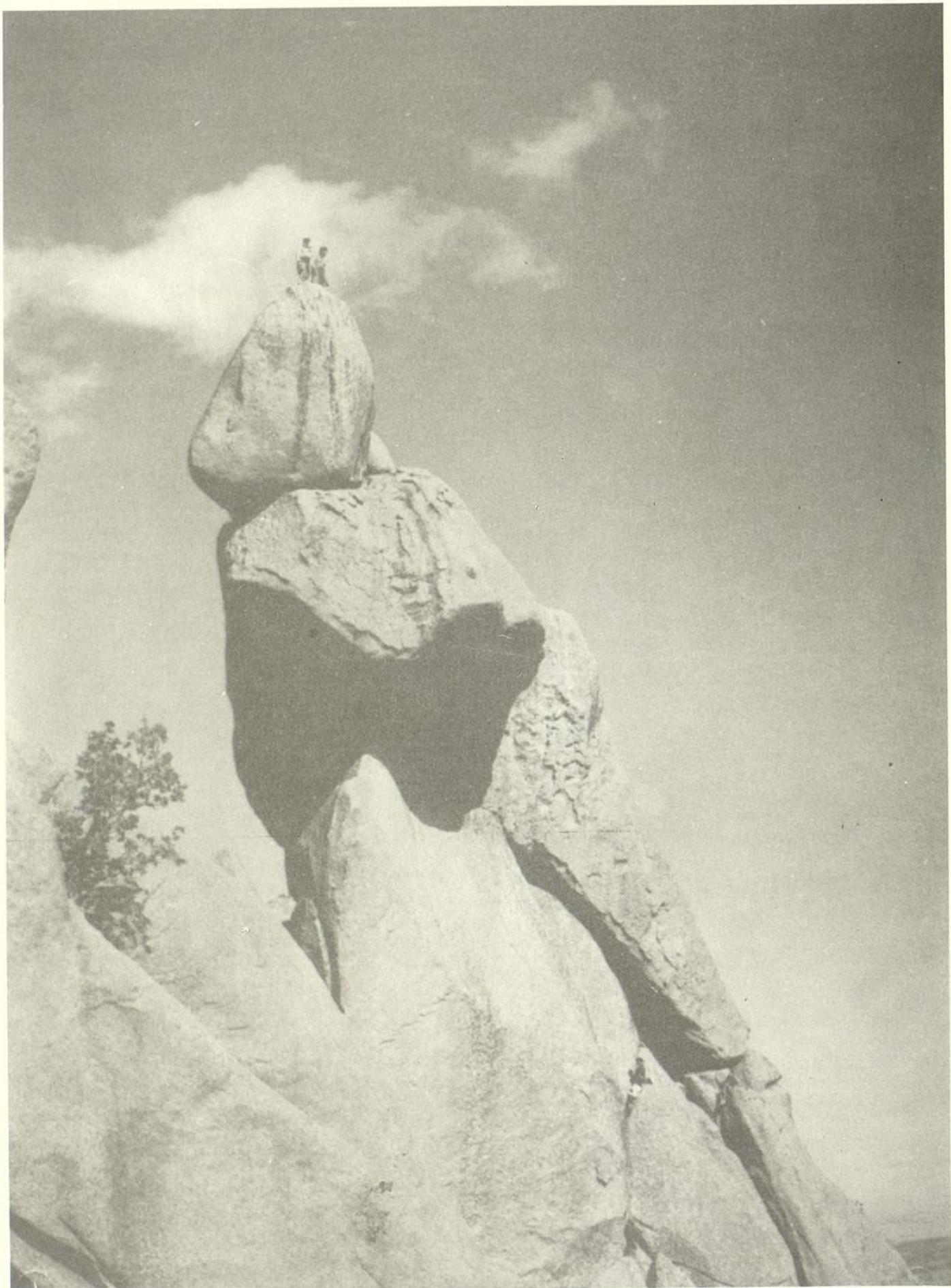
Fotografía de Enrique Herreros.

Amablemente, me piden que escriba unas líneas sobre mi inolvidable amigo Enrique, en su faceta de fotógrafo. Y yo, que lo soy tantos años ya, viviendo el gozo diario de mi vocación realizada, miro hacia atrás y le veo mostrándome entusiasmado y sabio aquellas «escrituras con luz» de, por ejemplo, sus amadas cumbres; Navacerrada, Picos de Europa, Valle de Arán, de donde se traía a casa imágenes que le volvían cuando quería a los riscos, trochas y vericuetos de los que hacía su segundo hogar. Lugares en los que dejaba un trocito de alma cada vez, y al fin la vida.

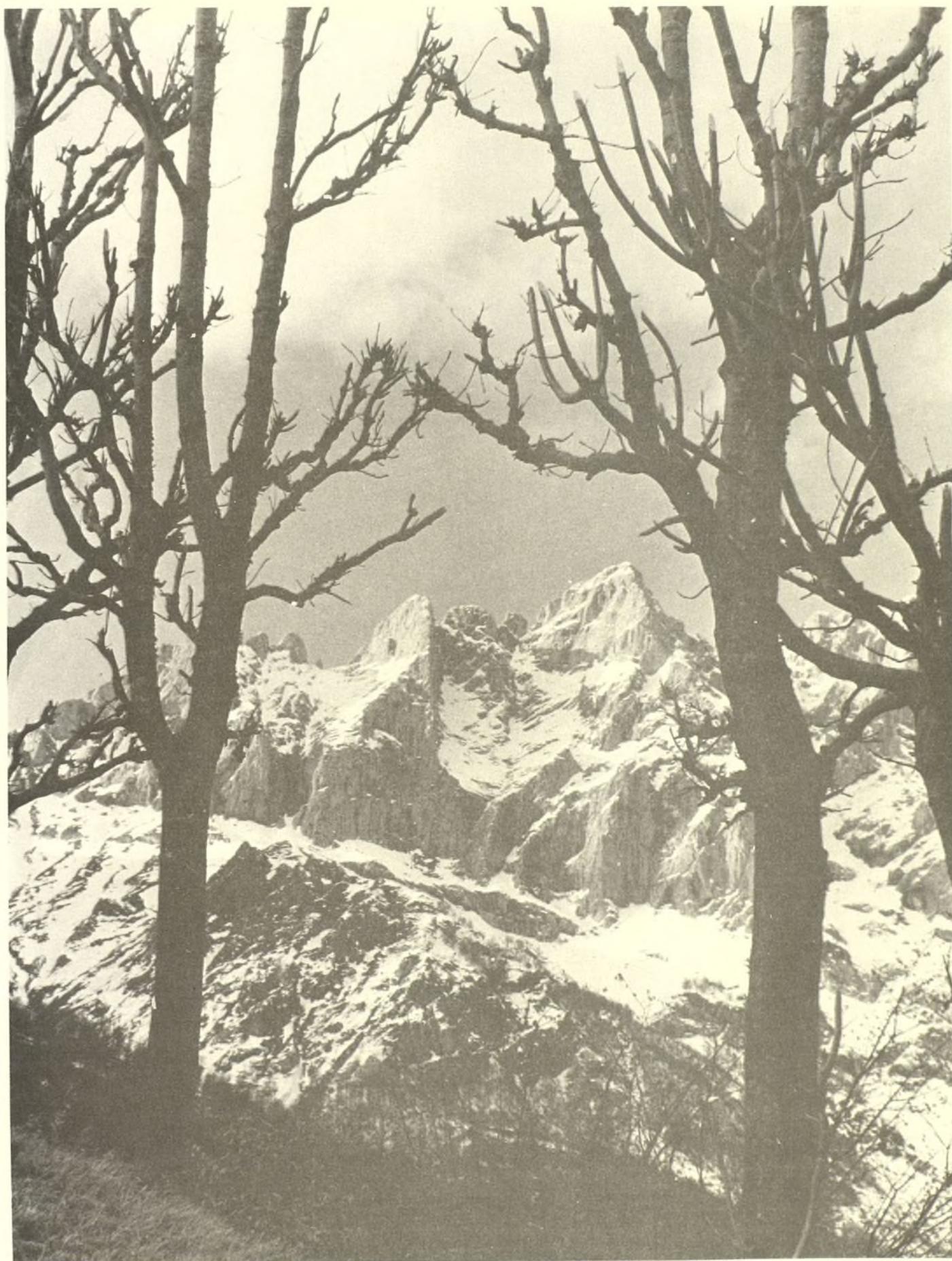
Enrique podía hacer casi todo, y casi todo bien. Tenía lo fundamental para retener imágenes: ojo de fotógrafo, que no es lo mismo que ojo de pintor, de escritor o de submarinista. El ojo de fotógrafo es otra cosa. Por eso, cuando burlón y paternal me dedicaba alguna cuchufleta positiva sobre mi trabajo, yo sabía que había acertado y me gustaba, y le quería.

Enrique era uno de esos hombres que, ni pasan desapercibidos ni se pueden olvidar. Cuando en un viaje a Alemania, juntos, nos encaramamos con su hijo Enrique a lo alto de la torre de la catedral de Ulm, la más alta de Europa, ¡vaya tela de torre!, aparte de enseñarme cómo conseguir llegar arriba sin echar el hígado, «despacio, muy despacio y sin parar hijo», el calvo que Dios bendiga que era también un consumado escalador, se permitía el lujo de irme diciendo durante la ascensión, que encuadres, vistas y diafragmas eran los mejores para mis fotos. Era un sherpa bonachón y constante que iba a la cabeza de la cordada de la vida, de la amistad, y del talento. Te sigo recordando Enrique.

Vicente Ibáñez



Fotografía de Enrique Herreros.



Fotografía de Enrique Herreros.



Fotografía de Enrique Herreros.

Ayuntamiento de Madrid



Fotografía de Enrique Herreros.

Ayuntamiento de Madrid





E. HERREROS, Escritor
Ayuntamiento de Madrid

Enrique Herreros está en la historia del periodismo, del cine, de la pintura, y del alpinismo. Me contaba Miguel Herreros su amor por la montaña, y me parecía un lugar espléndido para asomarse a la vida, al mundo, allí donde el hombre pone lo que quiere, su gran vida, su miseria, su humildad, o su real gana. Luego Enrique Herreros me contaba en la tertulia de Mayte, donde salían a relucir biografías de mujeres estupendas, de actrices admirables, o de todo lo que sale en las tertulias, que es siempre a borbotones. Pero nunca Enrique Herreros era demoledor de nada, ni de honras, ni de famas, ni de prestigios fundados o no. A mí me ha llamado la atención dos grandes aptitudes de Enrique: el periodismo y la pintura; el juicio de los demás, y el dibujo. Periodísticamente, Enrique Herreros era un burlón de buena casta, y un distraído sobre maledicencias. No se proponía descubrir el Mediterráneo con sus artículos, sino hacer una especie de crónica de lo habitual para el regodeo privado de la lectura de los otros. Había descubierto cosas sensacionales de políticos, de gentes de dinero, o de artistas, y todo ello lo acumulaba como una obligada página de la vida social que había que ofrecer como la escenografía de un escenario, o el decorado de una película. Tenía la dimensión de lo introvertido, se conocía a los personajes por Enrique Herreros, por el modo de comparecer éstos, o de ser lo que eran; aunque fueran solamente protagonistas de la noticia. Era una burla entre satírica y franciscana. Yo le conocí un poco tarde, y entonces tenía mucho más depurado todo esto. En un lugar preferente de mi casa tengo el retrato de Fernando VII, pintado por Enrique Herreros. Fue aquella exposición entre libros y pinturas de una sala próxima a la calle de Alcalá. Aquello era un periodismo evidente porque ningún cronista de don Fernando VII habría sido más real en la noticia del Monarca. Estoy seguro que había leído aquel primer tercio del siglo XIX y había localizado perfectamente al rey. Este era un periodismo sensacional. El rey había engañado a Napoleón, luego a los de las Cortes de Cádiz, más tarde a los liberales del golpe de Riego, y no a pocos absolutistas de su entorno. Pero al tiempo le gustaban las mujeres, merodeaba por las Ventas del Espíritu Santo, y murió pacíficamente en la cama dejándonos la de Dios es Cristo. Enrique Herreros dejó todo esto inmortalizado en el gesto de don Fernando. Podía haber escrito esta crónica, y habría salido igual. Enrique Herreros se acompañaba de la letra y del grabado en el periodismo, para hacer una crónica completa de lo que veía. Cuando no llegaba con la prosa, se completaba con la ilustración. El humor de Enrique Herreros era el de una visión del mundo que implicaba el reconocimiento de las pasiones y los deseos, y a todo esto le ponía ironía y hasta santificación. Tenía la gran filosofía de saber que vivía en el mundo, y no en el limbo, y no le preocupaban demasiado los dramas o la posteridad. Enrique Herreros era cronista de una época, de unos personajes, se consideraba solamente testigo y no protagonista, y por lo tanto andaba sin armamentos y sin plataformas. Su propia vida fue muy periodística. Por eso se marchaba al Guadarrama y a otras montañas del país para que la nieve impidiera sus acaloramientos, y las cimas le suministraran humildad, que es ese instante en que la Naturaleza nos dice la insignificancia del hombre. Luego Enrique Herreros bajaba de la montaña y nos hacía la crónica de Madrid, un poco más cerca del cielo que los noctámbulos de su alrededor.

Emilio Romero

PEÑALARA

REVISTA ILUSTRADA DE ALPINISMO

ORGANO DE LA REAL SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ALPINISMO PEÑALARA

DIRECTOR:
Delgado UbedaAVENIDA JOSÉ
ANTONIO, 17, 3.ºTELÉF. 23-67-41
MADRIDREDACTOR-EN-
JEFE:
F. Hernández-Pacheco

DOCUMENTOS



EL G. A. M. TAMBIEN HACE
BAJA MONTAÑA



En el paisaje ocurre lo que en la arquitectura: el desnudo es lo último de que se llega a gozar. Hay quien prefiere una colinita verde, llena de arbolitos de jardín, a la fuertemente masca de uno de los grandes gigantes toscos de la Tierra.

Miguel de Unamuno

de nada a nadie. Pero me ayudará, por lo menos, a recordar cuando estoy entre las angostas paredes de la ciudad, donde con prisa de hormiga voy y vengo, con un lastre idiota, a sentir todo lo bello y demasiado corto que he vivido en aquellos horizontes.

Diario de excursión

Todos los artículos que he publicado en esta Revista he procurado que tuvieran siempre un fondo técnico, mezclado con un afán de divulgación y proselitismo. El relato que ahora me ocupa no tiene nada, ciertamente, de lo primero, pero sí de lo segundo. Reflexionar, una vez más, la grandeza impar de los Picos de Europa.

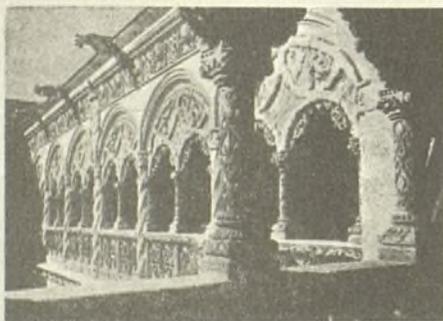
Quizá este propósito resulte mezquino para mi pluma. Quizá no sirva

Domingo 15 de julio de 1945: Son las tres de la tarde. Estoy en el balcón de mi casa esperando la llegada del automóvil de Valeriano Ruiz Villar. En él vienen Baldomero Sol y Galilea para irnos al macizo occidental de los Picos de Europa, a la Peña Santa de Castilla. Después de una hora de espera —no es mucho compara-

101

un poco de grasa al embrague». Se acepta, esperanzada, la solución. Valeriano arranca, y vemos con alegría que el coche sigue y sigue... Galí, Merito y yo nos ponemos a andar rápidamente por la carretera, y la gente que pasa nos mira sin comprender. Por aquí debe de estar el atajo. Y nos

go. Un coche nos sigue, y sus ocupantes nos miran como si fuéramos marcianos... Nada: renqueando mal que bien, el coche ha subido la cuesta. El coche que nos seguía se para y da la vuelta. Cada vez patina menos el embrague. «¡Era el aceite!», exclamamos alborozados. El divino poder de nues-



Decidí nos visitar el Museo Municipal... (Valladolid).

(Fot. Herreros)

internamos a pico por el monte. A Galilea y a mí, que no nos ha dado tiempo más que a ponernos un calcetín, pronto tenemos una hermosa vejiga cada uno. Pero no importa. La subida se ha transformado ya en una carrera en pelo. Yo, que est... menos entrenado, apenas los puedo seguir... Al fin, coronamos el puerto, y ya está allí Valeriano. ¡Alegría! Ya hemos vencido un serio obstáculo. Más optimismo. Otra vez adelante, sobre ruedas. Pero Galilea, Merito y yo vamos pensando si tendremos también que subir corriendo la cuesta del Cristo del Calo-

tra afición a la mentafía nos hace el espíritu juvenil, a pesar de que ninguno somos niños. Sin interrupción, llegamos a Olmedo, punto obligado para la provisión de gasolina. Galilea trata de convencerme de que me ponga en el sitio que él ocupaba junto a la ventanilla, porque siente que tiene como una llaga en el costado, hecha por el boliche de bajar el cristal. Yo, más que nada por castigar su egoísmo, le digo que no. Empezamos a rodar de nuevo. ¡Oh, genio creador que has dado al hombre el sentido del frío...! Un ruido seco, de martillete,

103

do con otras veces— aparece el coche al fondo de la calle. Me despido, impaciente y nervioso, de los míos. Ya estoy en la calle. Todo un testero del coche está lleno de morrales, sacos y



...como siempre que Merito circula por la calle con atuendo de sierra...

cuerdas. Pienso por un momento en la impenetrabilidad de los cuerpos. En fin, ya veremos cómo coloco todo lo que llevo yo también... Me comunican que el retraso es debido a que se ha salido la bieleta que sujeta el tambor del freno delantero, pero que con un

102

ladrillo se arregla en seguida. Me extraña grandemente del remedio y, sin comentar nada, le digo a Galilea que salte la tapia de un solar que hay enfrente de mi casa, porque allí hay ladrillos en abundancia. Mientras lo hace, se los pidió yo a mi portero, que es más rápido y fácil. El ladrillo resulta que es para ponerlo debajo del «gato», pues hay que alzar bastante el coche por el «chassis». Arreglado. No es mal comienzo, teniendo en cuenta adonde vamos y lo que nos espera todavía. La gente, que se ha arremolinado como siempre que Merito circula por la calle con atuendo de sierra para mirarle con asombro, sonríe al pensar que hemos de meternos todos en el vehículo. Pequeño forcejeo con Galilea, que quiere ir junto a la ventanilla de atrás, por creer que así irá más cómodo que pegado a los morrales. Accedo. Luego resultó que se fué clavando en un costado, durante cuatrocientos y pico kilómetros, la manilla de bajar el cristal.

Vamos, optimistas y alegres, carretera de La Coruña adelante. No hace demasiado calor, pues corre un viente fresco que nos hace olvidar la preocupación de los neumáticos. Al empezar a subir el Alto de los Leones, surge la primera dificultad seria. Nos miramos preocupados. Al coche le patina el embrague. Varios intentos, hasta en primera, y cada vez patina más. Nos paramos. A todos nos muerde la idea de arreglarlo, menos a Galilea, que cree más prudente regresar. «¡Nada! —grito yo—. Nosotros subimos andando, porque, a lo mejor, aliviando el exceso de carga, patina menos y puede subir. Seguramente, como está recién reparado, se ha pasado

se burla de nosotros dentro de las entrañas del motor, llegando rápido y tedificante a la menor aceleración. Nos miramos, pálidos. ¿Será una bieleta? Está anocheciendo. Volver a Olmedo sería un suicidio y el fin de nuestra excursión, de la que tantos meses atrás hemos hablado. Si pudiéramos llegar a Valladolid, allí sería fácil arreglarlo. Valeriano, que es un propietario de automóvil sin ningún sentido de la propiedad, dice que, 'despacio, cree que sí... Kilómetros interminables parecen separarnos de la antigua Corte española. Este es el paso que debía llevar la silla de manos de Felipe II cuando se dirigía a dicha plaza. Al fin, Valladolid... a la una de la madrugada. Encerramos el coche, y mañana ya veremos. Discutimos antes de entrar en un hotel de primer orden o en otro más modesto. Les convengo de que cuando nos vean entrar con el saco de tela blanca que contiene veinte kilos de tomates, pepinos, peras, melocotones y uvas, todo revuelto y que rezuma por los cuatro costados, no nos admitirán. Y, si nos admiten, nos tendrán en hospedaje vigilado y con tarifa especial... Al fin, estamos instalados. El dueño del hotel me ha dicho, con aire de hombre enterado: «¿Exploradores árticos, eh...?». Yo, asiento con un movimiento vago de cabeza, dejándome llevar por un sentimiento lisonjero y pensando que, a juzgar por la duración que promete el viaje, bien pudiéramos serlo. A dormir con sueño surrealista y freudiano. Las uvas van a saber a pepino, y el pepino a clavijas rancias. La cuerda estrangula lentamente al saco y lo he sacado arrastrando al balcón. Sí: están asesinando al pobre saco... El rojo

tomate se torna morado de tanto apretar. Lo asfixia... Al fin, dormo profundamente de verdad.

Día 16: Desde las nueve de la mañana, Valeriano y yo, después de peregrinar por varios garajes, nos han dado las señas de un buen mecánico que acaba de establecerse en un tallerito modesto. Nada más verle manipular, comprendemos que tenemos el santo de cara otra vez. Desmonta rápidamente el motor y encuentra dos bieletas fundidas. Nos dice que, seguramente, para las siete de la tarde, lo tendrá listo. Tengo que contenerme, porque me dan ganas de abrazarle. Tal es mi alegría, que deseo para este hombre la historia de Henry Ford. ¡Ojalá sea, andando el tiempo, el Ford de Valladolid...! Como allí no pintamos nada, le propongo a Valeriano que, después de desayunar en un bar de la plaza, visitemos las librerías de viejo. La manía bibliófila renace al contacto con la vida muelle y pensante. Yo no encuentro nada, pero Valeriano, que no pensaba comprar, adquiere una geografía de Cataluña, en catalán, que es la admiración de Galilea, que aparece con Sol. Admiración que sube de punto cuando se entera de que sólo le ha costado cuatro duros. En seguida ofrece cinco «pelas» más, pensando revenderla en doscientos en la deliciosa Barcelona. No hace negocio. En una prendería compro una copa de licor, culona y asimétrica, de las que usaban en las botillerías del siglo pasado, muy graciosa. Después de una comida en el comedor del hotel, y otra comida-siesta en nuestro cuarto, decidimos visitar el Museo Municipal. Admiramos este famoso museo, quizá no

104

en todo lo que vale, verdadera orgía de la talla policromada, donde tan bien representado está el genio de Be-



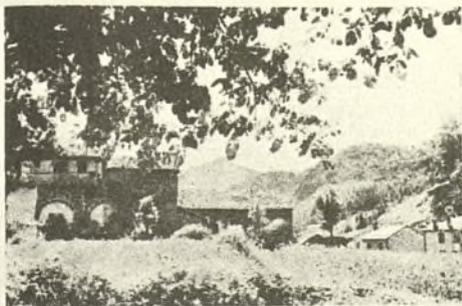
Me pongo a sacar un apunte del cruce de los caminos...
(Dib. Herreas)

rruguete, Hernández y tantos imagineros, algunos desconocidos, para escarnio de su época. Un cicero improvisado, que es el animal más genial que he conocido, nos explica muy se-

rio que al Siglo de Oro se le llamaba así porque doraban con pan de oro las tallas, y que, con mayor mérito, re-

saltaba que los artistas que las hicieron eran analfabetos... A las siete y media el coche está arreglado y, con precaución, rodamos hasta Mansilla de las Mulas, en la carretera de Va-

105



Soto de Sajambre.
(Foto Herreas)

desde que lo levantamos hasta la hora de partir ha desayunado seis veces, según su inveterada costumbre, cuando hay que pagar a escote... Me alivia el espíritu que el paisaje vaya cambiando paulatinamente, siendo cada

vez más vario y jugoso. A nosotros, habitantes de la meseta, la estepa que también tiene su belleza, nos abruma y entristece. Mis ojos se impregnan de toda la gama cromática del verde, que pinta hojas, suelo, agua del río,



La tarde está muy avanzada cuando llegamos a las rezumantes praderas de Vega Baño...
(Foto Herreas)

107

lladolid a León. Tomamos la desviación a la derecha de la que va a Cistierna y Riaño. En Cistierna, a las dos y media de la madrugada, decidimos cenar y dormir. Es muy difícil encontrar alojamiento por lo avanzado de la hora. Al fin, en dos sitios distintos, hallamos dos habitaciones, una de ellas con una sola cama. Convento a Galilea de que, poniendo un colchón en el suelo, puede dormir más tranquilo, porque es muy sensible a los vampiros nocturnos. Es la primera vez que consigo enganarle en veinticinco años de amistad... Discusión por si dejamos el coche en la calle con toda su carga, ya acoplada. Al fin, decidimos sacarla, y Valeriano se enfada, pues era de contraria opinión, y empieza a tirar de los morrales violentamente. El morral de Galilea es estrellado contra el suelo. Y una botella de a litro de aceite se rompe, a pesar de llevarla envuelta con la ropa para preservarla de golpes. Hasta ahora, la cara de Galilea ha permanecido impassible ante todos los contratiempos. Pero esto ya es demasiado. Descompuesto, se lanza rápido sobre su morral y, al comprobar el desastre, abre una navaja de monte con gesto torvo, la empuña con resolución homicida... y se lía a dar tremendos navajazos contra el morral para descargarlo lo antes posible de aceite. El remedio es heroico, pero no hay otro. La risa no me deja ni estar de pie al contemplar la escena. Merito grita como un energúmeno, preguntando dónde han puesto su saco de dormir. La criada, adormilada, mira estupefacta. Estamos en un pasillo mal alumbrado; junto a la pared se alinean unos veladores, y sobre ellos el bulto informe de todos los

morrales. Delante de ellos, Galilea, seco y enjuto, me hace recordar la figura de Don Quijote dando mandobles a los pellejos de vino... Hemos retrocedido, de golpe, al 1600. El escándalo arrecia. La maritornes ha caído de rodillas y recoge el líquido oleaginoso que escapa del morral acuchillado. Merito no cesa de gritar, preguntando dónde han metido su saco de dormir. Yo me pregunto por qué le habrá entrado este afán, ya que en este tiempo, Merito, en cuanto se encuentra dentro de una habitación, su traje habitual es el de Adán antes del pecado original. Por la escalera de la venta, digo, de la fonda, un hombre despedido y en camiseta, baja sobresaltado. Al ver a un huésped repartiendo cuchilladas con tal ensañamiento y no apreciar los bultos que hay encima de los veladores, pregunta con ansiedad: «¿Qué pasa en mi casa?, ¿qué ocurre aquí...?» Y proclama, golpeándose el pecho y subiendo y bajando su camiseta: «¡Soy el dueño!» Nadie le contesta, ni repara en él. Galí ha terminado su faena y dice a Merito, con toda calma, el sitio donde está su saco. Todos hemos pasado de la máxima excitación a la mayor naturalidad y sosiego, como si todo lo sucedido hubiera sido normal y corriente. Al poco rato, Galilea ronca sobre su jergoncito, cuidadosamente extendido en el suelo. Y yo, bien repanchigado sobre una muelle y limpia cama matrimonial, me fumo un cigarrillo, hasta que, con la última chupada, caigo en la dulce sima del más profundo sueño...

Día 17: Me parece imposible que otra vez estemos rodando carretera adelante. Galilea está flatulento, pues

106

y hasta el azul del cielo, dándole un matiz verdoso. Ya cerca de Riaño, la caliza hace su aparición mayestática en afilados espolones de piedra blanquecina. Ya vemos el Pico de Lliordes, gigantesco telón de fondo que hace resaltar el decorado corpóreo del pueblo, plácidamente repartido. A las

coche, abro la rústica puerta de maderos que existe a la entrada del pueblo de Soto de Sajambre para que no se salga el ganado. Nos ajetreamos por el lugar, saludando a los amigos de otras veces y procurando disponer las cosas que debemos llevar en la caballería. ¿Quién nos acompañará? ¿C6-



...flotan las crestas de los picos, que semejan gigantesco espia azos de monstruos emergidos de abismos profundidades...
(Dib. Herreas)

doce y media entramos en él. Nueva parada para buscar gasolina y para arreglar un pinchazo en un taller de bicicletas (!). Yo, que estoy convencido de que vamos al Polo, no me preocupo de nada, y en un block de dibujo me pongo a sacar unos apuntes del cruce de los caminos que van a Portilla de la Reina por el Puerto de San Glorío y al Puerto del Pontón. Después de dos horas largas de parada, enfilamos esta última ruta. A las tres coronamos el puerto, y a las cinco y media de la tarde, bajándome del

mo repartiremos la carga? ¿Serán suficientes todas las cuerdas que trajimos?... Al fin, nos ponemos en marcha. Pero tenemos que retroceder. La caballería no puede con todo lo que hemos amontonado sobre su paciente dorso. Pequeña y última deliberación: mañana subirá otra caballería con el resto, con lo que hemos separado ahora de nuestra impedimenta, nunca mejor llamada como en este caso, aunque el diccionario diga que es un «bagaje que suele llevar la tropa...» La tarde ya está bastante avanzada cuando

108

Seguimos a las rezumantes praderas de Vega Baño, pobladas de ruido de esquilas de un ganado invisible. Seguimos con prisa. Yo, sobre todo, tengo verdadera ansia, después de nueve días, de adentrarme en el bosque de

vo, oculto a las miradas, el poblado primitivo con el nombre de Salambre, hoy convertido en Sajambre y situado bastante más abajo. Aquí estuvo. Pero, ¿dónde?... ¿En qué sitio reposarán los esqueletos de aquella gene-



Merito se incorpora bruscamente dentro de su saco... (Dib. Herrera)

Salambre. En mi pequeñez vanidosa de hambrecillo, pienso si lo encontraré cambiado. ¡No! Sigue igual. Para él no cuentan nuestros cortos afanes. La topografía está igual. Igual que hace dos siglos. Igual que cuando brotaron de ella los ruidos montañeses que intocaban la reconquista a los órdenes de Don Pelayo... Se dice que aquí estu-

ración?... Y, ¿dónde estará el mío cuando, dentro de otros diez siglos, algún muchacho de cualquier ciudad venga a descubrir, para él, este gigantesco e intrincado bosque?... En el manantial bebemos el agua más fina y fresca que podemos apeteer. Anochece casi. El camino, que hay que adivinar, se hace más vago y más pen-

109

trazaba las huellas que hemos dejado atrás. La hoguera fuma con un hilillo de humo azul. La vegetación ha terminado y empieza la soberanía de la

Cubat. Mis compañeros de ahora me hablan, y hablan entre ellos; pero no oigo sus palabras... En el recuerdo de una mañana luminosa como ésta, es la



Subida penosa hasta la Horcada del Frade... (Foto Galilea)

Piedra caliza, que alza gigantescos contrafuertes ante nosotros. Subida penosa hasta la Horcada del Frade. Y, desde ella, nos aguarda la dilatada visión de la Peña Santa de Castilla, por su cara sur. No sé por qué vuelve a mí el recuerdo de la primera vez que la tuve en mis ojos. Fué con Roberto

voz inconfundible del otro la que yo escucho. Estoy emocionado. Con la sensación extraña de que soy quince años más joven. Y, a la par, contento y triste. La Peña Santa hace, para mí, un milagro... También, no sé por qué, presiento que será la última vez que la contemple desde aquí. El encanto,

111

diente. Volvemos la cabeza hacia el valle, y apenas podemos contener los gritos de admiración ante el espectáculo de la puesta del sol, sorprendente e indescriptible. Sobre un mar de nubes, de olas algodonosas y extrañas, teñidas de fantásticos colores, flotan las crestas de los picos, que semejan gigantescos espinazos de monstruos emergidos de abismales profundidades. La visión está encuadrada en el contraluz irreal de ramas, troncos y hojas que nos envuelven con la exuberancia de su salvaje crecimiento. Renuncio a describir todo esto, que hay que vivirlo sin palabras. Y tan hay que vivirlo, que decidimos pernoctar en su ambiente para no desprenderse de su encanto. Los dos vecinos de Sajambre que nos acompañan encienden una hoguera, cuya luz cambiante añade nuevos tonos y reflejos al mágico cuadro nocturno. Cenamos vorazmente. Después, metidos en nuestros sacos, nos dejamos caer al azar sobre el suelo y las jaras, que nos acogen amparan y perfuman. Antes de dormirme pienso en el asfalto de la carretera, en el empedrado de las urbes, en las aceras de las calles céntricas a estas horas —las nueve, las diez— febrilmente aglomeradas. Y un sentimiento de superioridad y dominio me invade sobre cualquier hombre de la servidumbre urbana. Vivir es esto. Saberse un poco fiero en el corazón del bosque, percibir el latido de la tierra a nuestra espalda, ser parte de ella misma, cruzar con la rama, crepitar con el leño, sentir la caricia del aire al vuelo rasante del pájaro en vela... Me duermo, al fin, sonriendo a la luna que asoma entre aquellos árboles, donde un mochuelo mira hacia abajo, con-

templando la fácil felicidad que, por una sola vez, disfruta el hombre sobre la tierra, sobre la Tierra...

Día 18: Sigo dormido. Pero mis ojos cerrados perciben una claridad rosácea. Calor en el rostro. Intento abrir un ojo para mirar a lo alto, y no puedo. El sol me cae de plano. Me incorporo y, haciendo pantalla con las manos, consigo divisar lo que me rodea. La hoguera sigue encendida. Sus llamas se han empequeñecido. A mi lado dormita Galilea. Su rostro tiene una expresión fingida. Hasta durmiendo sabe lo que hace. Le despierto y empiezo a charlar con él. Tenemos el problema de despertar también a Valeriano y Merito. No se nos ocurre cómo, por más que les llamamos. Entonces, a grandes voces, decimos que nos han robado la comida. El efecto es infalible. Merito se incorpora bruscamente dentro de su saco, haciendo muecas de chimpancé. Parece que se le han achicado los brazos cuando los sube para restregarse los ojos con el dorso de la mano. Darwin tenía razón. Galilea y yo nos morimos de risa al verle. Valeriano, último en despertar, une sus carcajadas a las nuestras. Tomo el block y capto el gracioso aspecto que ofrece Merito dentro del saco y pienso que, si alcanzo la posteridad, será por este dibujo ocasional, trazado a toda prisa. Los dos vecinos de Soto, que pasaron la noche junto a la hoguera, traen el caballo para seguir la ruta. Media hora después llegamos a la collada de Dobres, divisoria de los valles de Valdeón y Sajambre. Un maravilloso punto estratégico. Desde él ha quedado muy hondo el lugar donde acampamos. Miro con

110

como todo, se deshace cuando seguimos por el Camino del Burro, trazado en el pasado siglo para la «extracción romántica» de unos yacimientos de calamina, hoy imposibles de explotar. A la hora de marcha llegamos, después de dos días y medio, a nuestra meta: el refugio de Vega Huerta. Noto la novedad de que han levantado alrededor de la puerta un muro de piedra, de metro y pico de altura, para impedir al ganado la entrada. Después de comer, Gali, Merito y yo nos dirigimos a la Peña para hacer un reconocimiento en la gran canal del Pájaro Negro y ver si encontramos una cuerda abandonado por mí en el año 1936. Rápidamente cruzamos las lleras o llerizas, piedras movedizas que arrojan los conos de derrubios de la base, y llegamos a los primeros reductos de la formidable brecha. Apenas nos adentramos, descubrimos un trozo de cuerda podrida, aprisionada por un gran bloque. Les explico que la erosión es tan brutal aquí, que esta piedra se empotraba, hace años, cien metros más arriba, en un sitio donde hacíamos «rapells». Continuamos subiendo y pasando las terrazas escalonadas, entre frases de admiración que les produce a mis compañeros la salvaje y torturada canal. Al fin, nos hallamos bajo el enorme voladizo y sobre el nevero acunado a su sombra profunda. Hay poca nieve. A nuestra izquierda, la gruta, que horada la Peña en cincuenta metros y en sentido paralelo a su eje, tiene taponada su boca con una fantasmal cascada de hielo sucio y oscurecido. Merito se ata y quiere descender para explorar el nevero. Fuertes remolinos de aire se escapan de él y de las negras

grietas que se adentran en las pétreas entrañas. Pienso que todas estas arterias endurecidas se comunican entre sí, y alguna, como la gruta superior, tiene salida al paredón meridional. Pero, ¿por dónde? El aire, que sale encañonado, nos deja arrecidos. Después de empalmar dos cuerdas de treinta metros, ya no vemos a Merito, desaparecido en el caos de negruras abismales. Le gritamos que se acaba la cuerda que le sujeta y que suba, pues no estamos preparados para tal exploración. Cuando regresa a nuestro lado, nos dice que mucho se había figurado sobre lo que yo le describía de este sitio, pero no tanto como la realidad le muestra, realidad de todo punto indescriptible. Como no hay que pensar en poder quitar el hielo de la gruta superior, ni alcanzar fácilmente la cornisa del voladizo, para continuar la escalada por la parte externa de la Peña, como hice en otra ocasión, desistimos de subir por esta vía. Por unas causas o por otras, ya es la séptima vez que fracaso. Iniciamos el descenso. En el momento de concluir uno de los «rapells», cuando me voy a soltar de la cuerda, Merito lanza un grito de terror. Siento que por el aire algo cae, pero que no debo entretenerme en mirar. Los quintos de segundo tienen aquí mucho valor. Instintivamente, giro con rapidez el torso hacia la derecha e inclino la cabeza hacia el mismo lado. Una pesada piedra pasa, vertiginosa, por el lugar que ocupaban mi cabeza y el hombro izquierdo. Rebota en mis talones y sigue hasta el vacío, con estruendo de choques contra los paredones de la canal. Arriba, Gali y Merito, lanzan un suspiro, y oigo estas palabras: «Aca-

112

has de nacer! Tienes unos segundos de edad en este momento, Enriquito... Yo me río. Aparentemente, estoy tranquilo. Pero en el fondo estoy fuertemente impresionado. Con ésta

ver aquí. Nunca, hasta ahora, había pensado que pudiera sucederme nada en la montaña. ¿Será un síntoma de decadencia? ¿Será que ya estoy viejo...? Conforme sigo bajando, miro mi



Las nieblas, obstinadas, intentan entrar por los collados laterales. (Foto Herrera)

es la tercera vez que en el mismo lugar, más o menos cerca, me ha rozado una piedra desprendida. Me alegro de que la gruta esté tapada y que no tengamos que volver al día siguiente. Una pregunta llega silenciosa a mi oído yo: «¿Al día siguiente? Y, ¿por qué nunca más...?» Si, no debo vol-

canal, y revivo de una sola vez todos los recuerdos y múltiples sensaciones que me produjo. Al fin, ya estoy en la base. Una mirada última. ¿Será también la última ocasión...? Antes de llegar al refugio, muy cerca de nosotros, pasa como una exhalación un rebaño de veinticinco rebecos, condu-

113

buscando el camino de arranque a la subida. Yo, que utilicé esta vía una sola vez, y hace bastantes años, no recuerdo exactamente su situación. Sé que hay que bajar bastante. Pero Merito dice que no hace falta, teniendo en cuenta que luego hay que subir. Y, sin pensarlo más, empieza la ascen-

niebla, ¿sabes volver al refugio...? Respondo de mal talante: «¿Qué cosas dices! Si con niebla no encuentro la Peña Santa, ¿cómo quieres que encuentre el refugio, que es un grano de anís comparado con ella?... Tendremos que estar andando toda la noche.» (Yo se lo he puesto así de difícil para



Cruzamos por un prado donde unos caballos... (Foto Herrera)

sión por una chimenea que se alza a nuestra derecha. Con las cuerdas y clavijas que llevamos será más entretenida. Total, que nos metemos en un llo de padre y muy señor mío, para remontar un techo. Clavija aquí, clavija allí, échame esa cuerda, tira de esta otra... Gali no está muy contento, ni yo, que no tenía ganas de hacer sino una subida sencilla. Al fin, convencemos a Sol y abandonamos la chimenea. La niebla, cuando nos envuelve, cada vez tarda más en disiparse. Descendemos, buscando el trillado camino de subida. Me fastidia no encontrarlo. Y entonces Galilea me pregunta: «Oye: si se cubre todo de

descargar mi mal humor.) Ante esta perspectiva, y que las nieblas son cada vez más densas, su rostro se ensombrece y dice que si lo que le espera es andar toda la noche, quiere empezar a hacerlo desde ahora mismo, pero en dirección al refugio. Por si fuera poco, en este momento encontramos el esqueleto de un rebeco joven que debe haberse despeñado hace poco tiempo, pues todavía sus huesos tienen adheridas pútrifas de carne putrefacta. Este hallazgo termina por desfondarle y, de rechazo, me contagia a mí. Galilea y yo iniciamos el retorno. Valeriano y Sol se ríen y no quieren volverse. Nos amenazan con

115

cidos por un gran macho. Es un espectáculo único. Nos maravilla que las crías alcancen tanta velocidad. El que conduce el rebaño todavía la supera, pues se permite hacer brevísimas paradas para otear el camino, y luego, con arrancadas fulminantes, se adelanta a la sirga. Llegamos al refugio y se entabla una terrible discusión. Valeriano y uno de los vecinos, sostienen que, desde aquí, les ha parecido que la manada se componía de dieciocho rebecos. Merito, que veinticinco, pues asegura que, al pasar por su lado, los ha podido contar. Valeriano dice que no puede ser, y así transcurren dos horas y media discutiendo, que es el tiempo justo que yo tardo en hacer hervir una gran perola de caldo con arroz. «Esta sopa está a punto —anuncio con calma—, a punto... de mi paciencia.» La leña y los papeles chorreaban agua, y he tenido que cocinar con alcohol. Me disculpo: «Creo que los granos serán entretenidos de mascar...» Galilea hace subir y bajar sus mandíbulas como el hociquito de los roedores. La discusión parece un forcejeo culminante de apuestas de frontón: «¡Dieciocho!... ¡Veinticinco!...!» «¡Veinticinco!...!» «¡Dieciocho!...!» Yo les grito que, si no callan, les tiraré a la cabeza la perola que llevo sujeta con las dos manos. Entonces, Valeriano se incorpora y, de una patada, la tira por los aires, derramándose su contenido, en gran parte sobre mi anorak, y salpicando de lluvia de arroz las paredes del refugio. Hay un momento de patético silencio. Todos miramos estúpidamente, y al fin rompemos a reír, menos Galilea, que muy serio dice que él por donde tiene que entonar su cuerpo es por dentro con algo caliente, y

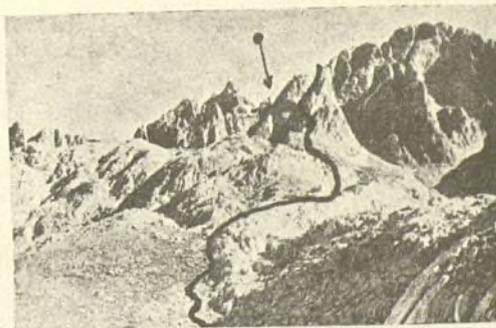
precisamente líquido... Le respondemos que, como no revoja con una bayeta el caldo y la exprima en su boca, allí nadie prueba nada caliente por hoy. Mañana, Dios dirá. Galilea, ante tan contundentes razonamientos, se resigna, y una sonrisa de beatitud aparece en sus labios. Una cena fría entibia de nuevo nuestro buen humor. Y esta extraña conducta de todos nosotros asombra a quien se halla presente. El vecino de Sajambre, acurrucado en un rincón, nos mira en silencio. No es difícil imaginar lo que piensa... La noche y el sueño se juntan...

Día 19: La mañana está soleada, pero desapacible. Los ciclópeos murallores de la Peña Santa, destudados de nieblas, que, obstinadas, intentan entrar por los collados laterales: de la Duerona y de las amplias vegas del Carbanal. Gali, como siempre que el tiempo no se presenta muy estable, no se anima a moverse del refugio. Al fin, le convencemos. No se trata de hacer nada importante. Vamos a subir por el sitio más fácil y trillado, tan conocido por mí. Se decide, y nos dirigimos a los Llambriales. Cruzamos por un prado, donde unos caballos retozan libremente. Son la admiración de Gali y Merito, que durante casi una hora se quedan extasiados viéndolos en las funciones de su naturaleza indómita y robusta. Como Valeriano y yo hemos seguido caminando, los tenemos que esperar. Y ellos, corriendo, al fin, se unen a nosotros. A ratos, la niebla nos envuelve. Pero cuando Galilea empieza a desconfiar, reaparece el sol. Así alcanzamos la arista y damos frente al Jou Santo, en la vertiente norte. Descendemos

114

subirnos a la fuerza, aunque sea atados, si persistimos en el intento. Galilea y yo, que sabemos que son capaces de hacerlo, y además más fuertes que nosotros, no tenemos más defensa que nuestra ligereza para escapar. Gali corre cuesta arriba, delante de mí, como un corzo. Y yo salto detrás de él.

de a razones y empieza a descender hacia los Llambriales. Va como sonámbulo, dando tropezones. Nunca le vi tan desmoralizado. Y lo malo es que me contagia a mí. Me acerco a él y le hablo, pero no me escucha. Su rostro está transformado. Me acuerdo de la película «Horizontes perdidos», donde



Subiendo por los Llambriales. (Foto Herrera)

Alcanzamos la collada. Entonces reacciono y le digo que si es que nos hemos vuelto idiotas. Y empiezo a reírme. A mis risas se unen en seguida las de Valeriano y Sol, que llegan hasta nosotros sin poder tenerse al ver nuestra estupidez. Pero Galilea no se sonríe siquiera. Está serio y reservón. Y mueve la cabeza ventean-do la espesa niebla que nos rodea y que el viento agita incesantemente. Quiere marcharse cuanto antes. Como es pronto, le decimos que si lo haremos, pero que espere siquiera un rato, por si levanta la niebla. El no atien-

los habitantes de la ciudad, cuando salen de ella, perdían su aspecto juvenil y acusaban el que correspondía a su centenaria edad. Cuanto más vacilante vemos a Galilea, más nos reímos. Hay que ayudarlo a bajar, como si fuera un valetudinario. Sol y Valeriano, uno a cada lado, le sujetan por las axilas. Ha perdido el habla y nos mira con ojos mortecinos. De pronto, un fuerte ventarrón nos azota y rasga las nieblas, haciendo lucir un sol esplendoroso. Entonces asistimos a la más extraña metamorfosis: aquel ser acabado, viejo e inservible, se yer-

116

que como por encanto, anima sus ojos con un destello de energía, estira sus músculos, aumenta dos o tres palmos de estatura y nos mira con aire fanfarrón. Inmediatamente nos exige comida. Quiere satisfacer un apetito ferroz. Vaciamos a toda prisa cuanto comestible llevamos en nuestros bolsi-

tido por millares de ventiscas de todas las sierras...!

Día 20: Hasta muy avanzada la mañana no hemos despertado. Se presenta un día espléndido, sin una nube. Nuestra vista se extasia contemplando la grandiosidad de todo lo que



Detalle de la Cresta.
...alcanzamos la arista y damos frente al Jon Santo.
(Foto Herreros.)

llos, que no es mucho: una onza de chocolate, unas almendras, unas pasas... Se apodera de ello con avidez y mastica con fruición. Después, silenciosamente, recoge la cuerda de escalada que yo llevo y, con la agilidad de un rebeco-guía, se aleja de nosotros. Nos es imposible seguirle. Desciende, raudo, pasando por sitios inverosímiles, hasta que lo perdemos de vista... Cuando llegamos al refugio hacía más de hora y media que nuestro héroe había llegado. ¡Oh, misterios de la Peña Santa y de este brujo cur-

nos rodea. Nos entretenemos en identificar por su nombre toda la toponimia del paisaje. Las denominaciones son eufóricas y raciales; muchas de ellas proceden de los dialectos bable y leonés. Así, *visu* o *visú* es un collado desde donde se domina una gran extensión visual; *pan*, es sinónimo de paso o puerto; un *argallo* es un desprendimiento o alud... Al contrario de lo que sucede en el Pirineo con algunos nombres que resultan irritantes para un oído castellano, como Soum de Ramond por Sum de Ramón; és-

117

zamos la Horcaada dei Frade. Aquí nos detenemos, y yo me despido, sentimentalmente, de mi actividad como escalador en el sexto grado. El momento es de una dramática emoción

Yo, como apenas llevo carga, he bajado ligero y dándole consejos para que no tropezaran. Galilea, al llegar aquí, no puede más de cansancio e indignación, y grita, señalándome: «¡Mirad-



Galilea descansa arrastrando clavijas y mosquetones.
(Dib. Herreros.)

para mí, aunque todo lo demás permanezca en su inmutable indiferencia, en su belleza inmóvil... Ahora bajamos por la pendiente senda de piedras sueltas, y, en muchos sitios, borrada por los desprendimientos invernales. Al fin, en la collada de Dobres, después de muchas dificultades.

le, qué descansado está! Y yo, que soy más viejo que él, cargado como un burro...» Entonces, para que no me odie, le quito mi tienda de campaña, de la que él ya se sentía propietario. Y con su pequeño transporte a la fuente del bosque de Sajambre, justificó, a la vez, mi ayuda y mi pro-

119

tos se admiten con más facilidad por su suave eufonía. ¿Se puede decir algo más fonético que Pico Abedular, Torre de Piedra Luenga, Jon Santo, Canal de Mesones, Torre del Torco, Monte de Carombo, Majada de la Vega de Ario, Sedo del Hoyo, Peña Santa de Enol, Torre Santa de Casti-

o sea, hasta el bosque de Sajambre, donde pernoctaremos otra vez. Yo les digo que prefiero perder lo que sea con tal de no bajar entre cuatro personas lo que han subido tres caballeros. Entonces, la codicia asoma a los ojos de Galilea, y propone: «Tú —por mí— pierdes tu cuerda de esca-



Merito se carga dos morrales a la espalda...
(Foto Herreros.)

lla?... Con piedras coloreadas de mineral, pintamos figuras rupestres aprovechando los relieves y perfiles que ofrece una roca, a la izquierda misma del refugio. Así se nos pasa el tiempo, entregados a un arte primitivo de irresistible atracción. A las cuatro de la tarde, Galilea opina que debemos marcharnos, ya que estamos con poco ánimo de escaladas. El influjo de la baja montaña ha prendido en nosotros. Pero, ¿cómo levantar el campamento si la caballería no vendrá hasta mañana?... ¿Quién va a cargar con todo?... Al fin hallamos una solución: bajarlo solamente hasta la mitad del camino,

lada, las provisiones y la tienda de campaña. Le digo que sí, pero pensando que no me importa perder todo menos mi tienda de campaña, que desde el año 31 tantos sueños me cobijó en la montaña. Se hacen las particiones, y pierdo en ellas clavijas, mosquetones... Mi morral ha quedado muy ligerito. Recogemos todo, y no me entra en la cabeza cómo van a poder llevar todo lo que hay en el suelo. Al fin, Merito se carga dos morrales a la espalda y un saco al cuello. Empieza una marcha lenta y vacilante, de dromedario, bajo un calor que asfixia. Al cabo de hora y pico, alcan-

118

piamos un sitio apartado del camino, lo bastante plano para instalar la tienda. Después de una prolongada búsqueda, lo encontramos entre los accidentes del terreno. Una vez instalados, pensamos que, si nos dormimos todos, al día siguiente puede pasar la caballería, sin verla ni ser

nuncié a bajarlas, no debo participar en el ágape. Y, por otra parte, aseguro que a su muchacha le hace mucha ilusión que la lleve restos comestibles de una excursión... Como nadie le hace caso, se arroja como una fieta sobre las viandas y las devora sin mastigar, a toda prisa, como una hiena



...aunque todo lo demás permanezca en su inmutable indiferencia, en su belleza inmóvil...
(Foto Herreros.)

advertidos tampoco. Solución: escribimos en unos papeles, sujetos con piedras, que jalonan el camino hasta donde nos encontramos. Después de cenar, Valeriano dice que siente frío, y enciende una gigantesca hoguera, quemando un tremendo tronco seco, que pone al rojo vivo las piedras en que se apoya.

Día 21: Despertamos temprano, y como nos han sobrado muchas provisiones, decidimos hacer un desayuno pantagruélico, con gran desesperación de Galilea, que dice que yo, que re-

famélica. A mí me repugna el espectáculo de su gula forzada y le increpo: «¡Bandido!... ¡Asesino!... ¡Ladrón!... ¡Sinvergüenza!... ¡Canalla!... ¡Ventajista!... ¡Gitano!... Razón tenía Cimarra: ¡eres un estafaleicas!...» El aguanta el chaparrón de injurias, doblando su voracidad. Al poco rato, llega la caballería. Valeriano y yo declaramos, solemnemente, que no haremos nunca nada más en favor de la comunidad presente. Y nos tumbamos en el suelo, mirando cómo ellos, ayudados por Pedro Martínez, el dueño de la caballería, cargan toda la impe-

120

dimenta. Como el balumbo es muy voluminoso, tiene que ir Galilea a un lado y Merito a otro, para que no se vuelque. Aun así y todo, hemos de

también. Valeriano y yo nos reímos de sus apuros, cómodamente tendidos al pie de un árbol, que nos da grata sombra. Ellos nos miran de través y



Buscamos un sitio apartado del camino, para instalar la tienda... (Foto Herreros)

parar continuamente para rectificar la postura de la carga. Al fin, deciden atarlo todo con una cuerda de escalada de veinticinco metros, y por poco no se atan ellos mismos a la caballería

rumian frases que nos es imposible transcribir... En Soto nos hemos lavado y afeitado en la fuente del pueblo, ofreciendo un espectáculo gratis. Después, en el coche, hemos llegado a

121

Si. Muy enfermos. Son locos. Yo soy el director del manicomio, y hoy tienen su día de permiso...

Al fin, después de una hora de espera, nos dan unos huevos fritos con un poco de carne, y nos cobra sesenta pesetas por barba. Les felicito por la fidelidad de sus informes y les digo que no son locos, sino tontos... Montamos en el automóvil. Pasamos Cistierna, Mansilla de las Mulas otra vez. Aquí nos quedamos sin luz en el coche, pero, como la noche está clara, seguimos rodando. Le digo a Valeriano que no se distraiga, y que vaya más despacio. Pero, como no me hace caso, estamos a punto de chocar con un gigantesco y sombrío carro. Galí abre precipitadamente la portezuela y pone un pie en el suelo; pero, como vamos a más de 60 kilómetros por hora, el pie vuelve a entrar violentamente en el coche, como movido por un resorte, y la portezuela se cierra de golpe. A poca distancia de Vallado-

lid, se sale la bieleta del tambor del freno. Tengo que buscar un ladrillo por la carretera. Y, por un milagro más, lo encuentro... A las seis de la mañana del 21 entrábamos en Madrid, sanos y salvos, aunque con dolor tijo en los músculos maseteros y el diafragma, de tanto como nos hemos reído en estos siete días. La montaña, se practique como se practique, no hay duda de que es una fuente inagotable de optimismo, de alegría de vivir, de despreocupación... Estoy solo en mi casa. ¡Rin, rin, rin!... «Señorito: le llaman por teléfono. Ahí tiene un montón de cartas. Ayer le llamaron cinco veces. Tenga el recibo de...» ¡Dios, Dios, déjeme en paz!; hoy es domingo y no quiero hacer nada, ni saber nada. Mañana, lunes, empezaré a trabajar... Y me metí en la cama, con un humor de todos los diablos.

ENRIQUE HERREROS



123

Riño, a una fonda que, durante todo el año, me han ponderado como digna de huéspedes ilustres, sobre todo por su yantar. Yo no la encuentro tan

—¿Tarde? Bueno, entonces merendaremos.

—Imposible. Es muy temprano todavía para meriendas.



...y por poco no se atan ellos mismos a la caballería.

(D.R. Herreros)

confortable, por el diálogo que sostengo con la dueña, y que a continuación reproduzco en toda su natural sencillez:

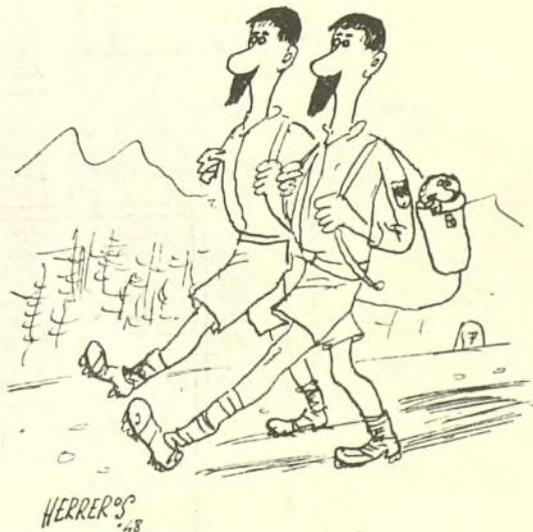
—Queremos comer.

—Es muy tarde ya, caballero, para servir comidas.

—Pues entonces, deme un desayuno fuerte, una comida-merienda, o una cena-comida, o lo que sea... pero deme algo de comer, para mí y para estos enfermos que traigo. Están muertos de hambre.

—¿Enfermos?

122



EL SABADO, A LA SIERRA

En recuerdo de los perros montañeros «Targhi» y «Rufeta».

Mi perro era un magnífico «airedale-terrier». Bracaba al andar como un caballito. Mi perro había aprendido a andar en La Pedriza. Un sábado por la noche lo subí sobre mi cuello, como hacen los pastores con los chivos recién nacidos, pues las negras sombras de las piedras se le antojaban abismos. A la mañana siguiente se soltó a correr por la pradera del «Peluca», y ya bajó por sus patitas hasta Manzanares el Real. No contaba dos meses. Desde entonces no dejó de acompañar mis pasos por la montaña. Mi perro ha muerto a los catorce años, que equivalen a los ochenta y tantos del hombre. No voy a caer en alabanzas por su fidelidad e inteligencia; todos los dueños de perros creen que el suyo las posee en más alto grado, y los «otros» no las entenderían, aunque Pascal haya dicho: «Cuanto más conozco a los hombres más amo a los perros». No, yo sólo pienso que la única gran ventaja que tienen los perros sobre los hombres es que ellos no hablan. Es una gran superioridad. Cada vez que un hombre se ha mantenido hermético ha sido mirado por sus congéneres como sabio. Si mi perro me hubiese hablado hubiera tenido que reprocharme mi afán de dominar, de hacerme obedecer sin réplica cuando le decía: «Toti». ¡¡¡qui! ¡Echate!» Tantas cosas me hubiese podido echar en cara. Mi vanidad de ir siempre vestido, mientras él pasó desnudo toda su vida. Únicamente adornado con un misero collar. La paciencia sin límites que tuvo que derrochar siempre. Esperar. Esperar para comer, esperar encerrado en casa toda la semana para ir



a la Sierra, lo mismo que para las breves salidas que tenía que hacer, tres veces al día, para atender a sus necesidades más urgentes y perentorias. Esperar para dormirse a que yo cerrase la radio o terminase la conversación interminable de temas banales a su fino oído con mis locos amigos. Su estoicismo cuando, sujeto por el rabo, lo descolgábamos de uno a otro sobre un abismo o se balanceaba por el aire, sujeto de una cuerda, en los descensos por las paredes y llambrias. Las injurias que tenía que soportar en la calle cuando al pasar la gente exclamaba: «¡Parece un león!» «¡Le han teñido las patas y la cabeza de rubio y le han dejado el cuerpo negro!» «¡Debian afeitarse las barbas!», sin que yo saliese en su defensa; todas las mil tonterías que le obligaba hacer delante de las visitas por la facilidad que tenía en ponerse a dos patas. Aguantar el perfume de las mujeres, sofocante para un olfato como el suyo, seis veces más sensible que el nuestro. Si, ahora estoy convencido que ningún ser humano hubiera aguantado la diezmilésima parte que lo que él aguantó. Solamente en la Sierra él conoció y gozó de la libertad, y, no obstante, su cariñosa mirada no se alejaba de mi mendaz silueta. Ahora comprendo toda la paciencia que derrochó a mi lado, y por ello le he llevado a que repose para siempre en La Pedriza. Allí se ha quedado debajo de una tosca pero bella piedra adornada con líquenes y musgos. Y he encargado una pequeña lápida que diga así: «Aquí yace el perro Toti». Una lección de bondad nos dió durante los catorce años de su vida.

Enrique HERREROS

(Ilustración del autor.)

Madrid 23 - Agosto 1972

Querido hijo: No seas que desentendi
tu encargo. Entre que hubo tres obis
de pasta, más que estemos en Agosto
y todos con esa de la "civilización del
ocio", no dan golpe.

Seguro he sido tonto del vi y venir
que he tenido que hacer; pero no he
estado pendiente de otra cosa que de
ello.

El coche 124 que está arreglado
costa 11.221 y el 600: 4.300, como
te gustan te manda la factura.

Pierola he metido y dice que se alquile
no hacer, pues no arreglan los platos y hay
mucho gente. Dice que el pondrá un esti-
ción de equis, pues es el gran negocio
¡Veremos! Me acuerdo mucho de ti

Bern
Padre,

Lo último que escribió Enrique Herreros.



Ayuntamiento de Madrid



E. HERREROS, Bibliófilo
Ayuntamiento de Madrid



REAL ACADEMIA
ESPAÑOLA

Para Carlyle la esencia del humorismo es «la sensibilidad, la cálida y tierna simpatía por todas las formas de la existencia». Pienso en Enrique Herreros y llegan a mí sus entusiasmos por esas formas de la existencia. Había en él, ante cualquier expresión de los hombres o del arte que le interesaban y, siendo buenas, eran casi todas, un primer momento de asombro donde se asomaba, desnudo y evidente, el niño eterno que le mantenía puro, incontaminado entre nosotros; después ese asombro se iba convirtiendo en conmoción y convencimiento; más tarde se elevaba el elogio frecuentemente apasionado; muchas veces desmedido. Pero él sabía bien que la misma justicia se mantenía en la bondad, que el partidismo se defendía por sí solo en las mejores telas de su corazón. El humor de Enrique Herreros le hacía siempre superior y tierno; su sensibilidad y entendimiento del mundo estaban por encima de toda cicatería, de todo egoísmo, de toda rivalidad.

Enrique Herreros ascendía en edades de un solo minuto de su existencia. Se hacía hombre sobre las cosas de su alrededor, sobre los hombres de su alrededor. Aquella dedicatoria de Miguel Hernández, «con quien tanto quería», era en Herreros una ley de vida y un código de comportamiento. El quería siempre de verdad, pero además quería *con* los demás, y para llevarnos al terreno de sus querencias elogiaba desmedidamente, convicto y confeso, lo que su encendimiento le dictaba. Para esto no tenía barreras, ni prejuicios, ni falsos comportamientos de adecuación cortés. Lo que él amaba lo defendía sin vacilar, aunque no era dogmático nunca. Sus preferencias, sobre todo en arte, nacían de un sentido primitivo y puro de la verdad, pero de tal manera respetaba la opinión de los demás que no le importaba chocar —hasta donde él podía chocar— con criterios contradictorios. Se sorprendía ante su propia obra como si fuera un admirador improvisado y desconocido. Subrayaba su propio humor admirándose de cada descubrimiento. El era el primero en defender lo que hacía, y ampliaba sus invenciones con argumentos que valían tanto como la obra misma, por su frescura, inesperadamente creadora. Pero aceptaba cualquier crítica y, acaso compungido, terminaba por rendirse.

Su amor a los libros venía también de esa *simpatía* por todas las formas de la existencia. Con una privilegiada intuición sabía acercarse a la mejor esencia de los clásicos. Cómo hablaba de Goya, empequeñeciéndose conmovedoramente, doctrino fervoroso que no pretendía nunca adoptar privilegiadas posturas de elegido, hablaba de Cervantes como de un vecino diario, convivente e inalcanzable. De ahí creo que nació su amor a coleccionar ediciones de «El Quijote». Se sentía amparado, envuelto, acompañado por aquellas repeticiones del libro inmortal, y cada adquisición que hacía se encarnaba en él como un homenaje. «Cervantes, buen amigo...», parecía repetir a diario, y cuando entrabas en su casa te mostraba el ejemplar últimamente encontrado como si lo hubiera escrito él, como si él lo hubiera compuesto, como si él mismo lo hubiera encuadernado. Enseguida derivaba al humor, siempre vivo, que desentumecía toda solemnidad, y surgía la anécdota oportuna que en él constituía una nueva forma de creación.

Enrique Herreros hubiera querido atesorar todos los libros del mundo, todos los autores y todas sus aventuras. Por eso las vecindades de la mágica invención de Cervantes se repetían cinematográficamente —Enrique Herreros sabía mucho de esto— como planos infinitos de un buen filme, que parecen los mismos —el mismo— y son siempre distintos. Yo he visto a Enrique Herreros pintar de noche y soñar de día. Sí; como el caballero de su fiel obstinación, pasaba las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, iluminando la vida a su manera, vistiéndola graciosamente con su sensibilidad, con una existencia devota de toda verdadera existencia.

Peñafaría Nieto



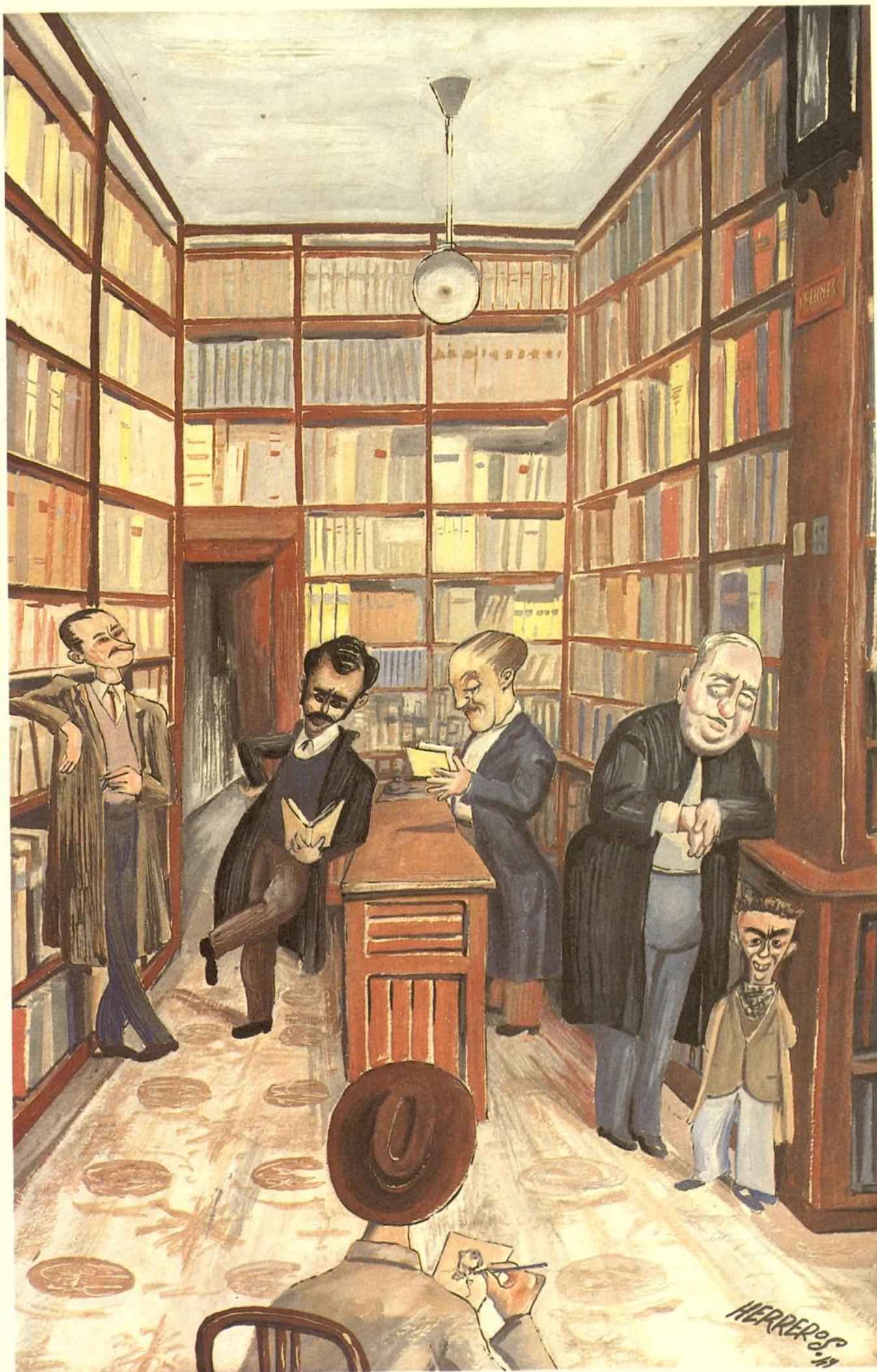
Librería de Estanislao Rodríguez Posse.

En la intensa relación que mantuvo D. Enrique Herreros con la antigua Librería de Estanislao Rodríguez se entremezclan dos de sus grandes aficiones: los libros y el montañismo.

Sus primeras visitas a esta Casa, hacia 1943, tienen origen en la amistad que le unía a Estanislao, hijo y posterior sucesor de su primer propietario, como compañero de andanzas montaÑeras por Gredos y La Pedriza. Pronto se convirtió en un asiduo de las tertulias que se celebraban en esta Librería y creció su afán coleccionista. Sin olvidar las Revistas de Alpinismo ni los libros sobre montaña o esquí, su interés de bibliófilo se fue centrando en las ediciones ilustradas de «El Quijote», libros románticos, grabados, litografías y todo tipo de obras de dibujantes y humoristas, hasta llegar a formar una extraordinaria biblioteca, adquirida en gran parte en dicha Librería.

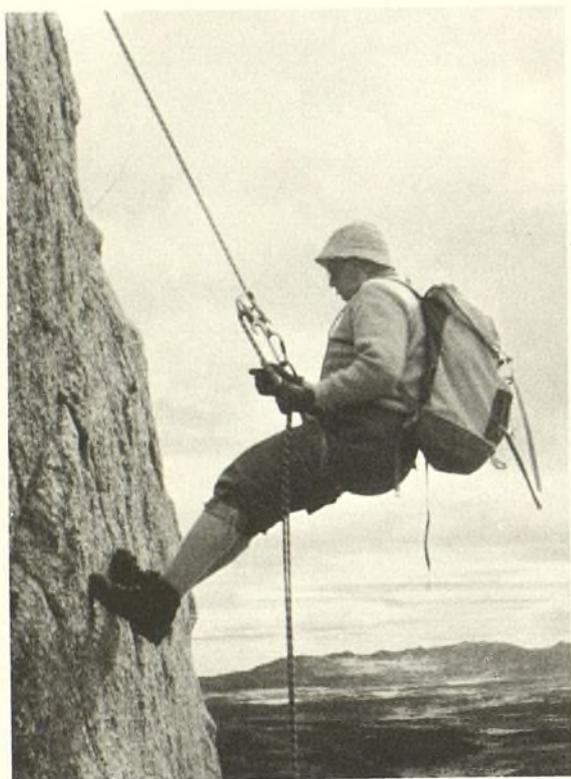
Preside hoy este establecimiento una magnífica caricatura salida de su pluma, en la que retrata fielmente a cuantos allí trabajaban, que tan bien conocieron su condición de bibliófilo y tanto se honraron de su entrañable amistad.

Librería de Estanislao Rodríguez Posse



Dibujo de la Librería de Estanislao Rodríguez Posse.

Ayuntamiento de Madrid





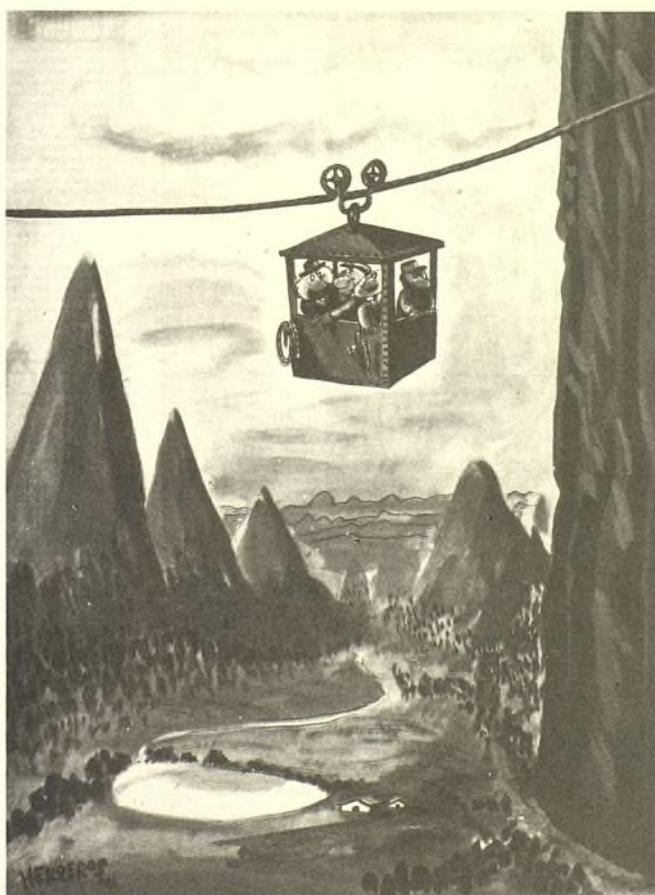
E. HERREROS, Montañero y Esquiador
Ayuntamiento de Madrid

Enrique Herreros fue una especie de mago en el montañismo. Más de cuarenta años de actividad montañera ejercida como él sabía vivir: con pasión, con afecto y originalidad. Grabó toda una época en la historia del alpinismo. Picos de Europa, el Naranjo de Bulnes y la Pedriza del Manzanares fueron sus paisajes predilectos. Herreros fue, precisamente, el descubridor y primer repetidor de la vía del Marqués de Villaviciosa de Asturias y del Cainejo. Herreros la hizo famosa contándola con su amena charla, dibujándola con su genio de artista, y escribiéndola en las revistas de montaña. Tras aquella escalada memorable, Herreros y sus compañeros, pasaron la primera noche de la historia del Naranjo de Bulnes, en la cima.

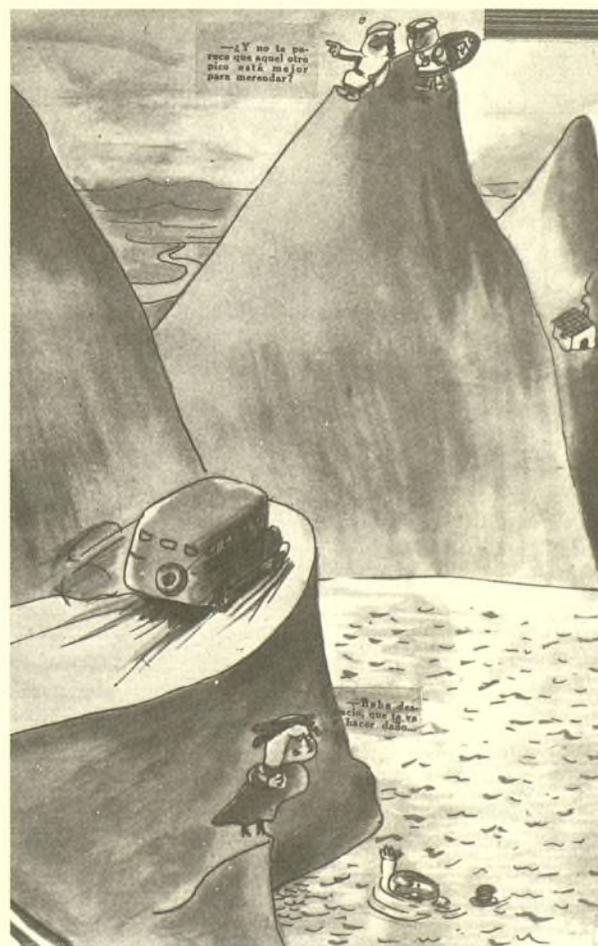
Sus andanzas por el Guadarrama, sus expediciones a Gredos y a los Pirineos y, sobre todo, los artículos y relatos que escribió en la famosa Revista «Peñalara» llenan la época de los pioneros de la escalada y la alta montaña española. Fue fundador y primer director de la Escuela Nacional de Alta Montaña y uno de los más afables y eficaces maestros de alpinismo durante varias generaciones. Su nombre ocupa un espacio importante entre los más significados del alpinismo español.

Pero Enrique Herreros, maestro en tantos artes, fue por encima de todo un humanista, que en las montañas no sólo enseñó técnicas. De él aprendimos el humor para soportar las circunstancias adversas, su bondad para tratar al enemigo sin odio y la mágica ilusión por vivir. Tras setenta y tantos años de juventud constante su cuerpo quedó maltrecho cuando se dirigía al Naranjo de Bulnes a impregnarse de paisaje y a mirar con optimismo y generosidad las deslealtades y pequeñas ruindades de la vida de los llanos, en donde la vida crece.

Pérez de Tudela

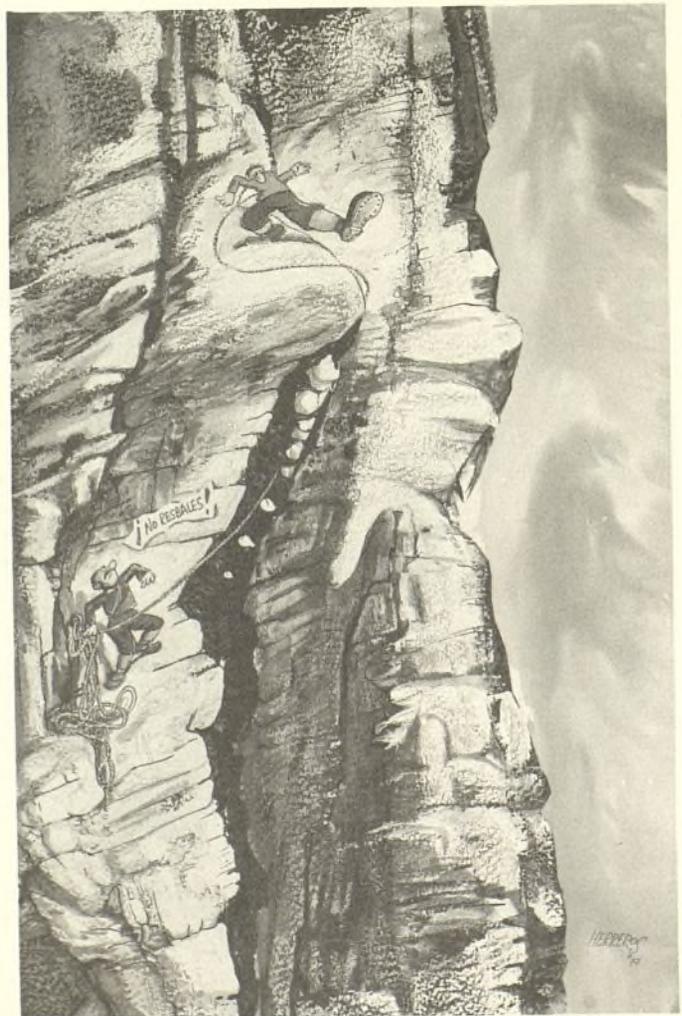
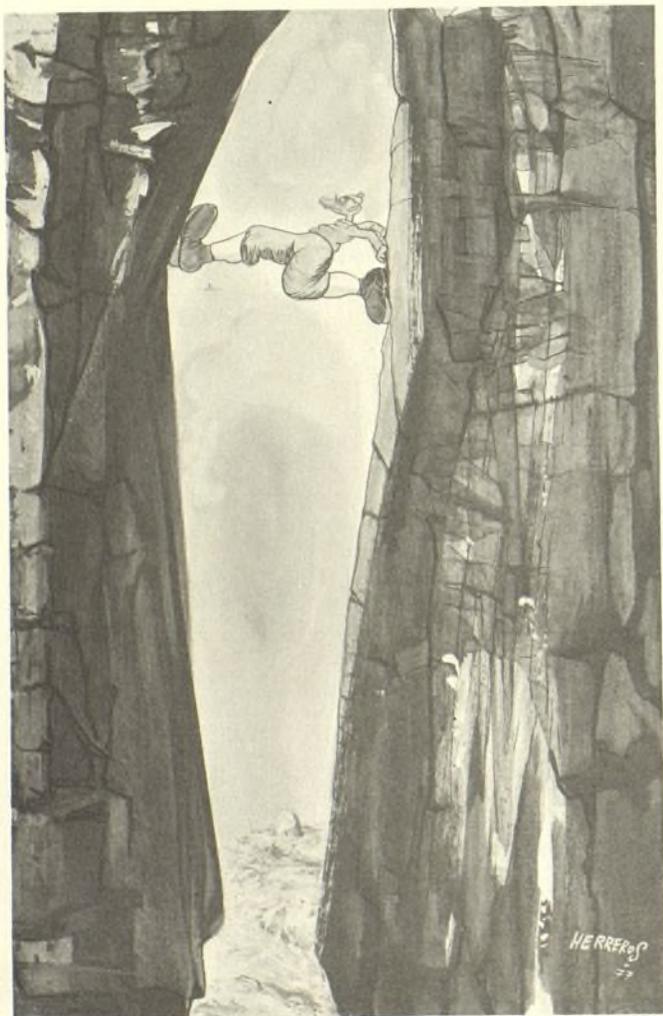


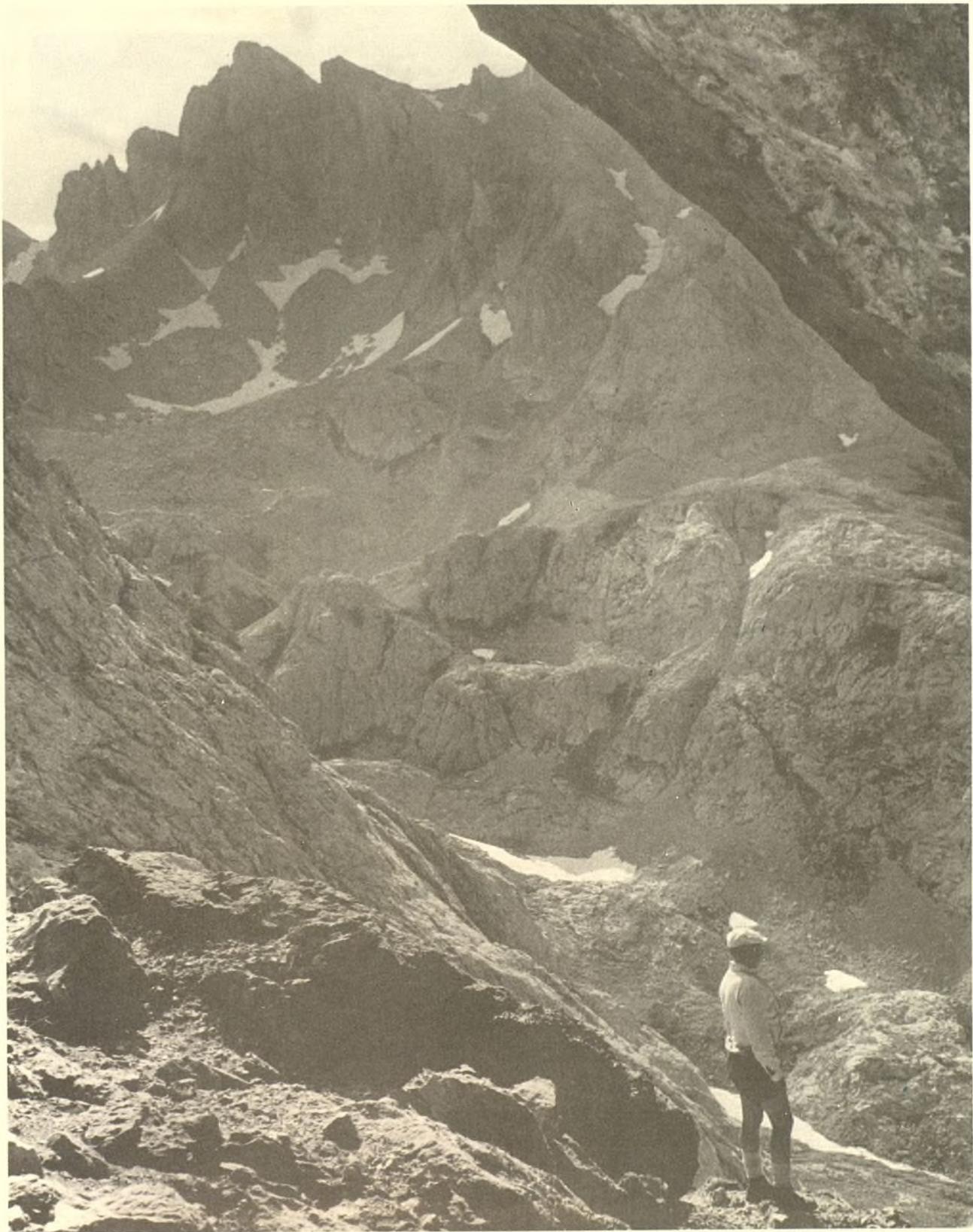
— No tengan ustedes miedo... Si se rompe el cable, aquí llevo esta cuerdecita de repuesto...



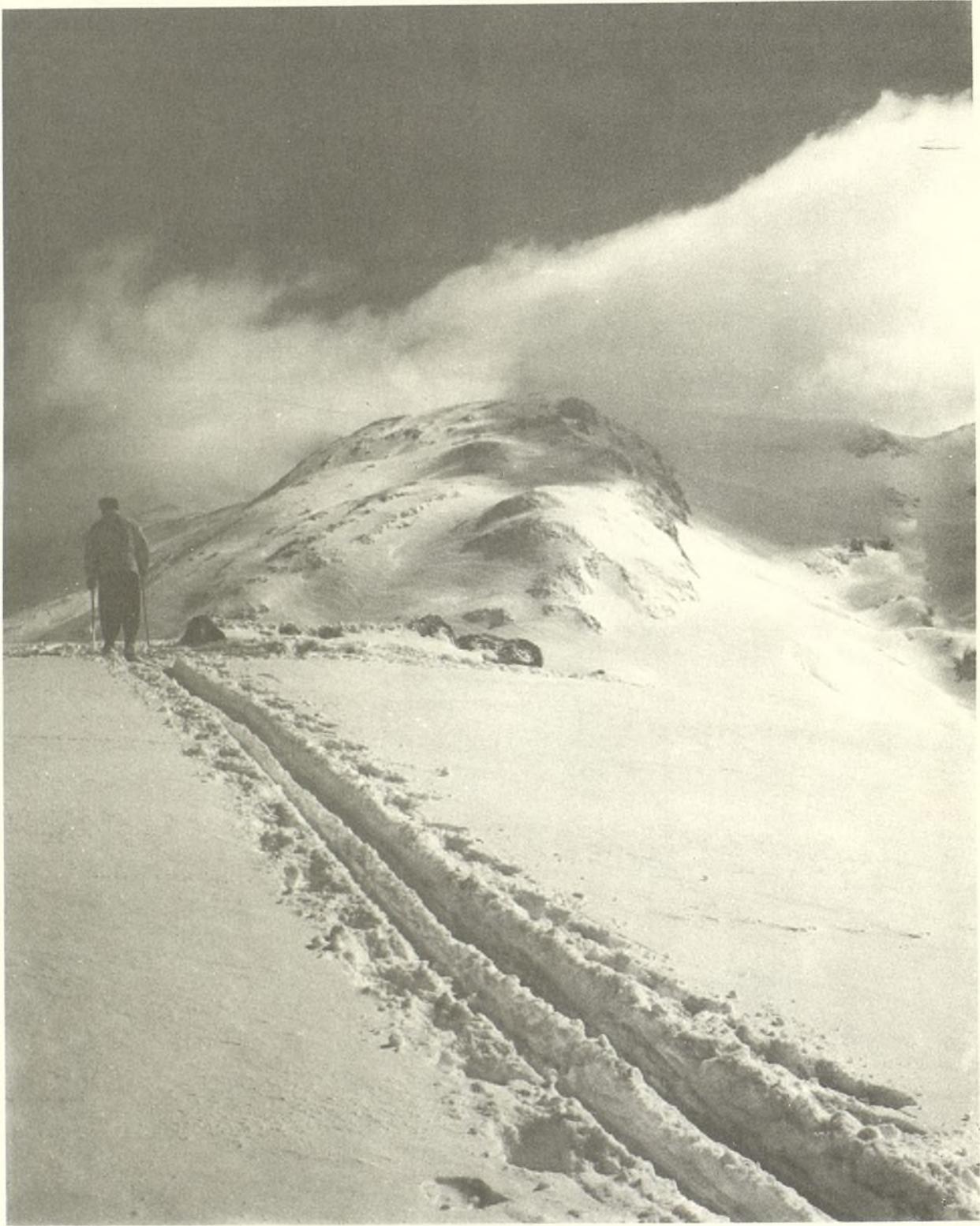
— ¡Y no le pa-
rece que aquel otro
pico está mejor
para merendar?

— ¡Basta de
adelante que le va
hacer daño...





Enrique Herreros en la montaña.



Enrique Herreros en la nieve.



Real Sociedad Española de Alpinismo, Peñalara. Chalet de Navacerrada.

Me es muy grato participar en este homenaje a la memoria de Enrique Herreros, un hombre con múltiples y eclécticas facetas y con un extraordinario talento en todas ellas.

Pintor humorista en dos vertientes, pintando y escribiendo. Era también un gran amante de la naturaleza y la montaña, donde había hecho todo lo que se podía hacer: montañismo, esquí y la conjunción de estas dos modalidades deportivas que es la marcha con esquís.

Pero su cariño a estos deportes no se limitó a su práctica, sino que también dedicó parte de su tiempo a ayudar a los demás desde la presidencia de uno de los más prestigiosos clubs de montañismo y esquí (la Real Sociedad Club de Peñalara).

Todos lo recordamos con su invariable buen humor, dando ejemplo con su juventud (que no es una cuestión de años, como todo el mundo sabe), y lamentamos su repentina y prematura desaparición a los 76 años.

Nos quedan sus obras, sus escritos y su imborrable recuerdo.

S.A.R. Don Alfonso de Borbón





E. HERREROS, Hinchada de Fútbol
Ayuntamiento de Madrid



Enrique Herreros con su hijo y Alfredo Di Stéfano.

Conocí un tipo macanudo, polifacético en todos los sentidos, le gustaba el arte, las ciencias, el deporte, las letras, era un gran escalador, creo que era porque se encontraba allá arriba, se sentía más libre y podía contarle sus cosas a Dios.

Tuve la suerte de que me quisiera como casi a un hijo, era un hincha fanático del Real Madrid y me aplaudía en mis momentos de gloria y me alentaba en los traspies que uno siempre da en la vida.

Siempre y en cualquier parte me recordaba con cariño, y cuando murió lo sentí muy dentro mío, por eso no quiero dejar de sumarme a este homenaje a su memoria, y aunque no sé expresarme como un escritor, humildemente le digo: «Viejo descanse en paz, que yo siempre le recuerdo con el cariño que Vd. supo dejar en mí». Se llamaba ENRIQUE HERREROS.

Cariñosamente,

Alfredo Di Stéfano



—Vamos a aprovechar ahora para meter el balón en la red, porque después empieza el partido y el portero no nos deja...

Los hinchas del fútbol, o más concretamente, los adictos fervorosos de los equipos han reducido su capacidad «ofensiva» desde las posiciones en la tribuna. Hoy lo que reina emanado de la grada es una violencia que alcanza límites insospechados, aunque interpretada por una minoría. Pero no es esta la cuestión. Se trata de que para hablar de los buenos hinchas hay que referirse a otros tiempos, a los de Enrique Herreros, que es como decir que para hablar de la brillante práctica del fútbol debemos retroceder también muchos años porque la época actual está lejos de un buen espectáculo.

Los tiempos de Enrique Herreros corresponden a los del mejor Madrid, los de las copas de Europa, que difícilmente van a tener repetición en el continente o cualquier latitud del mundo. Enrique vio nacer y difuminarse al mejor Real Madrid de toda la vida. Era uno de esos hombres que se acostaba de blanco y se levantaba de la misma forma por mucho que el color no se le viera aunque sí era perfectamente perceptible. Época en que él y otros entrañables madridistas no perdían la oportunidad de mil viajes siguiendo al Real por el mundo.

Escribir de un hombre como Enrique Herreros, capaz de haber practicado el alpinismo, el esquí, el dibujo y la caricatura, conocedor amplio del mundo del deporte, descubridor de Sara Montiel y Nati Mistral, conduciendo a una y otra por la ruta del éxito, es siempre un placer. Bastaría esto si no hubiera que añadir el afecto de estas líneas en recuerdo de su enorme humanidad. Era Enrique, además, un personaje cargado del mejor humor. Curiosamente, quien tanto humor desplegaba establecía en el mismo una frontera que no permitía fuera rebasada. Se trataba de que con el Madrid no se podían gastar bromas, no las admitía. Como a su hijo Quique, otro torrente en la materia, el humor se puede aplicar a todo pero cuando del Madrid se trata, aquí ya no, en este caso, bromas a parte. Y es que un buen hincha como era Enrique Herreros no admitía bromas de ningún tipo si las mismas pueden conducir al mínimo daño del equipo predilecto. Eran otros tiempos, otros aficionados. Los tiempos del admirable madridista y tantas otras cosas. Era Enrique Herreros.

Rafael Marichalar

Han sido muchos años juntos. En la misma fila de abonados del Bernabéu. Enrique Herreros venía de un madridismo antiguo, puro, encastado en fanatismo, como debe ser. Conoció a Monjardín y llegó hasta Pirri, tras el sueño dorado de Alfredo. Si hablaba de Santiago era por una confianza amasada en horas de charlas y por amistad arrancada cerca de aquellas porterías al hombro, de la Gimnástica, el Racing...

Enrique Herreros no era de los hombres que se suben al carro cuando ha enfilado la ancha avenida del triunfo. Padecía como un can, como todos nosotros, cuando no rodaba el balón hacia el lado blanco.

Y cómo sabía hacer estrellas, pintar ásperos paletos con ternura infinita, interpretar, escribir, dirigir y promocionar, como ahora se dice, tenía a flor de labios la disculpa al error del jugador, sacaba el antropoide en taparrabos, que decía Vargas Llosa, frente a un error arbitral y tenía nubes, hojarasca, distancia para el enemigo.

Sólo su corazón latía en un campo. Sólo sus ojos miraban una portería. Sólo sus manos aplaudían a los suyos. Y le sobraba gracia, ingenio y humanidad para montar la frase entre los apretones de la salida. Cuando cada uno nos volvíamos a casa hasta el partido siguiente.

José-Vicente Puente



«Algún día alguien hojeará las páginas de LA CODORNIZ, le descubrirá, y entonces se le reconocerá como un dibujante genial, un portentoso humorista y un muy inteligente señor con gorra a cuadritos. Y entonces será cuando la gente deberá llorar y llorará. Porque les quedan sus obras, pero no han tenido la inmensa suerte de haberle conocido de cerca.»

La Codorniz
2 de octubre de 1977.



ADHESIONES

Ayuntamiento de Madrid



Noche del estreno de «María Fernanda La Jerezana» en Madrid.
Enrique Herreros, Nati Mistral y José Prada.

Querido Enrique: Me piden que te escriba una especie de carta, o algo así. ¿Acaso se les escriben cartas a quienes tenemos junto a nosotros constantemente, y con los que hablamos a diario? Ya sé que esto puede parecer extraño, pues todos sabemos que tú ya no estás entre nosotros, que un día decidiste quedarte en tu montaña, ¡tu querida montaña!, para siempre. Pero por muy extraño que parezca es así, y tú lo sabes. ¿Cuántas veces al día te digo? Enrique tenías razón, sigues teniendo razón: en este país, nuestro triunfo sigue siendo de perra gorda. O cuántas veces les cuento a mis amigos, que de todos, fuiste tú el mejor, y que en una Antología sobre humoristas del mundo entero, editada en París, el único español del que hablaban y elogiaban eras tú. Tu chiste allí publicado: un esqueleto sentado al estilo «pensador Rodin» sobre una tumba en la que sólo se distinguían unas borrosas iniciales. El pie del chiste: ¡Qué asco de muerte esta! Antológico. Y así lo supieron ver los franceses. Siempre pensaste que todo era un asco, tú llamabas asco a lo que en realidad querías llamar esperanza. A veces le ponías nombres raros a las cosas. Por eso siendo el primero en muchas no quisiste jamás reconocerlo. Eras bueno porque decías que había que ser inteligente para ser malo. Tú que eras el más inteligente de todos. ¿Crees acaso que no te veo entre los pliegues de un vestido de alguna señora IMPORTANTE y BIEN ACOMODADA cuando viene a decirme como a ti, que seremos famosos el día que muramos. Y que no observo que me guiñas un ojo como hacían tus hombrecillos, casi siempre barbudos, saliendo del enorme bolsillo del batón de un cirujano.

Enrique: conocías tan bien todo y a todos, que por conocerlos, todos te veníamos chicos. Por eso necesitabas los Picos de Europa, para sentirte como ellos, inmenso y solo.

A mí me enseñaste muchas cosas cuando mis ojos empezaban a abrirse. Y además fuiste el primero y el único que creyó en mí. Y me enseñaste que en el asco de todo lo de este mundo, estaba el verdadero camino del otro, de ese mundo que muy pocos hombres conocen y se les niega a casi todas las mujeres. El amor de un amigo.

Tú fuiste todo. Paz, conciencia, libertad, arte, honestidad, lealtad y pasión. Pero todo, de una manera tan simple, tan sencilla, como esos hombrecillos tuyos, que apenas se atreven a salir a la vida, y que nos hacen un guiño detrás del hombro de un marido mancillado o saliendo del escote de una elefantiásica señora. Todo tú eras ternura, generosidad y asombro. Jamás olvidaré cuando viste París por primera vez. Todo lo querías guardar «pour souvenir», decías: para el recuerdo. Los que te amamos te llevamos en el «souvenir» de nuestro corazón. Gracias Enrique por tu como fuiste. Y como dicen en México: nos seguimos hablando.

Nati Mistral



1. Querido Enrique: Con tu permiso voy a contarles tu vida a toda esta gente que me estará leyendo. El día 29 de diciembre, o sea pegadito pegadito a la festividad de los Santos Inocentes, se puede decir que empieza la escalada de mi amigo y maestro Enrique Herreros. Su madre se llamaba Blanca como la nieve y su padre no. Su padre se llamaba Abelardo como los que se llaman Abelardo. Enrique nació en el «Foro», pero su ascendencia por parte materna era gallega, y andaluza por parte de padre.



2. El primer problema que se le presentó al niño que acababa de aterrizar era que su madre lo que hubiese querido era una niña. ¡Vaya por Dios! Tal era su obsesión que no se le ocurre otra cosa que vestir al pequeño de niña, comprarle muñequitas, y enseñarle a saltar a la comba. Pero el niño era muy niño y un día se tiro de cabeza por un seto del parque del Retiro y se rompió la barbilla. Le quedó una extraña cicatriz y entonces su madre comprendió que una niña no podía ser tan bestia, y optó por quitarle los tirabuzones.



5. Como de los chistes era muy muy difícil llenar el «depósito de los garbanzos» se pone a dibujar en serio y se coloca en «Filmófono» en el departamento de publicidad. Allí Enrique hace de todo. Dibuja carteles, clichés de prensa, inventa slogans, y como el que no quiere la cosa, hace populares en España nada menos que a don Alfred Hitchcock a don René Clair y a un señor que se está poniendo de moda ahora a pesar de que la televisión pretende hundirle con algunas viejas películas suyas que están poniendo últimamente. Hablo de don Luis Buñuel, el segundo sordo divino aragonés.



6. Todo le salía de maravilla a Enrique, pero para rizar el rizo no se le ocurrió otra cosa que hacer un niño. En 1927 nace su hijo del alma, «Quique», que además es mi amigo hasta que la muerte nos separe. El niño salió tan bien como todo lo que hacía Enrique, está tan loco como su padre lo estaba, y es tan buena gente como era Enrique. ¡De nada Quique! Yo soy así.



9. En 1939, una vez acabado el follón fratricida empezó la reconstrucción nacional. La gente pasaba hambre y miseria y cada uno se las arreglaba como mejor podía. Un día Enrique Herreros se encontró a una chiquilla en la calle y se la llevó a su casa. Le dio de comer, le enseñó a leer, y la quiso como a una hija más. Se llamaba Jacoba, y fue la persona más fiel que tuvo Enrique siempre a su lado. Jacoba le cuidó hasta sus últimos días.



10. Una vez reconstruido el país, más o menos, Enrique decide volver a hacer «monos». No se puede dejar el humor cuando se llama uno Herreros y está uno tocado por la Gracia de Dios como el Ave María. Enrique se pone a trabajar en «La Codorniz», que fue un invento de Miura y Tono. La primera portada la dibujó Tono, y las siguientes eran casi siempre, por no decir siempre, de Enrique Herreros.



3. Una vez transformado, llevaron al pequeño al colegio de San Mauricio. El niño era imposible y puñetero a más no poder. Fue compañero de pupitre de Carlitos Fernández Cuenca, que fue con el tiempo una de las personas que más quisieron y entendieron al cine. El profesor de Enrique se llamaba Don Matías y el hombre hizo lo que pudo para hacer del chico un hombre de provecho. La que lo consiguió fue su tía Sofía que era una solterona amante de los folletines, que se compinchó enseguida con el niño, y juntos se escapaban del colegio para ver películas mudas y melodramones.



4. El padre de Enrique era empleado del Catastro, que era como lo de Hacienda de hoy día, pero no en plan Boyer sino más inofensivos. Ni auditaban ni nada. Don Abelardo quería para su hijo lo mejor y se empeñó en que fuera militar, pero el niño dijo que no y se puso a dibujar chistes como un loco. Empieza a publicar en revistas de la época como «Buen humor» y «Muchas Gracias». Allí conoce a Tono y a Miura, dos maestros del humor que nadie debe olvidar.



7. Parecía que Enrique Herreros ya había cumplido con todo, pero no. Enrique era un hombre que amaba lo desconocido, nació para la aventura, no le gustaban los cromos repetidos, y decidió descubrir la montaña. Se compró un gorrito de lana y una mochila, cogió a su hijo Quique de la mano, y con un amigo suyo inseparable que se llamaba José María Galilea se fue a escalar montes y a respirar aire puro.



8. Cuando estaba el hombre tan feliz disfrutando del silencio y la paz, estalla el ruido y la guerra. Esa guerra desgraciada que conviene no recordar porque no sirve nada más que para cabrear a unos y a otros, y por lo menos un servidor no está para eso. Enrique se pasó la guerra como más inteligente se podía pasar. Haciendo chistes. Se reúne con Tono y Miura y entre los tres paren ese prodigio de revista de humor que se llamó «La Ametralladora».



11. En cuanto que Herreros gana unas perrillas lo primero que hace es volver a comprarse otro gorrito de lana y otra mochila y se va de nuevo a explorar la montaña y a escuchar tranquilamente el canto de los pájaros. Se lleva a Quique pero le hace subir a los sitios más peligrosos para que el pequeño le coja miedo a la cosa y pierda la afición. A Enrique le parecía el montañismo un deporte peligroso para su hijo que es lo que más quería del mundo.



12. Pero de tal palo tal astilla, y el niño se salió de Guatemala para meterse en Guatapé. Quique no volvió a la montaña pero eligió un deporte mucho más peligroso. El Rugby. Quique llegó a ser una figura del rugby y defendió valientemente la camiseta internacional española durante muchos encuentros. Así como lo leen. Cuando llegaba Quique a su casa lesionado, allí estaba su padre esperándole como un «Kramer contra Kramer» cualquiera para curarle las heridas.

VIDA DE ENRIQUE HERREROS, PADRE Y MAESTRO DE TODOS NOSOTROS (continuación)



13. Después de atender a su querido y enloquecido niño Enrique volvía al tajo. Se iba derecho derecho hacia la Gran Vía y allí seguía dale que te pego luchando por conseguir que todos los españolitos pudiéramos disfrutar de un cine mejor. Dirigía la publicidad de «Filmófono» y del Palacio de la Música y lanzó al mercado películas tan exitosas como «Lo que el viento se llevó».



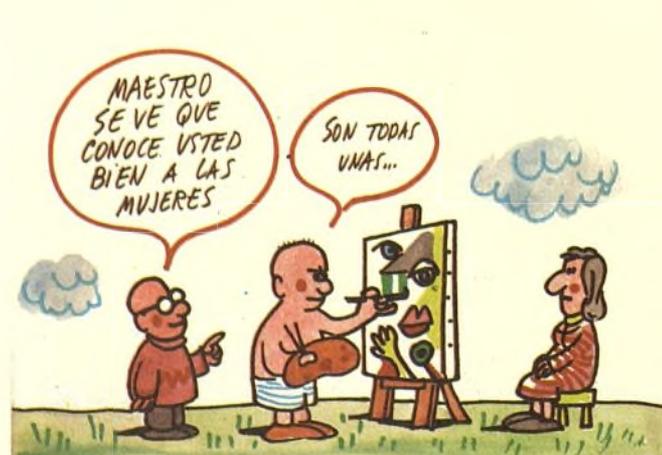
14. Ya saben ustedes que el cine es un veneno y saben también que Enrique Herreros era un ser que no podía vivir sin explorar nuevos caminos. Su afición a la escalada la supo aplicar al mundo del celuloide y llegó a dirigir dos películas: «María Fernanda la Jerezana» y «La Muralla Feliz». Las dos fueron protagonizadas por una morenaza espléndida que se llama Nati Mistral y que no la descubrió Julio Romero de Torres sino el genial Enrique Herreros.



17. España seguía siendo la «reserva espiritual de Occidente» y Sarita seguía en la sombra sin poder lucir sus «Domingas». Herreros nada podía hacer y para seguir explorando se fue como un niño chico a aprender a hacer grabados. Sarita se aburrió de la censura del Ministerio y decidió cambiar de aires. Se fue con sus «Domingas» a Méjico y allí consigue hacer «Veracruz» y casarse con un señor que se llamaba Anthony Mann.



18. Herreros se quedó aquí en Madrid con su Quique, su montaña, y sus dibujos de su alma. Estaban tan tranquilos cuando Sara le llamó de Méjico y le invitó a pasar unos días con su marido en Norteamérica del Norte. Allí se fue Enrique y se aburrió como un mono. No sabía nada de inglés ni quería aprender nunca. La verdad es que no lo necesitaba porque cuando quería comprar algo en lugar de intentar hacerse entender con el sonido lo hacía con la imagen. Dibujaba lo que quería y en paz.



21. A pesar de todo las injusticias afectan a cualquiera y Herreros desengañado de los humanos, y sobre todo de las humanas, decide retirarse del mundanal ruido, y de momento opta por cortarse la coleta, y la colita, y se va con sus amigos de tertulia. Luis Miguel Dominguín se lo lleva al extranjero a conocer al pintor Pablo Picasso y pasa tres días felices con el Maestro, que tampoco era «moco de pavo» el viejo malagueño.



22. Vuelve a Madrid y sigue disfrutando de la vida con sus amigos, los que le quieren de verdad, entre los que yo me incluyo. Fui con el a Praga a ver un partido del Real Madrid y lo pasamos divinamente juntos. Herrero fue siempre un hincha furibundo del equipo blanco, y conservaba como «oro en paño» la camiseta que lucía Di Stefano en el último partido que jugó con sus compañeros «merengues». Hoy la ha heredado Quique, que es tan forrofo como su padre y como un servidor de ustedes.



15. Pero la cosa no terminaría ahí. Un día Enrique se tropieza con una muchachita preciosa recién llegada de la Mancha y que estaba para mojar pan. Se llamaba María Alexandra, Enrique vio que la chica tenía «condiciones» y la adoptó artísticamente. Lo primero que hizo fue cambiarle el nombre. Le puso «Sara», por ser un nombre bíblico, cosa que facilitaría la entrada en el mercado americano que estaba controlado por los judíos como ustedes ya saben, y de apellido «Montiel» que es un pueblo manchego.



16. Sara empezó su carrera, pero la verdad fue, aunque pareciera mentira, que la chica no daba el do de pecho. Enrique intentaba promocionarla pero la cosa no resultaba nada fácil ya que el mayor «encanto» de Sara estaba prohibido enseñarlo en aquella época. Enrique mientras se abre la mano y no, decide entretener sus ocios en la montaña, y retorna a la naturaleza para escalar y cambiar un poco de «picos».



19. Herreros decide volver a su querida calle Alburquerque de Madrid con su Quique y su fiel Jacoba. Está dibujando chistes en su casa cuando de repente se le aparece Juan de Orduña como si fuera la Virgen de Fátima con peluca, y le ofrece «La Tirana» o «El Último Cuplé» para Sara Montiel. Enrique elige el último, pero pone como condición que cante la manchega de las «Domingas» y que no sea doblada por Concha Piquer. Juanito Orduña acepta y todos tan contentos.



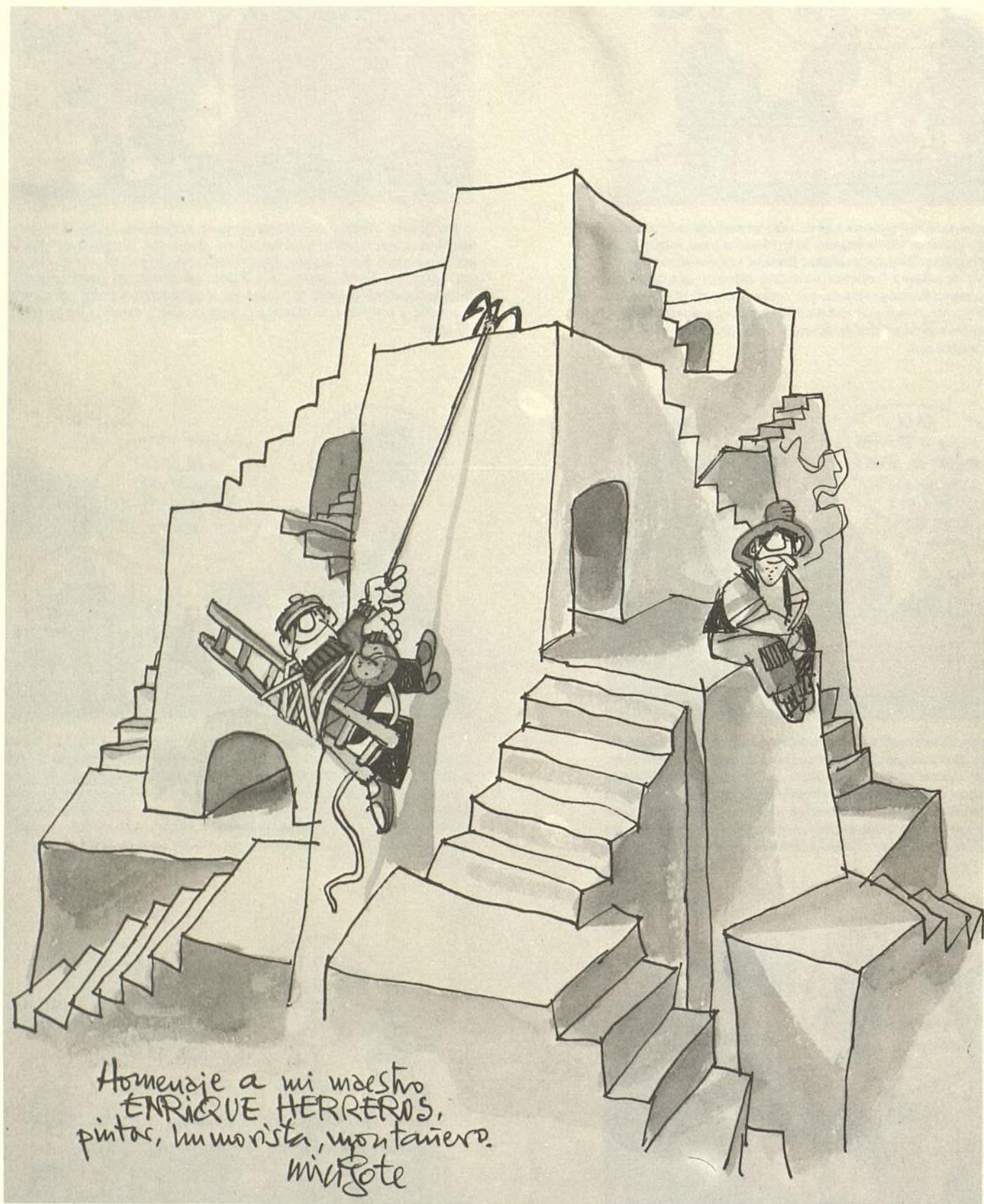
20. Sara vuelve a su tierra, tiene un éxito enorme con «El Último Cuplé» y hace unas cuantas películas más. Se le sube el éxito a donde sea y decide enamorarse de un guapo galán que trabajaba en una película con ella, y manda a freír espárragos a mi querido amigo Enrique Herreros. Lo deja prácticamente tirado como una colilla, pero Enrique es mucho Enrique, y sigue dibujando chistes, y haciendo cuadros maravillosos que hoy ustedes pueden ver en la exposición que tienen delante.

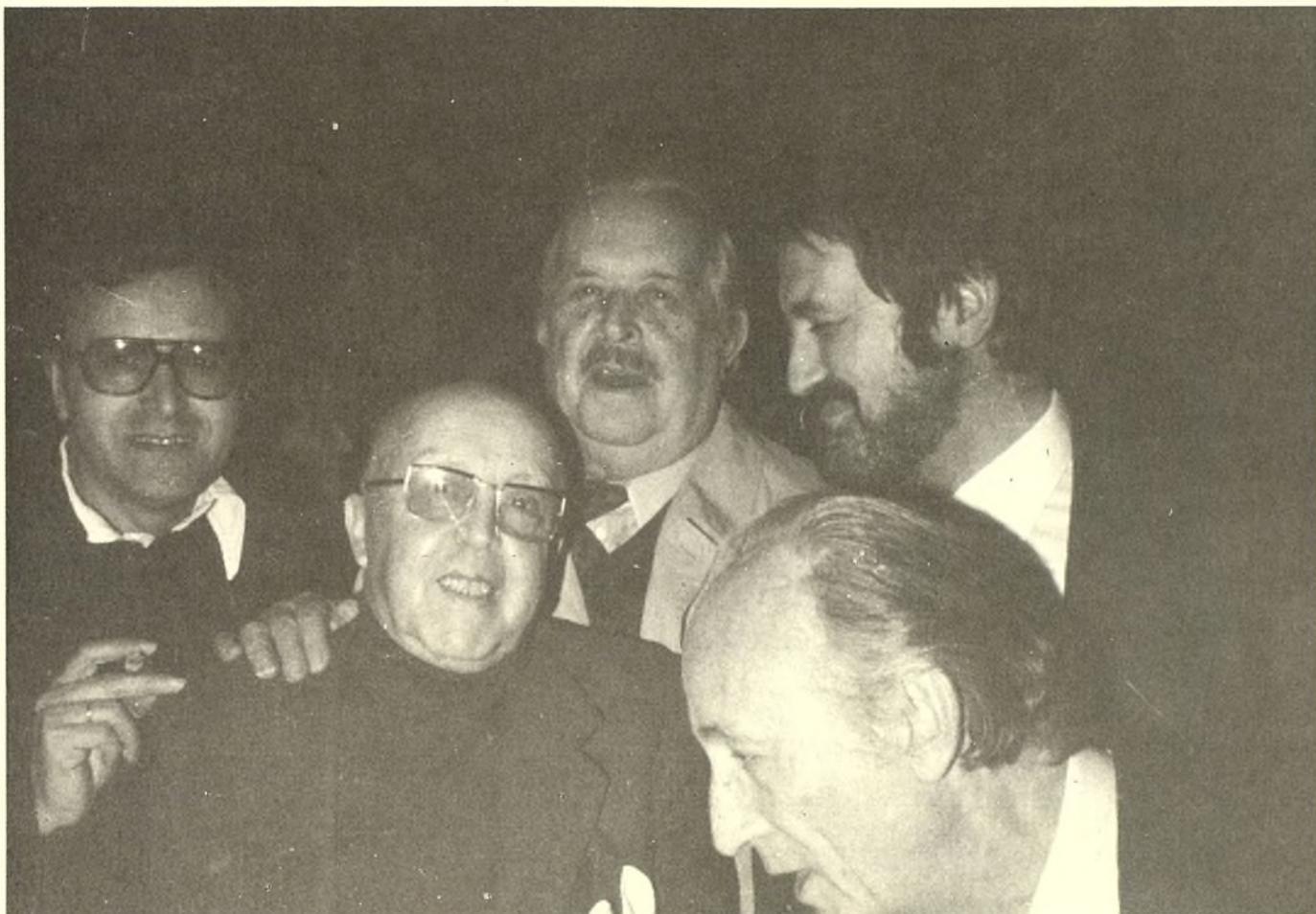


23. Pasó el tiempo y Enrique necesitó cambiar de aires. Se fue a la montaña, se instaló en Potes, se compró un Land Rover, y todos los días se dedicaba a practicar montañismo y esquí, y a respirar aire puro. Un día maldito se despeñó con su coche y la montaña nos lo robó. Nada se pudo hacer. Quique lo enterró al pie del monte que tanto quiso, pero ahí no acabó la cosa.



24. Yo sé que Enrique no murió. Enrique nunca se puede morir porque yo no quiero. Simplemente por eso. Porque yo he decidido que mis amigos no se mueren nunca. Enrique sigue escalando picos, ha llegado hasta el cielo que es donde más aire puro se puede respirar, y estoy seguro que se lo estará pasando como Dios dibujando chistes de toda la Corte Celestial y promocionando artísticamente a alguna alma que tenga las «Domingas» bien puestas. Te quiero Enrique. Un abrazo fuerte.





Enrique Herreros con Tono, Máximo, Mingote y Julio Cebrián.

COMENTARIOS SUYOS HECHOS POR LA INTELLECTUALIDAD ESPAÑOLA

Forjado en la Generación del 27, fecha en la que empieza a descollar su humor y su intuición pictórica desde entonces, hasta su muerte, acaecida el 18 de septiembre de 1977, relevantes figuras de la intelectualidad española han hecho los siguientes comentarios, de este pintor, dibujante, grabador y humorista:

«Herreros presenta cuarenta “gouaches”. Personajes que él domina y a los que ha visto el punto justo de caricatura, apenas insinuada. La anécdota está más en los títulos que en los cuadros. Porque Herreros nos demuestra que es un pintor excepcional, que sabe pintar tan bien como el que más. Vean el cuadro “Luto en Vasconia”. Asombrosa pintura. Y allí había críticos que lo certificaban.

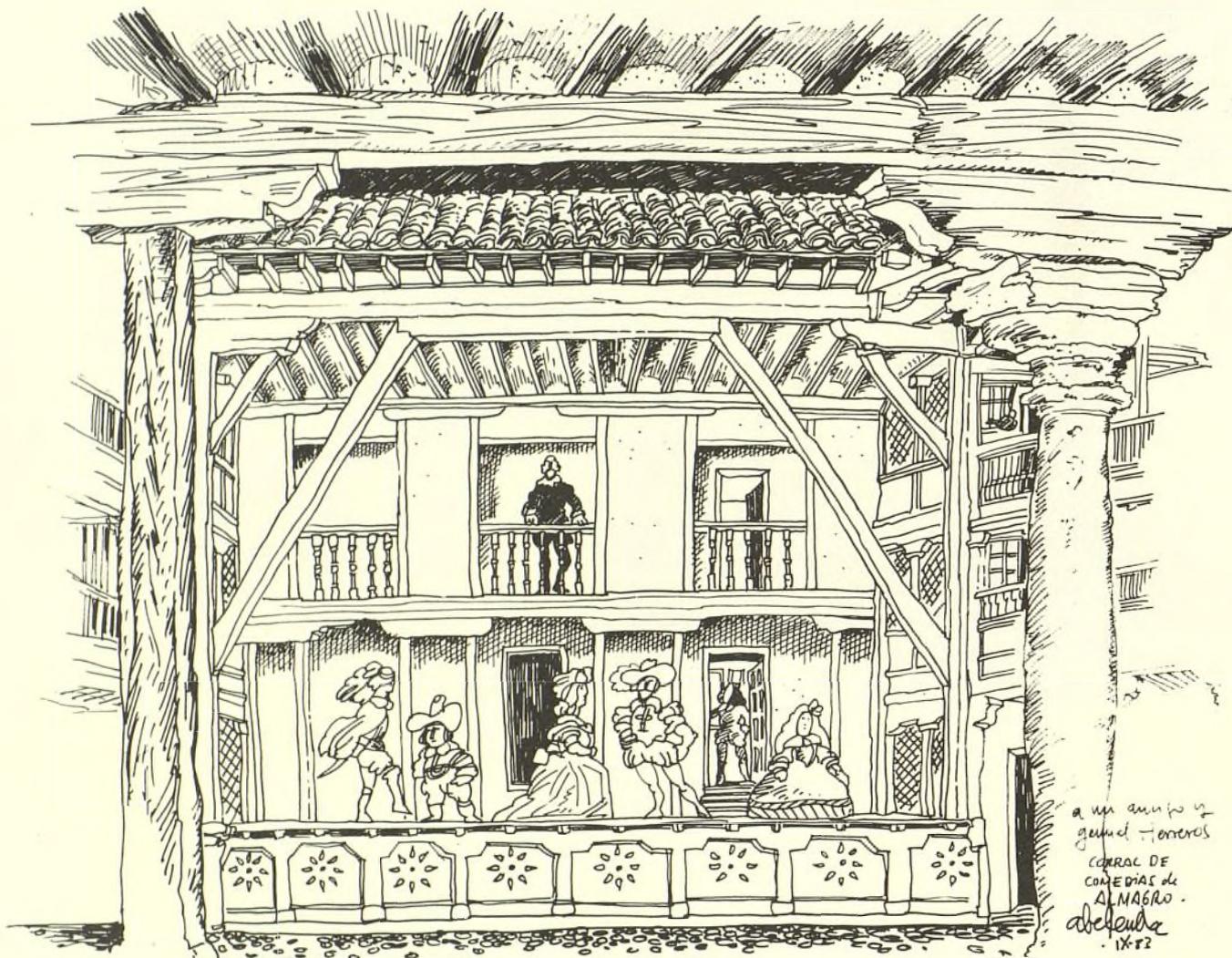
Alfonso Sánchez

«Su obra “El sueño del sireno” descubre cualidades de pintor estimable, de una rica fantasía, templada en el humorismo de ciertas pinturas flamencas...»

Benito Rodríguez-Fillo

«... Enrique Herreros es un artista extraordinario que engrandece sus lienzos rodeándoles de farsa, de caricatura... y “duende” —la palabra es de un ilustre artista, hablando precisamente de estas obras—.»

Mariano Rodríguez de Rivas



«Entonces dibujó y pintó a sus anchas y aceptó hacer ilustraciones para libros de lujo. Las de “El Quijote” son admirables. Le gustaba a veces, en sus lienzos, hacer a la manera de Solana, al que admiraba profundamente y llegó a identificarse con su estilo a tal extremo, que no pocos de sus lienzos podrían atribuirse a don José.»

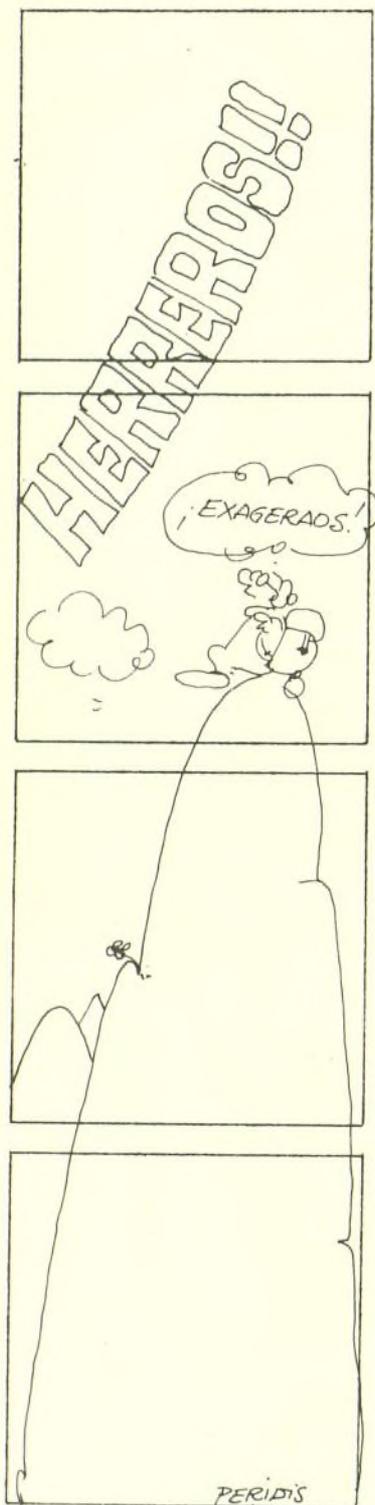
Miguel Pérez-Ferrero

«... Alegorías con corte auténtico de “Caprichos” goyescos, pero de intención y mentalidad “herreresca”; aquelarres y mascaradas donde lo mismo pudiera estar el espíritu de El Bosco que el pincel de Solana, integran la parte más reveladora y posiblemente más trascendental de la obra de Enrique Herreros.»

Federico Villagrán



A ENRIQUE HERREROS
GRAN MAESTRO DEL DIBUJO
Y EL HUMOR. JMW



«Fue uno de los pioneros de LA CODORNIZ. El y yo formábamos “el personal” de la revista a las órdenes de Miguel Mihura. Y juntos llegamos a volar hasta batir el récord de aquellos tiempos.»

Tono

«¿Recuerdas mi temor a que se me abriera la herida en una intervención quirúrgica, con tus chistes y bromas...?»

¿Recuerdas nuestra discusión por pagar con exceso una pintura porque valorabas las horas empleadas y materiales...?»

¿Recuerdas al pastor que nos regañaba en los Picos por llegar tarde y no poder hacer la fotografía del oso...?»

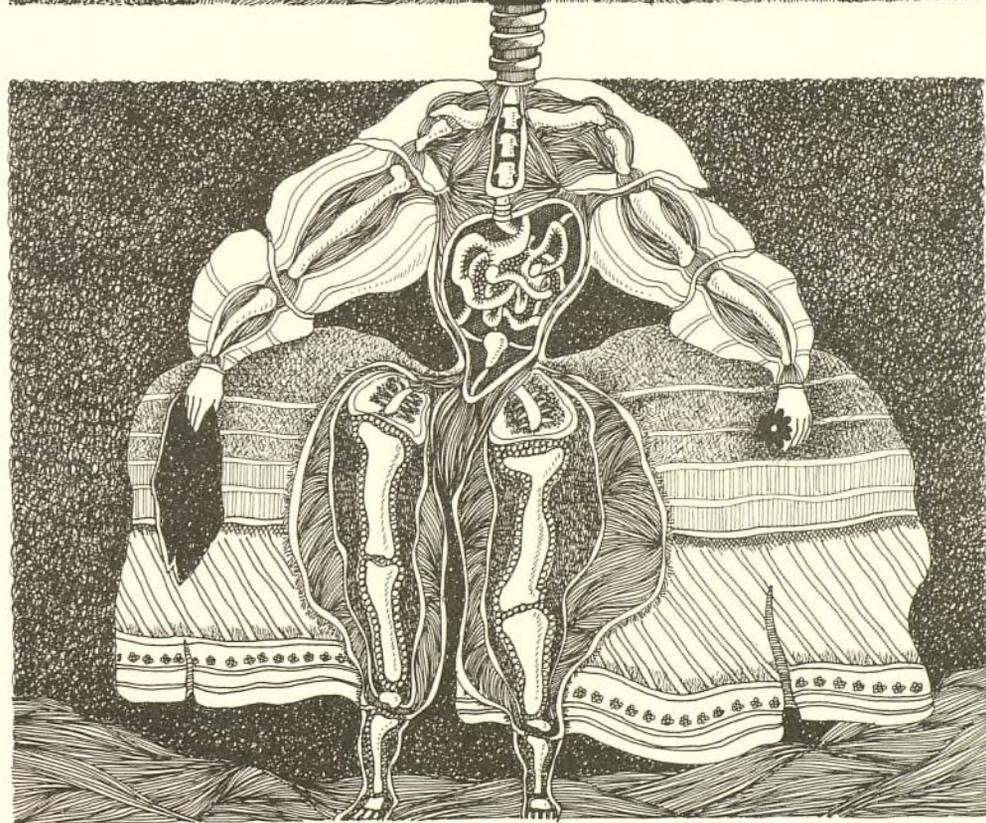
¿Recuerdas lo nervioso que estabas los días “Eugenésicos”...?»

¿Recuerdas las comidas familiares en las que al final y de postre decías... Yo repito?

¿Recuerdas lo fácil que te resultó resolver mi ilusión por un Solana...?»

Yo te recuerdo ENRIQUE HERREROS.»

Antonio López-Lázaro



A MI QUERIDO
MAESTRO HERREROS
EL ÚLTIMO DE SUS
DISCIPULOS.

ALVARO DE LA I.
CARUNCHO.



Rodaje en Aranjuez, de «Empezó en boda», 1944. Con Enrique Herreros, Sarita Montiel y Fernando Fernán-Gómez, entre otros.

Para los de mi generación Enrique Herreros es inolvidable. Creo que junto con Mihura y Tono marcan la cumbre del humorismo español. Un humorismo fresco y nuevo que barría los tópicos.

Herreros con su ferocidad bondadosa era siempre el plato fuerte de *La Codorniz*, que cada semana esperábamos ver aparecer en los quioscos. Ya antes se había dado a conocer en *La Ametralladora*.

Además, pintaba muy bien, recuerdo una exposición de pequeños cuadros al óleo representando los pecados capitales, que unían a la sátira una verdadera explosión de color.

Me parece muy justo el presentar a Herreros a los jóvenes de hoy.

Julio Cano Lasso
Arquitecto

Enrique Herreros era un fiel continuador de ese inconfundible arte expresionista, que nos legara Solana, imprimiéndole un sello personal jamás igualado de incisiva crítica, no exenta de infinita ternura.

Luis González-Robles
Comisario de Exposiciones del I.C.I.

Enrique Herreros hizo de todo en su vida, y lo hizo bien, pero la mayor grandeza que cabe atribuirle es la de su siempre generosa amistad.

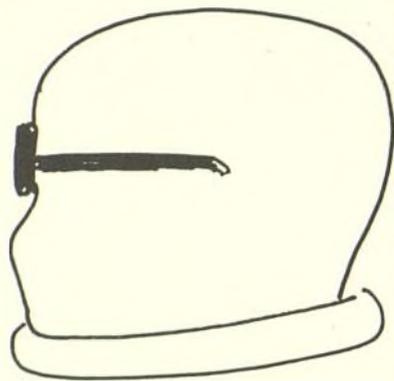
Antonio Morales
Director Revista Diart y Correo del Arte



«Aportar es el verbo más difícil que puede hacer suyo un artista, y Enrique Herreros ha hecho al arte español contemporáneo una aportación continua, callada, sufrida, y más cotizada en el extranjero que en su amado recinto geográfico, sin el cual se asfixia este artista tímido y triste que refiere en la voz y en la obra algo consustancial que él ha visto, genial y generosamente, y que

deja para que más tarde el estudio de los quehaceres de una nacionalidad siga, con buenos principios, el buen curso de las interpretaciones del país.»

Del libro de Manuel Sánchez-Camargo
«Pintura Española Contemporánea»
La Nueva Escuela de Madrid



Julio Cebrián

«Enrique Herreros, joven maestro de la stirpe de lo mejor que el arte español ha dado a los variados mundos, Enrique Herreros, socarrón inocente y maravilloso. Cuando él llegaba, yo deponía mis lápices para escuchar sus monólogos torrenciales, llenos de datos cachondos, observaciones impensables, relatos destornillantes, aventuras de supertebeo, anécdotas sobre personajes históricos no recogidas por los libros.»

Julio Cebrián
octubre de 1977

«... Había, para valorar un humor que no tiene suficiente con la palabra escueta y exacta de la línea, que conocer los cuadros de Herreros titulados "La condena de los automovilistas locos", por ejemplo, o aquellos otros, como "Al infierno de cabeza", "La barca de Caronte", "Cueva maldita" y "El valle de los pecadores", determinados por influencias notables y resueltos de maneras tan distantes de la gracia como influyentes en su humor.»

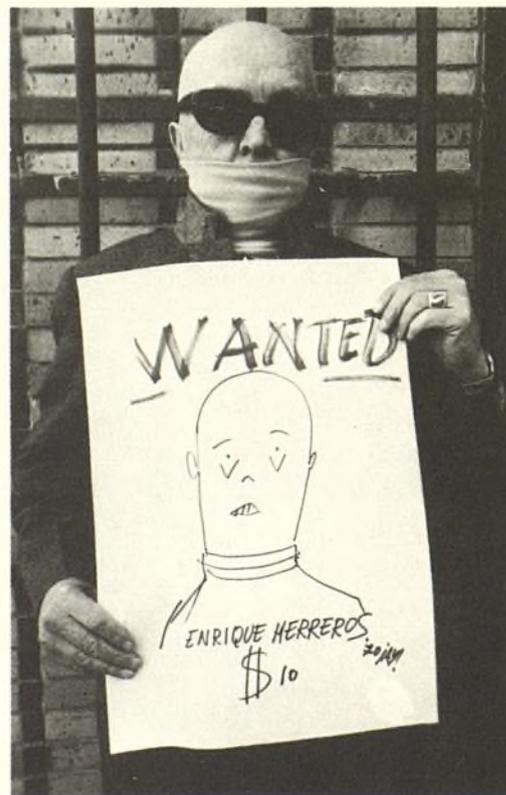
Enrique Azcoaga

«¡Ya está bien! Ser nada menos que nieto del Bosco y de Quevedo y hermano de Solana, sin que sus parientes estéticos tengan que avergonzarse de él.»

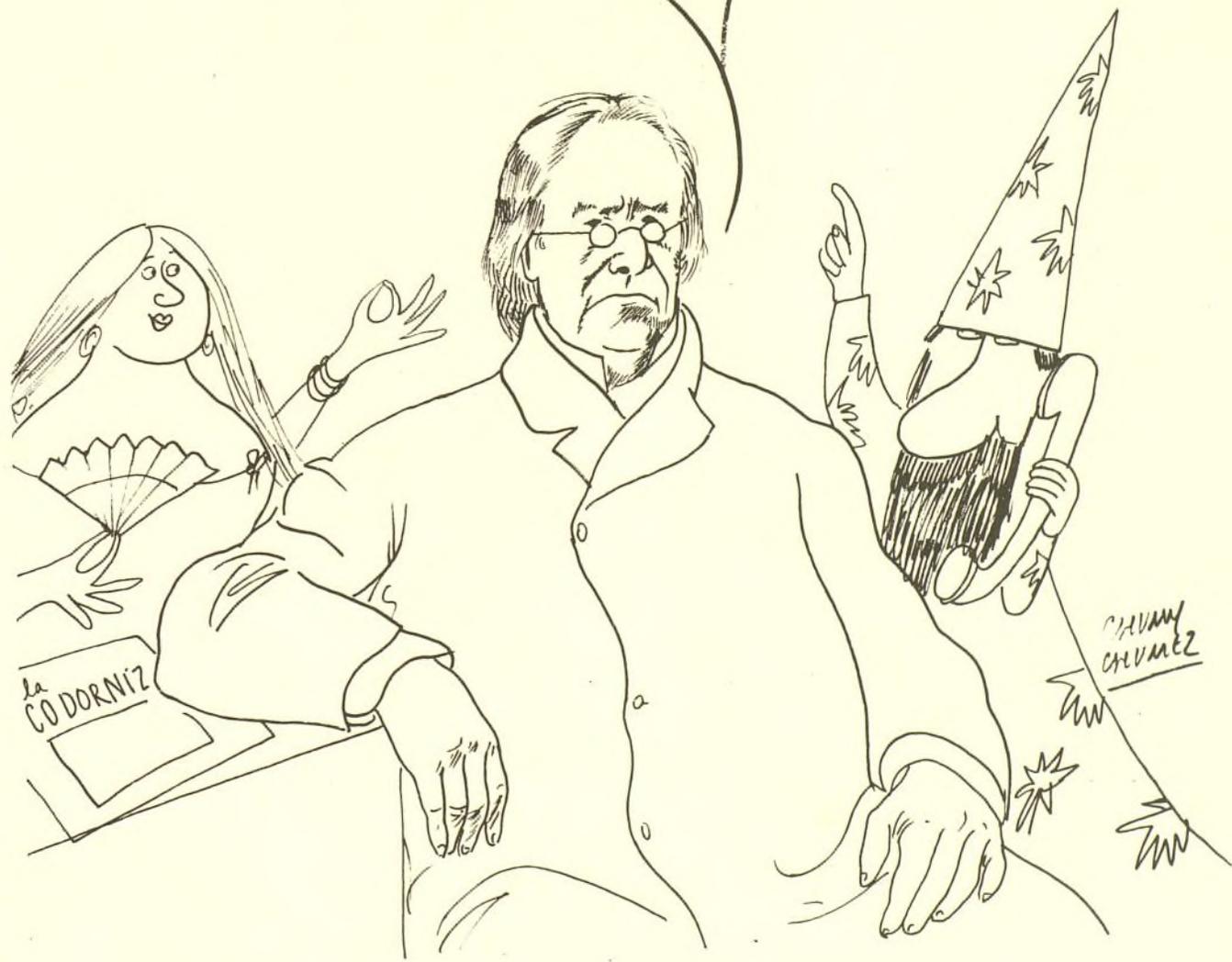
José Francés

AQUI YACEN
LOS RESTOS MORTALES
DE
«ENRIQUE HERREROS»
O SEA
DON ENRIQUE GARCIA-HERREROS
CODESIDO
(1903-1977)
DIBUJANTE, GRABADOR, PINTOR,
MONTAÑERO QUE MURIO EN LA
MONTAÑA
Y
HOMBRE DE BIEN
SIT TIBI TERRA LEVIS

Frase de Camilo José Cela escrita expresamente para el epitafio de su tumba.



ENRIQUE HERREROS
FUE' EL MAESTRO DE TODOS
NOSOTROS: MIO, de MI PADRE,
de MI ABUELO, de MIS HIJOS,
de MIS NIETOS y ASI
SERÁ SUCEJIVAMENTE
SIEMPRE. AMEN.



la
CODORNIZ

CHUMY
CHUVAZ

Recuerdo su gran cabeza-bombilla iluminarse en algún lugar de la noche madrileña, entre amigos y espontáneos. Su gran cabeza, su cabezota bruñida y brancusiana, monda y lironda, oscilante como un tentetieso, pendulando a ritmo de sus gracias y ocurrencias bien festejadas.

No sé muy bien cuándo ni dónde ni en qué ocasión conocí a Enrique Herreros. Creo que fue en los primeros sesenta en algún café plagado de contertulios. En el Gijón, tal vez. O acaso en algún estreno cinematográfico. Y tampoco recuerdo quién me lo descubrió y presentó:

—¿Conoces a Enrique Herreros? Es un dibujante, un humorista de «La Codorniz». También hace cine, pinta, es representante de artistas y le apasiona el montañismo. Es un polifacético increíble.

Compartíamos varios puntos de interés: el cine, la pintura y el montañismo, sobre todo. Hablamos de los Picos de Europa. Inevitable. Pero él se inclinaba más por la vertiente lebaniega, la zona santanderina que tanto disfrutaba al año. Yo gritaba las excelencias de los alrededores del Llambrión, de los macizos occidental y central, de los valles leoneses de Valdeón, Corona, Sajambre y el de Caín, con la fascinación de la Garganta del Cares siempre al fondo. Hablamos de casi todo. Pero le envidiaba, cómo no, por su gran sentido del humor, por su eterna juventud de pensamiento.

—Bueno, chaval, ya sabes. Aquí estamos para lo que se tercié. (Creo que me dijo al final, con la llaneza y maestría de quien tiene por costumbre echar una mano a quien lo necesita.)

Volví a verle a menudo, siempre jovial y dicharachero, rodeado de amigos y admiradores. Y siempre con ese gesto de viejo conocido lanzado a tumba abierta contra uno, como comprometiéndote a la inevitable aunque no forzada amistad de cada encuentro.

Mientras duró «La Codorniz», seguí con atención sus parodias goyescas, bosquianas, solanescas. Sus increíbles chistes gráficos. En especial, sus tremendas «Estampas Españolas» que constituían las portadas de la revista. Yo sabía de sus aficiones por las *variantes* pictóricas de los pintores clásicos y de otros contemporáneos, como Solana, a quien había tratado y de quien se sentía sinceramente deudor. En sus obras encontraba especiales fuentes de fascinación y justificación para las *versiones* que de sus máscaras, «fulanas» o carnavaladas realizaba.

Yo he podido admirar la versatilidad de Enrique Herreros al contemplar grabados, dibujos y pinturas que interpretaban —muy al gusto del momento actual, eclécticamente— varios momentos y artistas importantes de la evolución del



arte contemporáneo (desde el cubismo y futurismo al más punzante expresionismo). Y me han cautivado sus particularísimas ilustraciones para «El Quijote».

Para mí que Enrique Herreros, tan humorista incorregible él, tan fulgurante en su risa, tan punzante con su verbo y su dibujo, era una extraña mezcla de Quevedo, Evaristo Valle y Solana. Y de Tin-Tin, con un pelo menos en la calvorota, por aquellos bombachos montañeros que bien pudieron haber inventado él y el autor del *cómic*. También, por su espíritu aventurero.

Para mí, que este personaje singular —una especie de Yul Brinner de Despeñaperros para arriba, pero no esteparío— no pudo ser un castizo sin claqué. Todo lo contrario, repartía simpatía como confites, caramelos y perras gordas en los bautizos de mi infancia. Siempre a ritmo del inevitable humor, como un torrente. Y si no fue él —¡vayan Vds. a saber!—, sí que fue un castizo con tantos méritos o más que aquél que inventó lo de «eres más chulo que un siete».

Cuando se fue, no hace tanto tiempo, se acumularon en la mente de la legión de amigos y conocidos que siempre tuvo, más que los recuerdos e imágenes de un polifacético admirado, los gestos y los hechos de un hombre bueno. Un singular personaje con carisma, a quien —créame, de verdad— yo le recuerdo especialmente adornado con la gracia de una metáfora encendida. Como su gran cabeza-bombilla, siempre lúcida, que emitía de continuo el chisporroteo del ingenio y el humor.

Luis Alonso Fernández
Vice-Decano de la Facultad
de Bellas Artes de Madrid.
Diciembre, 1983

PARA H ENERO

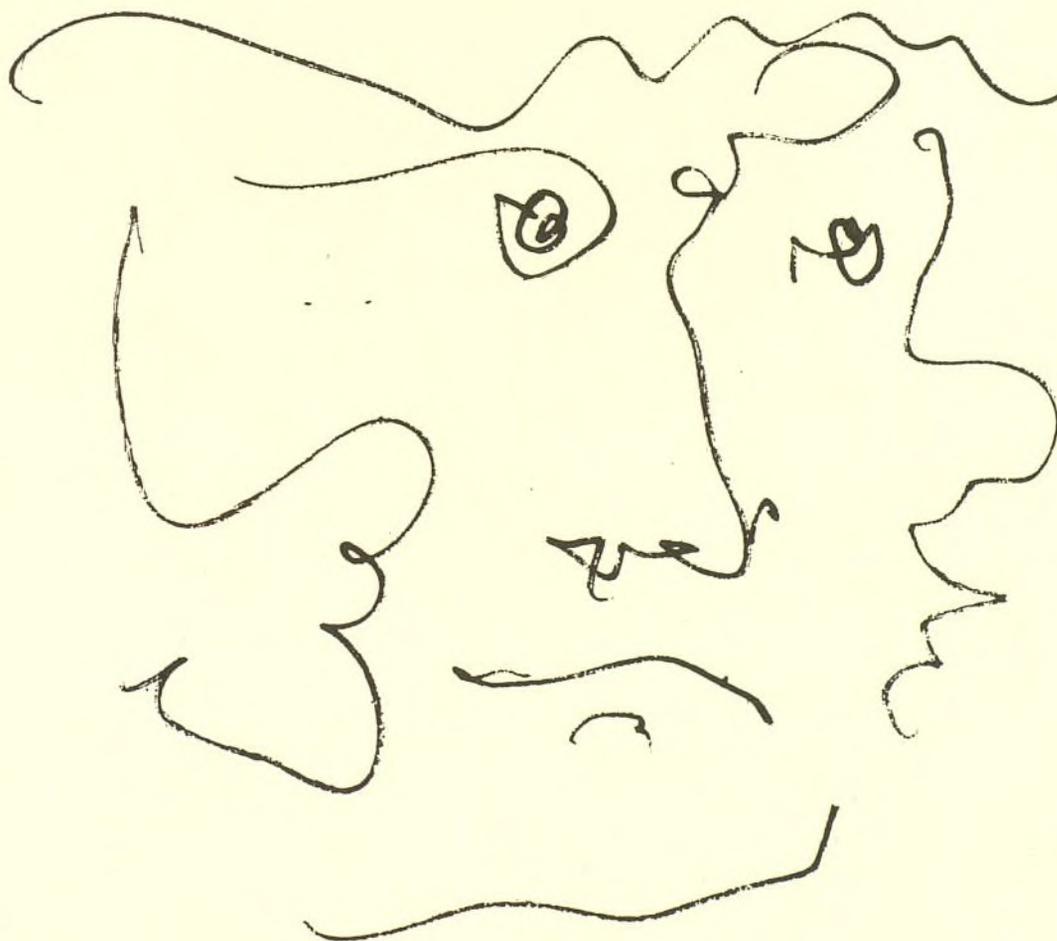
PICASSO

el 26.1.66.

PICASSO

TOROS

TORERO



«Sólo así se podría llegar a tu paleta,
llena de esos silencios que hacen la luz más leve,
donde cantan los pájaros y protege un poeta
la romántica rosa muerta bajo la nieve.»

José García Nieto

Julio 42

«Habla como los paletos, se sienta como los budas, calla como un sabio padre capuchino y dibuja como las rosas. Algo floral y fragante, de mayo galán enjundioso, hay en sus dichos y hechos. Otras muchas cosas hay en su leyenda, claro. Tiene una cabeza que está a medio camino entre emperador romano y Yul Brynner. Es su amistad con Goya, los cuchicheos que se han debido traer entre los dos, lo que le hace parecer sordo. Es su trato con Solana, las tropelías que han debido contarse, lo que le hace parecer agrio.»

Salvador Jiménez

«El humor de Herreros carece de precedentes próximos entre nosotros, porque, repito, no es frecuente la doble condición de pintor y humorista en un mismo autor, desde "Los Caprichos" de Goya hasta hoy...»

Alfredo Marquerie

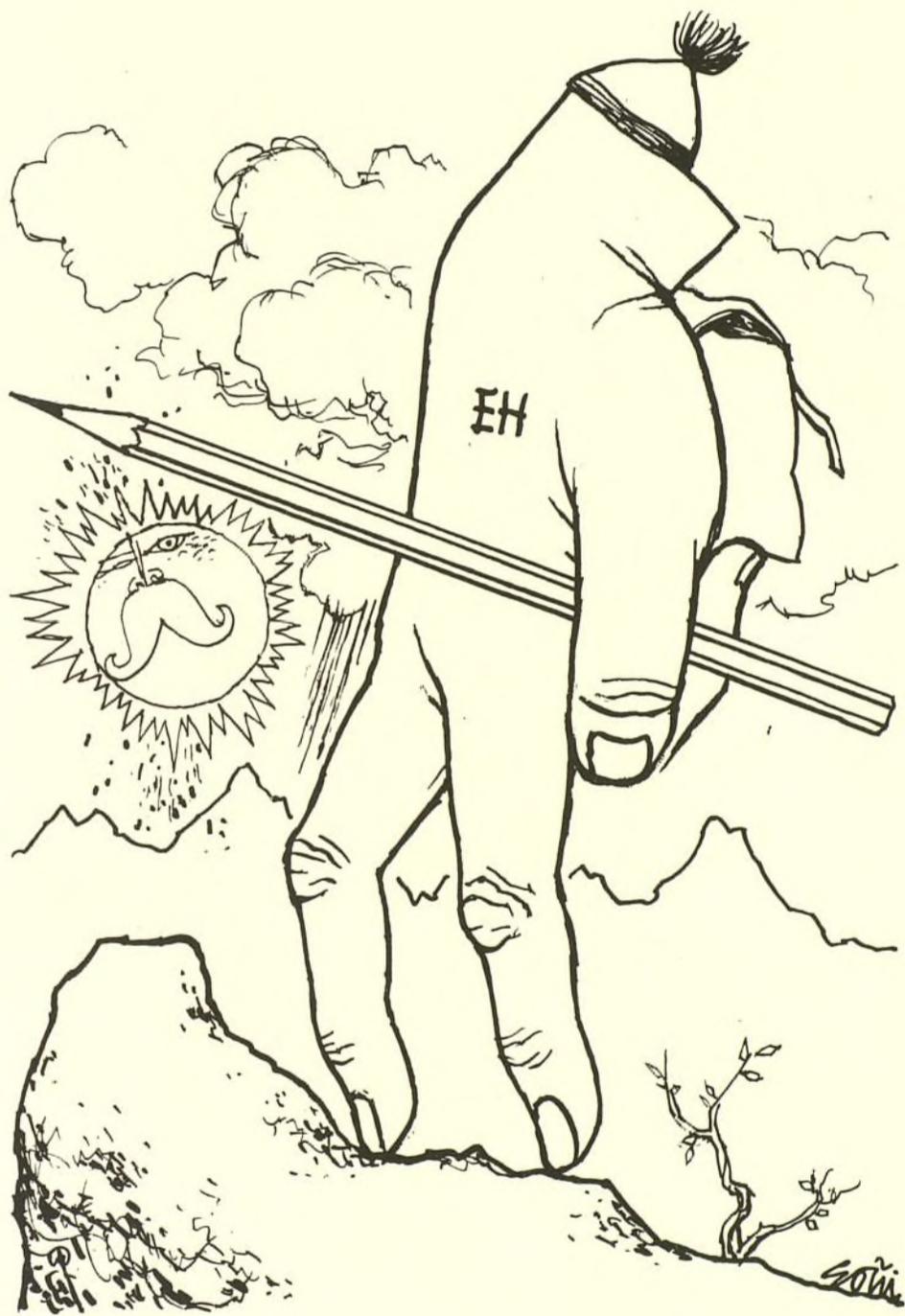
«Por lo pronto, y no me repliques, permíteme que pida al Museo de Arte Contemporáneo, en nombre de Cervantes, tu mejor amigo, se apresure a comparar las más manchegas y universales ilustraciones que jamás se han hecho de Don Quijote, firmadas por Herreros, y vivifique con tan portentoso estampario cuatro paredes maestras.»

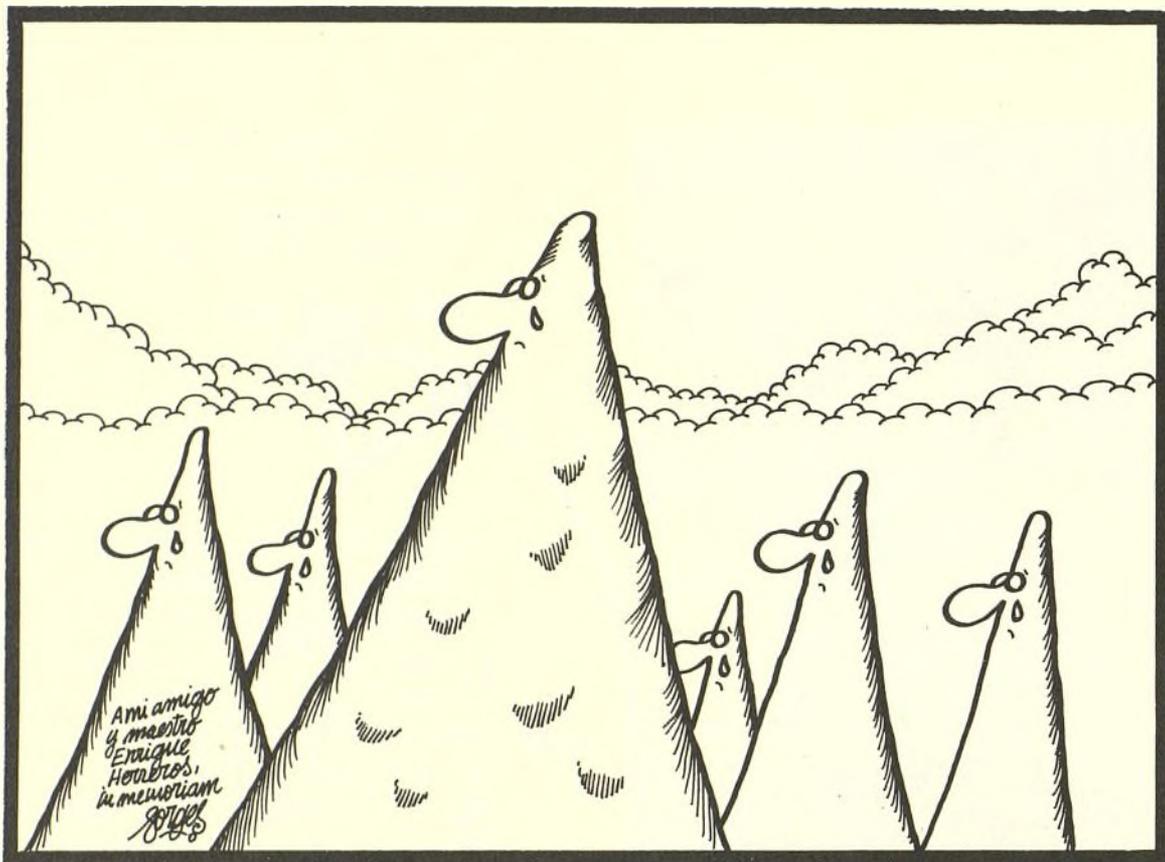
Máximo

septiembre de 1977



Enrique Herreros con Luis Miguel Dominguín.





«Herreros no es un deudo remoto de Goya; es casi su otro yo. Existe una identificación pasmosa en cuanto a física e intención moral. Como técnica, estos grabados se intercalan con toda legitimidad en las series goyescas: el mismo desgaire, graduaciones de entintado, arabesco, desdén de perfección en beneficio de la eficacia, intención y energía de mano.

Respeto a lo otro, Goya nos demostró que el sueño de la razón produce monstruos, y el de la risa, también, añade Herreros. Llegamos a idénticas conclusiones por caminos distintos. Las cosas de la gracia se unen a las del horror, son compañeras en el mismo misterio y en el mismo viaje. Herreros está ilustrando a lo vivo aquello que decía Poe: «De lo atroz a lo bufo no hay más que un paso. La risa es el gesto eterno de las calaveras». Poe tal vez dramatizaba, pero tenía sus razones. Estoy persuadido de que Herreros también las tiene.»

Ramón Faraldo
mayo de 1961

«Pero, además, en estos “gouaches”, ya lo hemos dicho alguna vez, hay un pintor en esencia digno de ampliar sus virtudes y aciertos a escala mayor. El fino sentido del color que sirve a sus expresivos dibujos nos autoriza sobradamente a decirlo así, por si alguna vez quisiera Herreros hacernos caso.»

Luis Figuerola-Farretti
mayo de 1965

«... Y llegamos a Enrique Herreros. Es un hito. Aquí hay arte de verdad... Estos óleos son clásicos, de museo. “El sueño del sireno” es algo de humor cruel y hondo que nos recuerda a Bosch (Jerónimo Alken), el pintor holandés de 1400, cuyas obras, conservadas algunas en el Museo del Prado, nos han transportado muchas veces al país de la pesadilla...»

A. Mira

«Oh, juicio divinal
cuando más ardía el fuego
echaste agua»

Breve semblanza de Enrique García-Herreros
Codecido, pintor madrileño, alpinista y ca-
ballero.

Es una paradoja lo penoso que resulta evocar dichos y hechos de un buen amigo cuando se necesita perentoriamente agrupar esos recuerdos, quizás porque acuden al pensamiento en tal abundancia que es difícil elegir.

Pienso en Enrique como un hombre extraordinario, peculiarísimo y entrañable, adornado de un espíritu renacentista. Y esto porque su curiosidad, su interés de aprender lo nuevo y su afán de conocimientos eran universales. Se dice que una forma de saber como es una persona es conocer su biblioteca. La de Enrique era amplia de temas y voluminosa. Tenía, por supuesto, unas quinientas ediciones de *El Quijote*, pero en aquellas estanterías había de todo: libros de montaña en tres o cuatro idiomas, de magia blanca o negra, de astronomía, de siquiatria, geología o gastronomía. Todo había sido leído, anotado, estudiado y subrayado.

Era bondadoso porque la paciencia —tantas veces demostrada cuando no entendíamos alguna de sus ideas— es una de las formas de la bondad.

Su ingenio, acusado en todo lo que pintaba o escribía, era penetrante. Tan penetrante como su capacidad de observación que luego reflejaba en el mundo maravilloso de sus historias, sus pinturas y dibujos. Jamás hizo daño a nadie con sus humoradas y chistes. Una vez, paseando y viendo librerías, me dijo que teníamos una facultad en común muy rara, le miré extrañado y me aclaró que los pintores y los abogados éramos los únicos seres humanos con la posibilidad de cambiar lo blanco en negro (y que por supuesto si era necesario volvíamos a poner lo negro en blanco).

Como artista asimiló todos los estilos, pero es el único que pintó tres Quijotes: uno figurativo, otro cubista y un tercero surrealista.

Fue un mágico alpinista y con su magia destacó en la montaña realizando nuevos e interesantes itinerarios. Con sus incansables exploraciones logró encontrar la primitiva vía



Pidal-El Cainejo a la cumbre del Naranjo de Bulnes, que estaba perdida. En los últimos tiempos acompañado de su inseparable Galilea, descubrió la senda de los Rebecos.

Tuvo una vida intensa, puesta muchas veces en el tablero, pero también preocupada en una búsqueda desesperada de Dios. Largas noches en vela, en la altura de las montañas, mirando al espacio profundo, se preguntaba por el sentido de la Creación, de la vida y del destino del hombre. Solía decir que la ciencia explicaba el «cómo» de todos estos misterios pero no el «por qué».

Ahora descansa en el singular cementerio de Potes, al pie del macizo oriental de Los Picos de Europa, mirando a la Aguja que lleva su nombre.

Enrique era madrileño y su pueblo le debía el homenaje que hoy le dedica el Centro Cultural del Conde Duque en nuestro Ayuntamiento, en este antiguo cuartel ahora asombrosamente reconstruido.

A todos los que han hecho posible esto: gracias y que Dios los bendiga.

Alfonso González-Choren



Ayuntamiento de Madrid



DATOS BIOGRAFICOS

Nació en Madrid, en la calle de San Andrés, enclavada en un barrio donde se desarrolló principalmente la gesta del pueblo madrileño el 2 de mayo de 1808. Es expulsado de la Escuela de Artes y Oficios a los doce años, y se hace autodidacta, dibujando según su rebelde estilo. Durante años colabora esporádicamente en revistas y periódicos, chocando con la corriente rutinaria. Al mismo tiempo se convierte en uno de los cartelistas más originales de ese período. Colabora con «La Ametralladora», dándole esta oportunidad Miguel Mihura, y formando un grupo que dicho humorista capitanea y que ha establecido un estilo nuevo en el humor español.

Su firma se hace popular al fundarse el semanario humorístico «La Codorniz», el año 1941, donde trabaja sin interrupción durante un largo y el más esplendoroso período de esa Revista —la más audaz para el lector más inteligente— como decía su slogan.

En el año 1942 expone en la Asociación de la Prensa de Madrid, cincuenta óleos sobre temas distintos de humor, tratados todos ellos con un concepto extraño que produce una viva controversia y que a críticos y académicos merece, también, declaraciones como la siguiente: «Yo cambiaría toda una exposición de esas enfáticas y presuntuosas por un solo cuadro de este súbito y solitario representante del humorismo español en el año 1942».

En noviembre de ese mismo año obtiene la medalla de plata en el XXVII Salón de Humoristas, por su cuadro titulado «El sueño del sireno». También, en el 42, el 15 de diciembre, expone en Barcelona sus óleos caricaturescos. El resultado supera, en estrépito y discusiones al de Madrid.

En 1943, expone dos veces en Barcelona, una en el Centro Excursionista «Los Azules», y otra en las Galerías Atenea.

En 1944, presenta en la Galería «Estilo» de Madrid, sus desconcertantes parodias al óleo de las obras maestras del Museo del Prado. Incluso escritores que no suelen tratar de temas pictóricos se ocupan de su original interpretación, y se llega a la conclusión que detractores o admiradores sólo pueden ser fanáticos.

En noviembre de 1946, en la conmemoración de los difuntos, expone una colección de 41 aguafuertes en la Galería «Estilo», sobre los temas «La Tauromaquia de la Muerte» y «La Danza Macabra». El crítico de arte Manuel Sánchez-Camargo, declara que de Goya acá no se ha registrado una manifestación tan importante en el arte español del grabado.

En 1947, expone en Zamora, el 24 de mayo, y en Barcelona, el 8 de noviembre —ésta última manifestación la componen 68 aguafuertes—.

En mayo de 1948, la exposición de ilustraciones de «El Quijote» presentada en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, exhibe doce láminas en color, de este artista, con interpretación originalísima del inmortal personaje de Cervantes.

Aunque sus actividades principales son las del dibujo y la pintura, Herreros sostiene colaboraciones literarias y radiofónicas; es, además, actor y director cinematográfico.

El propio Herreros en 1949, escribía esta aclaración sobre su procedencia, en el programa de la Librería Clan, sobre su exposición:

«Toda mi familia, por parte de padre, era cerradamente andaluza. Y toda mi familia, por parte de madre, cerradamente gallega. Yo nací en Madrid, equidistantemente de estas dos regiones. Por consiguiente, todo mi lateral izquierdo es andaluz. Y el lateral derecho, gallego.»

Pasan esos años y Herreros goza, en esa época, la popularidad que su trabajo excepcional le proporciona. Herreros publicó la portada del segundo número de «La Codorniz», el 15 de junio de 1941 y la última —aunque ya estaba apartado de su asidua colaboración—, el 13 de marzo de 1977.

En 1958 —después de mantenerse publicando las portadas de «La Codorniz» durante todos esos años, desde su fundación, en los cuales, excepto en raras ocasiones (que podían ser censura o enfermedad)—, empieza a colaborar en «Gaceta Ilustrada», publicando, sobre todo, sus célebres chistes de «paletos» con los cuales tan drásticamente critica y comenta las cosas de nuestra tierra.

El 11 de noviembre de 1964 participa, en los Estudios de TVE de Miramar de Barcelona, en el programa que emite su entrañable amigo Manolo del Arco «Esta es su vida», donde intervienen además personas relacionadas con su vida, tales como Manuel Sánchez-Camargo, Heliodoro Ruiz o Ricardo Urgoiti.

Pero Herreros, hombre eminentemente sencillo, en los últimos años de su vida se retira a Potes —el pueblo de la Montaña dónde hoy descansa—, en el que encuentra la paz, fuera del ruido y el barullo de la gran ciudad, lo cual le permite, en esos últimos años, cuajar para sí mismo una amplia e importante obra artística.

Herreros, como dijo Marcelo Arroita Jáuregui en su nota necrológica:

«Era antes que ninguna otra cosa, un hombre bueno, y antes que un famoso pintor prefirió ser montañero, y auxiliar y enseñar a los montañeros jóvenes, y descubrir los secretos de la montaña a quienes tenían necesidad de que les fueran descubiertos.»

Pero, nada mejor que cerrar esta nota biográfica con otra llena de humor que alguien publicó una vez con motivo de cualquiera de sus resonados éxitos.

«Para cerrar estas líneas biográficas, dé Enrique Herreros, se ha dicho:

“Es idiota”

“Es genial”

“Es un cínico”

“Es un ángel”

“Es lo más bestia que come pan”

“Es delicado como una flor”

“Es demasiado joven”

“Es demasiado viejo”

“Las niñas le aman”

“Los serios le odian”

“Sus dibujos los hace una tía suya”

“Es un hito; sus óleos son de museo”

“Ha rebajado la dignidad de la pintura”

“Es el artista de nuestra época”

“Por menos hay gente en presidio”

“Después de Goya no ha existido un satírico igual”

“Debería estar en un manicomio”

“Debería ser Presidente de los Estados Unidos Europeos”

“He oído decir que sus cuadros valdrán mucho el día de mañana: ¿Cuándo se morirá Vd.?”»

Redactada esta nota biográfica
y recopilados los datos por su
hijo Enrique —periodista—. (Marzo 1982)

RELACION DE EXPOSICIONES (INDIVIDUALES Y COLECTIVAS)

1. MADRID 25 abril 1942 Sal6n de la Asociaci6n de la Prensa (individual).
2. MADRID 15 noviembre 1942 XXVII Sal6n de Humoristas. Sal6n de la Asociaci6n de la Prensa. Medalla de plata por «El sue1o del sireno» (colectiva).
3. BARCELONA 15 diciembre 1942 Sala de Arte de la Casa del Libro (individual).
4. BARCELONA 3 octubre 1943 Sal6n del Centro Excursionista «Los Azules». Excursionismo visto por los humoristas (colectiva).
5. BARCELONA 6 noviembre 1943 Galerías Atenea. (Colectiva de dibujantes de «La Codorniz», TONO, PICO y HERREROS.)
6. MADRID 26 abril 1944 Galería Estilo. Parodia de las obras maestras del Museo del Prado (individual).
7. MADRID 19 noviembre 1946 Galería Estilo. 41 aguafuertes (individual).
8. ZAMORA 24 mayo 1947 Primer Sal6n Humoristas (colectiva).
9. BARCELONA 8 noviembre 1947 Sala de Arte Pino. 68 aguafuertes (individual).
10. MADRID 18 mayo 1948 Exposici6n de ilustraciones de «El Quijote». C6rculo de Bellas Artes (colectiva).
11. MADRID 24 mayo 1948 Exposici6n Los Dibujantes de «La Codorniz». Librería Clan (colectiva).
12. MADRID 9 diciembre 1948 Primera Exposici6n de Christmas espa1oles, y primera de la Asociaci6n de Dibujantes. Anexo Galerías Preciados (colectiva).
13. BILBAO 8 febrero 1949 Exposici6n de «La Codorniz». Sala Studio. Correo, 23. Bilbao (colectiva).
14. VALENCIA 14 marzo 1949 (Semana fallera) Sala de Arte Mateu (individual).
15. MADRID 16 mayo 1949 Sala Clan. Arenal, 18. Dibujos al gouache folklore (individual).
16. MADRID 20 diciembre 1949 Segunda Exposici6n de Christmas. Galerías Preciados. Primer acc6sit (colectiva).
17. MADRID 31 marzo 1950 Asociaci6n de Dibujantes. Exposici6n de Pintura. C6rculo de Bellas Artes (colectiva).
18. MADRID 17 noviembre 1950 75 estampas de «El Quijote» en el Ateneo de Madrid (individual).
19. MADRID 14 noviembre 1951 I Bienal de Arte Hispanoamericano. Aguafuertes (colectiva).
20. MADRID 18 noviembre 1951 Librería Clan. «Le Madrid Inconnu». 14 temas de Madrid (individual).
21. MADRID 25 enero 1952 Exposici6n del Tranvía. Colegio Mayor Santa María (colectiva).
22. GERONA 14 junio 1952 Exposici6n de Humoristas de «La Codorniz». C6rculo Artístico de Gerona. (Se exhibió tambi6n en Lloret de Mar y Figueras) (colectiva).

- | | | | |
|-----|--------------|------------------------------|--|
| 23. | MADRID | Enero de 1953 | Colegio Mayor Santa María (colectiva). |
| 24. | SEGOVIA | Junio de 1953 | Sociedad Deportiva. Palacio de Archivos y Bibliotecas (colectiva). |
| 25. | S. SEBASTIAN | Agosto de 1953 | Exposición de «La Codorniz» (colectiva). |
| 26. | MADRID | Diciembre de 1953 | Primer Salón del Dibujo. Palacio de Bibliotecas y Museos (colectiva). |
| 27. | MADRID | 1.º febrero de 1954 | XXXVI Salón de Humoristas. Círculo de Bellas Artes (colectiva). |
| 28. | MADRID | 14 mayo 1954 | Exposición del Toro. Colegio Mayor Santa María (colectiva). |
| 29. | MADRID | 19 octubre 1954 | Seis humoristas pintan en serio (colectiva). |
| 30. | MADRID | 26 octubre 1955 | Ilustradores de «ABC» y «Blanco y Negro» (colectiva). |
| 31. | MADRID | 19 mayo 1961 | Exposición Antológica. (Oleos, dibujos, aguafuertes.) Afrodisio Aguado (individual). |
| 32. | MADRID | 21 marzo 1963 | Salón de Exposiciones de Educación y Descanso (José Antonio, 69). 41 dibujos de Montaña (colectiva). |
| 33. | MADRID | 29 febrero 1964 | Exposición Antológica Dibujantes de «La Codorniz». Club Urbis. M. Pelayo, 73. Madrid (colectiva). |
| 34. | MADRID | Marzo-abril 1964 | Salón de Exposiciones de Educación y Descanso. Dibujos de Montaña. Bodas de Oro de Peñalara (colectiva). |
| 35. | MADRID | Mayo 1964 | 39 Salón de Humoristas. Círculo de Bellas Artes (colectiva). |
| 36. | MADRID | 13 mayo 1965 | 40 «gouaches» sobre La España Agrícola. Club Mayte. Plaza República Argentina, 8 (individual). |
| 37. | MADRID | 24 junio 1965 | Exposición de Arte, compuesta por obras donadas para las Escuelas de los suburbios de Madrid. «Amigos del Arte». P.º de Calvo Sotelo, 20. Biblioteca Nacional (colectiva). |
| 38. | MADRID | 13 a 27 febrero 1967 | «Los Humoristas y el Amor». Galería El Bosco. Conde de Aranda, 14 (colectiva). |
| 39. | MADRID | 28 abril 1967 | I Salón Nacional de Humoristas. Club Pueblo. Huertas, 73. Premio 10.000 Ptas. de Galerías Preciados (colectiva). |
| 40. | MADRID | 18 junio 1969 | XL Salón Internacional de Fotografía y Pintura de Montaña. Sala Amadís. Ortega y Gasset, 71. 50 dibujos de Montaña (colectiva). |
| 41. | MADRID | 14 enero a 8 febrero de 1970 | Humor Español de ahora y de siempre (16 Dibujos). Club Urbis (colectiva). |

Este catálogo,
editado con motivo de la
Exposición-Homenaje a Enrique Herreros,
en el ochenta aniversario de su nacimiento,
se terminó de imprimir
en Artes Gráficas Luis Pérez, S.A.,
el día 29 de diciembre de 1983,
festividad de San Calixto.

Se han editado 1.500 ejemplares.

Centro Cultural del Conde Duque



AYUNTAMIENTO DE MADRID

CONCEJALIA DE CULTURA

Ayuntamiento de Madrid

